

al con...
productivas y los ex-
aquellos segmentos
s y militares tradicio-
a de Bush, por el otro,
ra esperpéntica, ruino-
turismo. Pero, y esta es
po de régimen político
ores después del 21 de
objetivo común de derro-
con la vasta y com-

el régimen...
cer valer esa ventaja inica
post-Bush con una prese
novadora en la vida púb
cia del aparato del Parti
grupos corporativos qu
ma en su carrera presic
nificativa que, en los F
tes del mero desmo
producto, no de la ir
mucho men

Crónicas desde el Ambroz

Columnas en *La Crónica del Ambroz* y *Ambroz Información*, 2006-2011

Jónatham F. Moriche

Índice

Presentación (2026)

- 01.** Afortunadamente, Bush y los suyos han fracasado. Sobre la guerra en Oriente Próximo (agosto de 2006)
- 02.** Los misterios del 11-M. Sobre la teoría de la conspiración (septiembre de 2006)
- 03.** Motivos para el patriotismo. Sobre la identidad española (octubre de 2006)
- 04.** Mejor que hace un mes. Sobre las elecciones en EEUU y Nicaragua (noviembre de 2006)
- 05.** La hora de la sostenibilidad. Sobre el choque de modelos de desarrollo en Extremadura (diciembre de 2006)
- 06.** Sigamos adelante sin ellos. Sobre el proceso de paz en Euskadi (enero de 2007)
- 07.** Dispuestos a todo. Sobre la situación política en España, I (febrero de 2007)
- 08.** El calendario. Sobre la situación política en España, II (marzo de 2007)
- 09.** Con la verdad a las puertas. Sobre el juicio del 11-M (abril de 2007)
- 10.** Que sirvan para algo. Sobre las elecciones municipales y autonómicas del 27-M, I (mayo de 2007)
- 11.** En la hora cero. Sobre las elecciones municipales y autonómicas del 27-M, II (junio de 2007)
- 12.** No hay excusas. Sobre la lucha contra el cambio climático (julio de 2007)

13. La extraña alianza. Sobre Al Qaeda y la guerra contra el terror (agosto de 2007)
14. ¿Todos cómplices? Sobre ética y compromiso cívico en España (septiembre de 2007)
15. Mariano y el lobo. Sobre la situación política en España, III (octubre de 2007)
16. Ruido y niebla. Sobre la sentencia del 11-M (noviembre de 2007)
17. Muerte en Capbreton. Sobre el retorno de ETA (diciembre de 2007)
18. Asuntos de familia. Sobre las elecciones del 9-M, I (enero de 2008)
19. Renovación de contrato. Sobre las elecciones del 9-M, II (febrero de 2008)
20. Una legislatura de izquierdas. Sobre las elecciones del 9-M, III (marzo de 2008)
21. Larga mañana de resaca. Sobre la crisis económica, I (abril de 2008)
22. La olla de las brujas. Sobre la ofensiva de los neocón españoles (mayo de 2008)
23. No va más. Sobre la crisis económica, II (junio de 2008)
24. Envenenar la Tierra. Sobre la energía nuclear (julio de 2008)
25. Sin salida a la vista. Sobre la crisis económica, III (agosto de 2008)
26. Aún hay tiempo. Sobre el giro a la derecha del gobierno Zapatero (septiembre de 2008)
27. ¿Cambio de rumbo? Sobre las elecciones en EEUU, I (octubre de 2008)
28. La ecuación Obama. Sobre las elecciones en EEUU, II (noviembre de 2008)
29. Arrancar eucaliptos, plantar encinas. Sobre la crisis del capitalismo (diciembre de 2008)

30. La imagen del horror. Sobre la guerra en Oriente Próximo (enero de 2009)
31. Soñar con números. Sobre el impacto cultural y político de la crisis económica (febrero de 2009)
32. El saqueo del mundo. Sobre redes mafiosas, paraísos fiscales y crisis capitalista (marzo de 2009)
33. Arena salada. Sobre la refundación del capitalismo de Londres a L'Aquila (abril de 2009)
34. Urnas de castigo. Sobre las elecciones europeas del 7-J, I (mayo de 2009)
35. ¿Qué será de Europa? Sobre las elecciones europeas del 7-J, II (junio de 2009)
36. Distracciones fatales. Sobre crisis, espectáculo y ciudadanía (julio de 2009)
37. El desafío y la esperanza. Sobre el futuro de la izquierda en España (agosto de 2009)
38. Nuevo Mundo Antiguo. Sobre capitalismo, cultura y democracia (septiembre de 2009)
39. La conexión Berlusconi. Sobre corrupción y democracia en Europa (octubre de 2009)
40. Piratas del Índico. Sobre la economía criminal global (noviembre de 2009)
41. El trabajo sin voz. Sobre crisis económica y movilización sindical (diciembre de 2009)
42. Bajo hipnosis. Sobre crisis económica, medios de comunicación y psicología social (enero de 2010)
43. Hipoteca Tierra. Sobre democracia y mercados en tiempos de crisis (febrero de 2010)

2010)

44. La mentira como oficio e ideología. Sobre España, Venezuela y la instrumentalización política del terrorismo (marzo de 2010)

45. Una revolución de derechas. Sobre la ofensiva neocón en EEUU y España (abril de 2010)

46. La rendición. Sobre crisis, especulación y democracia (mayo de 2010)

47. Crímenes e impunidad de Israel. Sobre el ataque a la Flotilla de la Libertad (junio de 2010)

48. Después de la democracia. Sobre las consecuencias políticas de la crisis económica (julio de 2010)

49. La huelga. Sobre la huelga general del 29-S (agosto de 2010)

50. Ceremonia de vasallaje. Sobre poder financiero y soberanía democrática (septiembre de 2010)

51. Viento en las velas. Sobre la iniciativa Rumbo a Gaza (octubre de 2010)

52. 2011, ¿una intifada europea contra la dominación neoliberal? Sobre crisis y democracia en Europa (diciembre de 2010)

53. Fantasmas en el aire. Sobre medios de comunicación y democracia (enero de 2011)

54. El método Freamon. Sobre la crisis capitalista como trama criminal (febrero de 2011)

55. La batalla del Mediterráneo. Sobre la intervención militar en Libia (marzo de 2011)

56. Votar contra el mercado. Sobre las elecciones autonómicas y municipales del 22-M, I

(abril de 2011)

57. Urnas de mayo. Sobre las elecciones autonómicas y municipales del 22-M, II (mayo de 2011)

58. La mano que les enriquece. Sobre servicio público y lucro privado (junio de 2011)

59. Puerto de sombras. Sobre la democracia en tiempos de crisis (julio de 2011)

60. Los alegres muchachos de Tottenham. Sobre los disturbios en Gran Bretaña (agosto de 2011)

«Nuestra democracia ha sido secuestrada por los mercados». Entrevista de Marcos Díaz (septiembre de 2011)

Presentación (2026)

Estimada lectora, estimado lector,

este volumen recopila mis colaboraciones aparecidas entre 2006 y 2011 en las páginas de *La Crónica del Ambroz* (desde marzo de 2010, *Ambroz Información*), periódico mensual editado en Hervás (Cáceres), vinculado a su emisora municipal Radio Hervás y al Grupo Zeta y distribuido en formato impreso en las localidades del valle del Ambroz. Estos textos aparecen aquí revisados, corregidos y a veces ampliados respecto a aquella versión impresa. Agradezco en primer lugar a Marcos Díaz, director de *La Crónica* y Radio Hervás, el haber puesto a mi disposición esta tribuna, así como el permanente cuidado prestado a su edición. Concluye la recopilación con la entrevista que Marcos me realizó para señalar una pausa temporal en la colaboración que el posterior cierre de la cabecera convertiría involuntariamente en definitiva. Muchas de estas piezas fueron replicadas en portales digitales como *Rebelión*, *Kaosenlared* y otros, así como en la populosa blogosfera de la época, y hago extensivo mi agradecimiento por su difusión a todos ellos.

Recuperadas para esta recopilación quince años después de su publicación original, creo que estas sesenta columnas y una conversación quizás puedan servir como retrato fragmentario pero al cabo razonablemente coherente de un cierto momento histórico y estado de cosas, para el recuerdo de quienes los vivieron o la indagación de quienes no. Un mundo que ya no existe, que de hecho hoy nos parece remotísimo, pero que fue la fragua en que se forjó este, tan distinto, que ahora habitamos. Muy poco de cuanto hoy sucede nos resultaba siquiera imaginable entonces, pero algunas de las cosas que hoy ocurren quizás sí encuentren cierta explicación en aquellas que ocurrieron entonces y fueron descritas y comentadas en estas notas. Si algún interés pudiera tener su lectura actual o futura creo que sería fundamentalmente ese.

Sobre la guerra en Oriente Medio (agosto de 2006)

Afortunadamente, Bush y los suyos han fracasado

«Mientras estábamos jugando a las cartas y tomando un whisky, surgió la idea de ir a una casa iraquí, violar a una mujer y matar a su familia». Son palabras del sargento del Ejército norteamericano Paul Cortez y representan en qué ha terminado desembocando el genial plan de la banda de Bush para pacificar y democratizar el Próximo y Medio Oriente: una espantosa orgía de muerte y destrucción sin límites.

Las raíces de toda esta criminal insensatez vienen de muy atrás. A mediados de los años noventa, un grupo de políticos y propagandistas de tendencia neoconservadora se reunieron en torno al llamado Proyecto Nuevo Siglo Americano. Tras acceder George W. Bush a la presidencia de EEUU en 2000 (por los medios fraudulentos que tan bien describió Michael Moore en su extraordinario documental *Fahrenheit 9/11*), los objetivos de este Proyecto Nuevo Siglo Americano se convirtieron en la agenda oculta de la política exterior norteamericana: si fue EEUU quien lideró la batalla y venció al enemigo soviético en la Guerra Fría, es EEUU quien tiene hoy el derecho a gobernar el mundo a su antojo como única superpotencia, garantizándose la hegemonía absoluta en todo asunto o escenario que afecte a sus intereses, sin necesidad de someterse al arbitrio de la ONU o consultar con sus aliados de la OTAN o la Unión Europea.

Faltaba una buena excusa para poner a pleno rendimiento la maquinaria política y militar que habría de dar empuje a estos objetivos, y esa excusa la proporcionaron los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. No se trató tanto de capturar y castigar a los culpables sino de, como declaró la entonces asesora de seguridad nacional Condoleezza Rice, «aprovechar al máximo las oportunidades» que se abrían para EEUU y su nuevo rumbo imperial gracias a los atentados. La amalgama de fanáticos religiosos

ultranacionalistas, propagandistas sin escrúpulos y voraces comerciantes de armas y petróleo que conforman la banda de Bush, junto a sus palanganeros en la arena internacional (Sharon, Blair, Aznar, Berlusconi), se lanzaron a la tarea con entusiasmo: invasión de Afganistán, ruptura del proceso de paz en Palestina, invasión de Iraq, secuestros extrajudiciales y vuelos secretos, violaciones masivas de los Derechos Humanos en Abu Ghraib, Guantánamo y demás centros de tortura y exterminio... Hoy, un lustro después del 11-S, conocemos los resultados de toda esta a la vez trágica y esperpéntica aventura: el Oriente Medio y Próximo en llamas, el Derecho y las instituciones internacionales en ruinas y el terrorismo global campando por sus respetos y nutriéndose generosamente del caldo de cultivo de odio, rabia e impotencia que el supuesto contraterrorismo de Washington le proporciona.

La última guerra libanesa demuestra que las alimañas enfebrecidas que animan este estado de guerra global permanente son absolutamente incapaces de corregir el rumbo de sus andanzas. Con su propio ejército empantanado en Iraq y sin otra opción que asumir más temprano que tarde su clamorosa derrota a manos de la resistencia nacional iraquí (que, repitémoslo una vez más, absolutamente nada tiene que ver con Al Qaeda), los mandamases de Washington han preferido esta vez enviar a primera línea de fuego a sus incondicionales aliados israelíes, a modo de aviso hacia Irán y Siria, emergentes potencias regionales. ¿El resultado? Una nueva derrota. Han bastado unos pocos centenares de guerrilleros intensamente motivados, bien pertrechados y con un óptimo dominio del terreno para poner en jaque al ejército israelí (que sin embargo ha demostrado una vez más su gran habilidad para destrozarse infraestructuras civiles y asesinar inocentes desarmados como desahogo y represalia).

La banda de Bush camina pues de derrota en derrota. En su locura humanicida aún pueden provocar mucha muerte y destrucción, pero su proyecto de tiranía global puede darse ya por irremediabilmente fracasado. Y ojalá que para todos ellos, para los Bush,

Cheney, Rice, Blair, Olmert, Aznar y demás matarifes del neoconservadurismo, aguarden en un horizonte no muy lejano unos juicios de Nuremberg como los que sirvieron a la humanidad para ajustar cuentas con los jerarcas del nazismo. Es el mínimo castigo que merecen sus crímenes y la justa reparación que exigen, desde el silencio de la muerte, sus víctimas incontables.

Sobre la teoría de la conspiración (septiembre de 2006)

Los misterios del 11-M

En sucesivas ocasiones a lo largo de estas primeras semanas del nuevo curso político, destacados portavoces del Partido Popular han hecho suyos los argumentos de la denominada «teoría de la conspiración», una rocambolesca interpretación de los atentados del 11-M elaborada y difundida por los medios de comunicación afines al sector más extremista del partido neoconservador (*El Mundo*, Telemadrid, COPE, Intereconomía, *Libertad Digital*). Según esta versión alternativa de los hechos, etarras, narcotraficantes, policías y guardias civiles, políticos socialistas y espías marroquíes coordinaron en el 11-M sus esfuerzos para impedir a toda costa una nueva mayoría electoral del PP, utilizando como cebo a una pandilla de inocentes «moritos» (sic) del barrio madrileño de Lavapiés, después asesinados en el transcurso de una igualmente impostada operación policial. También según esta versión alternativa de los hechos, al atentado habría seguido una descomunal operación de engaño masivo, de la que necesariamente serían cómplices el parlamento, la cúpula de las fuerzas de seguridad y los jueces y fiscales encargados del caso en la Audiencia Nacional, con el fin de hacer creer a los españoles que el 11-M fue obra de una célula yihadista radical, conectada con las redes del terrorismo global y decidida a castigar salvajemente a España por su alianza con EEUU y Gran Bretaña en el asalto y saqueo de Iraq.

Todo este sensacional disparate no es una broma de mal gusto a costa de ciento noventa y dos conciudadanos asesinados y miles de malheridos. Tampoco el argumento de una imaginativa novela o teleserie de política-ficción. Son las tesis del principal partido de la oposición y serán sin duda uno de sus argumentos centrales en la campaña para las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2007. Este insulto simultáneo a la memoria de los muertos y a la inteligencia de los vivos constituye una operación de

envenenamiento informativo y desestabilización política con escasos precedentes en la historia de las modernas democracias occidentales. El núcleo duro de los neocóns españoles, los mismos que garantizaron la existencia de armas de destrucción masiva en Iraq y mintieron desafortunadamente sobre la autoría de los atentados de Madrid entre el 11 y el 14 de marzo, están hoy dispuestos a minar la credibilidad de las fuerzas de seguridad, los tribunales y el parlamento con tal de desestabilizar al gobierno socialista, forzar un adelanto electoral y recuperar el poder político. Los «agujeros negros» del 11-M existen, pero no están en la identidad, procedimientos o motivaciones de los autores de la matanza. Tampoco en la actuación de la policía, los jueces o el parlamento. El gran misterio del 11-M estriba en cómo el Partido Popular, que todavía representa a más de nueve millones de españoles, se está dejando arrastrar en esta insensatez por los Acebes, Zaplana, Martínez Pujalte y compañía —evidentemente teledirigidos por el expresidente Aznar desde sus cuarteles de invierno de la FAES— en su peregrinaje, tras las huellas de la banda de Bush, hacia la más extrema de las derechas. Y otro misterio, tampoco pequeño, es que todo ello esté ocurriendo ante la mirada impávida y el silencio culposo de otros tantos que, como los Ruiz-Gallardón, Piqué, Núñez Feijóo, Rato o Arístegui, parecían *a priori* lo suficientemente sensatos y responsables como para sacar al PP del atolladero ético e ideológico al que lo arrojaron los delirios imperiales del aznarismo, devolviéndolo a ese centro político al que con tanto esfuerzo había arribado tras un cuarto de siglo de democracia y que nunca debió abandonar.

Sobre la identidad española (octubre de 2006)

Motivos para el patriotismo

Hay situaciones, como la que hoy vivimos en España, en las que una determinada facción política parece querer adueñarse para su exclusivo usufructo del concepto de patriotismo y de la patria misma, dejándonos al resto de la población en situación de *okupas* del país, antipatriotas recalcitrantes y hasta quintacolumnistas al servicio de alguna insidiosa potencia extranjera. Personalmente, percibo esta cuestión de un modo paradójico. Porque allá donde estos patriotas vociferan que España se rompe, se rasga, se mutila y se despedaza, yo solo veo una España mejor, y donde ellos ven los inacabables síntomas de la catástrofe, yo solo encuentro motivos para un justo y merecido patriotismo. Permítanme el lector o lectora enumerar algunos ejemplos.

El 15 de febrero de 2003, millones de españoles tomamos las calles de casi cada ciudad y pueblo de este país para decir no a la guerra contra Iraq. Y después, ya durante la guerra y la posterior colonización, una y mil veces este pueblo ha condenado tajante y mayoritariamente la agresión. Tras nuestra salida del contingente invasor, vimos por todo el mundo banderas españolas ondeadas casi como sinónimas de la multicolor bandera de la paz. Creo que todo ello debe ser motivo del más intenso orgullo nacional, y me pregunto porqué sería España más y mejor España cuando transgrede la legalidad internacional excusándose en patrañas y se hace cómplice de una nefasta aventura imperialista que ya ha dejado a su paso medio millón de muertos como cúspide letal de una interminable retahíla de flagrantes violaciones de los Derechos Humanos.

Unos meses atrás, en el invierno de 2001, decenas de miles de ciudadanos nos lanzamos a cooperar desinteresadamente en la supervivencia de las costas gallegas tras la marea negra provocada por el naufragio del petrolero *Prestige*. Durante aquellas semanas críticas

de mentiras y negligencia gubernamental, cada puñado de apestoso chapapote arrancado de las playas fue conducido hasta los contenedores por una cadena humana en la que se sucedían sin distinción manos gallegas, andaluzas, vascas, extremeñas... Creo que con ello se manifestaba un comprometido y lúcido patriotismo, y me pregunto porqué en ese momento hacía de España más y mejor España el que nuestro gobierno prefiriese mirar hacia otro lado mientras nuestro medio natural y la forma de ganarse el pan de miles de nuestros conciudadanos corrían peligro de muerte.

Y saltando otra vez en el tiempo, cómo olvidar la «tarde de los móviles» del 13 de marzo de 2004, cuando una tan firme como pacífica insurrección ciudadana hizo fracasar la campaña de engaño masivo urdida por el gobierno de José María Aznar por todos los medios a su alcance para intentar ocultarnos, al menos hasta pasada la jornada electoral del día siguiente, la autoría de los atentados que acababan de segar la vida de doscientos de los nuestros. Me pregunto qué motivos habría para creer que hoy España sería más y mejor España si aquella tarde nos hubiésemos quedado en casa rumiando nuestro dolor, contemplando como los grandes patriotas que entonces nos gobernaban trataban de aturdirnos con aquel increíble cuento de la «principal línea de investigación» —del mismo modo que hoy se emplean a fondo para hacernos tragar con el tortuoso *thriller* de la furgoneta Kangoo, la mochila y el ácido bórico.

Por motivos de espacio, emplazo al lector o la lectora a abordar por su cuenta otras disyuntivas similares. Porqué ha de ser peor o menos España una en la que estén reconocidos todos los derechos de una persona, sean cuales sean sus opciones sexuales y afectivas. O porqué ha de ser peor o menos España una en la que los pueblos y naciones que la conforman sean reconocidos como tales y dispongan con libertad de su voz propia. O porqué ha de ser peor o menos España una que devuelva la dignidad a aquellos conciudadanos que perdieron la vida por oponerse al fascismo y retire de las calles los nombres y las estatuas de sus verdugos, aquellos grandes patriotas que, en ejercicio de su

exultante amor por España, hicieron cosas como meterle «dos tiros en el culo, por maricón» al más grande de los grandes poetas que diera nuestra patria durante el pasado siglo. Será sin duda muy buena cosa, para España y para la entera humanidad, que tanto los motivos como las formas de expresar nuestro patriotismo se ubiquen hoy lejos, muy lejos, cuanto más lejos mejor, de los que caracterizaron a patriotas tan siniestros e infames como aquellos.

Sobre las elecciones en EEUU y Nicaragua (noviembre de 2006)

Mejor que hace un mes

Pocas veces puede uno permitirse el gusto de afirmar con toda rotundidad ante sus lectores que, en el breve tiempo transcurrido desde nuestra última cita, este mundo nuestro, casi siempre tan loco y tan cruel, ha dado unos cuantos, pequeños pero bien firmes pasos hacia mejor.

El mes de noviembre se abría con la celebración de las elecciones norteamericanas de mitad de mandato presidencial, que deciden el gobierno de muchos estados y la mayoría en las cámaras de representación en Washington. Tan víctima como el resto del planeta de las hazañas de Bush y sus compinches, tras haber pagado ya con más de tres mil soldados muertos y al menos veinte mil heridos graves la aventura colonial en Iraq, el pueblo norteamericano da por fin muestras de reacción ante el régimen vesánico del Nerón de Texas. Con el Senado y el Congreso en manos del Partido Demócrata, Bush y su camarilla se van a pasar los últimos dos años de su mandato, permítaseme la expresión, cogidos por los huevos. Como adelanto, el ruido de la cabeza de Donald Rumsfeld —gran maquinador de la guerra de Iraq— rodando por los suelos de la Casa Blanca ha sonado a música celestial para los oídos de los hombres y mujeres de bien del mundo entero, hastiados ya de sus crímenes y sus mentiras. Es posible que a Hillary Clinton y demás dirigentes demócratas les falte coraje para exigir la retirada inmediata de Iraq, como les está pidiendo a gritos el pueblo norteamericano, pero sin duda impedirán que los iluminados del neoconservadurismo se lancen a nuevas aventuras asesinas, por ejemplo contra Irán, Siria o Venezuela. Y lo que es aún mejor: esta debacle electoral ha dejado fuera de combate a los aspirantes de la línea dura neoconservadora a la candidatura republicana para las presidenciales de 2008, dando alas a los dirigentes más moderados del partido, como el senador John McCain (que vendría a ser algo así

como el Ruiz-Gallardón republicano... ¡aunque con bastantes más agallas a la hora de discrepar que el actual alcalde de Madrid!). Hasta el siempre miserable y lacayuno Tony Blair se atreve ahora a enmendarle la plana al gran capo de los asesinos de las Azores, preconizando el diálogo —también con Siria e Irán— como solución a los conflictos de Oriente Medio. No está mal, aunque quizás sea ya un poco tarde si con ello pretende obtener atenuantes en el juicio que sus crímenes merecerán ante el inexcusable tribunal de la historia.

Pero aún nos aguardaba este mes de noviembre una segunda y estupenda noticia. Y es que, pese a las omnipresentes presiones y amenazas de Washington, las elecciones nicaragüenses han devuelto a Daniel Ortega y su Frente Sandinista de Liberación Nacional al gobierno, casi treinta años después de la hermosa revolución popular que acabó con la dictadura del sátrapa asesino —y protegido del gobierno norteamericano, por no variar— Anastasio Somoza, inaugurando una experiencia de democracia social que servirá durante generaciones de ejemplo y guía para los progresistas de todo el mundo. Una revolución que hace quince años cedió el poder por medio de las urnas y hoy por medio de las urnas lo recupera, dando nuevos bríos a la marea de libertad y solidaridad que del Brasil de Lula a la Venezuela de Chávez, de la Argentina de Kirchner a la Bolivia de Morales, recorre la entera y por tanto tiempo sojuzgada América Latina. La tarea será larga y difícil, porque Nicaragua (gracias a las envenenadas recetas neoliberales del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, por cierto) es el segundo país más pobre del continente americano (solo por detrás de Haití en este terrible escalafón, con ¡dos dólares diarios de renta media por habitante!). Pero para los nicaragüenses se abre hoy, al menos, un lugar para la esperanza.

¡Cuántas buenas noticias en tan poco tiempo, estimados lectores! ¡Qué gran satisfacción sería poder escribir todos los meses una columna como esta!

Sobre el choque de modelos de crecimiento en Extremadura (diciembre de 2006)

La hora de la sostenibilidad

Ya al ser designado por su partido, el candidato socialista a la presidencia de Extremadura, Guillermo Fernández Vara, anunció su disposición a entablar un diálogo respetuoso con el movimiento social opuesto a la construcción de una refinería petrolera en la comarca extremeña de Tierra de Barros. Un mes después y en el transcurso de un mitin multitudinario en Badajoz, José Luis Rodríguez Zapatero, con la prudencia felina que le caracteriza, matizó el apoyo del gobierno central al proyecto, condicionándolo al resultado de los informes que en su momento habrá de emitir el ministerio de Medio Ambiente. No hacen falta muchos más indicios para detectar una cierta flexibilización en la posición del PSOE y las administraciones que este partido controla en torno a esta cuestión de la refinería, aceptando poner en primer término de la discusión la dimensión medioambiental del proyecto y con el potente movimiento de contestación que este ha concitado en la sociedad extremeña como interlocutor necesario.

Al mismo tiempo, las organizaciones ecologistas y la sociedad civil de la comarca de los Ibores se han alzado en rebeldía frente a la posibilidad de que ese paraje de alto valor medioambiental sea ofrecido para albergar un centro de almacenamiento de residuos nucleares. En este caso el gobierno extremeño ha reaccionado con mayor rapidez —sin duda motivado por la enorme alarma social que esta cuestión ha despertado en la ciudadanía, tanto en la propia comarca de los Ibores y en toda Extremadura como en otros lugares de la geografía española bajo la misma amenaza—, haciendo pública su tajante oposición a la iniciativa.

Tanto explosivas catástrofes como la marea negra que asoló las costas gallegas tras el naufragio del *Prestige* como la cotidiana constatación de los efectos del cambio climático,

la deforestación y la contaminación de aires y aguas, están acentuando día tras día la sensibilidad ecológica de nuestra sociedad, que exige acompañar los criterios del desnudo crecimiento económico con los de la sostenibilidad social y medioambiental. Y no es de extrañar que esa sensibilidad se multiplique en una región como la nuestra, que en los últimos años está encontrando su camino hacia el desarrollo económico durante tanto tiempo negado gracias a una explotación sostenible de sus atractivos y recursos naturales y a una dinamización de su tejido empresarial centrada en la formación de capital humano y el fomento de la innovación tecnológica. Por todo ello, tampoco resulta de extrañar que buena parte de la oposición a estos proyectos se extienda, más allá del campo ecologista, a círculos empresariales y profesionales: ¿qué infiernos pinta ese borrón de petróleo en un mapa repleto de áreas naturales bajo altos niveles de protección e iniciativas en busca de la máxima calidad medioambiental, el mapa de un territorio que aspira a convertirse en referencia dentro de la Unión Europea en materia de desarrollo sostenible, energías renovables o biodiversidad? Proyectos como los descritos —una refinería de combustibles fósiles, un almacén de basura radioactiva—, apestosos fantasmas de los tiempos del industrialismo salvaje, pueden convertirse en el peor enemigo de una declaración de excelencia medioambiental que atraiga a los turistas de medio mundo, o de una denominación de origen que seduzca los paladares del otro medio, actividades además con una probabilidad mucho menor de acabar resultando nocivas para nuestra salud y la de nuestro entorno. ¿De veras queremos correr esos riesgos?

Apoyar ahora un crecimiento de Extremadura impulsado por industrias contaminantes equivaldría para nuestra sociedad a tomar un innecesario tren de vuelta atrás hacia el pasado. Nuestro camino como sociedad es el opuesto. Las administraciones de todo color político deben entender esto: los extremeños estamos empeñados en una Extremadura que crezca, pero también comprometidos con que crezca responsable y sosteniblemente. Asumiendo esfuerzos, sin duda, pero también evaluando minuciosamente los riesgos

sociales y medioambientales de cada propuesta. Cuidando de nuestra tierra a la vez que siendo contribuyentes netos a la preservación de nuestro medio natural global. Dando de lado las recetas del mundo insostenible que queremos dejar de una vez por todas atrás en la historia y apostando por nuevos conocimientos, tecnologías y energías cargadas de sol, de brisa, de tierra y de futuro. Las instituciones que nos representan deberían seguir, sin dilación ni excepciones, idéntica senda.

Sobre el proceso de paz en Euskadi (enero de 2007)

Sigamos adelante sin ellos

Existen, a pesar del atentado etarra del 30 de diciembre, muchos motivos para seguir adelante con el proceso encaminado a una definitiva pacificación del País Vasco. Y existe, también a pesar del atentado, un modo razonable y provechoso de hacerlo. Porque el proceso de paz no ha concluido. ETA se ha descolgado de él, que es una cosa muy distinta. Pero ETA no es dueña y señora en exclusiva, como pretende hacernos creer con sus actos, ni de Euskadi ni de su paz.

Para empezar, ETA no es dueña ni siquiera de esa etiqueta de izquierda *abertzale* de cuya propiedad se jacta tan a menudo, y de la que va a ser todavía menos dueña a partir de ahora. Tras la ruptura de la anterior tregua de ETA, Batasuna perdió decenas de miles de votos y la mitad de su representación institucional. Algunos de esos votos pasaron al PNV, Eusko Alkartasuna o Ezker Batua, y muchos otros fueron confiados a Aralar, un partido político que promueve la independencia de Euskadi, un derecho que le garantiza nuestro ordenamiento constitucional y que sus militantes, líderes y cargos públicos ejercen por todos los medios que la legalidad les permite. La izquierda *abertzale*, y aquí se desmonta buena parte de la coartada etarra para romper esta tregua, es hoy legal en Euskadi, concurre libremente a las elecciones y trabaja día a día por la independencia, buscando aglutinar una mayoría social y electoral que le permita conquistarla pacíficamente. Quien está ilegalizado es un partido, no una ideología. Y la vergonzosa actitud de ese partido en estas horas difíciles va a hacer que muchas otras personas que comparten esos ideales de independencia abandonen el barco y se emancipen tanto de los vivalamuerte que ordenaron la brutalidad de Barajas como de los dirigentes de Batasuna que, contra la voluntad mayoritaria de sus militantes, de sus votantes y de ese pueblo vasco al que dicen defender, no les han sabido plantar cara como debían. Es posible

también, y sería una espléndida noticia, que no solo dirigentes, afiliados y simpatizantes de Batasuna sino también miembros de la propia ETA decidan ahora desmarcarse de sus generales. Y es con ellos, con el independentismo vasco pacífico y democrático, con quienes ya están fuera o ahora se aparten, individual o colectivamente, de la violencia y la complicidad con la violencia, con quienes hay que continuar el proceso, aprovechando para ello todos los canales de interlocución, foros de diálogo y puntos de encuentro ya existentes o posibles.

Porque el proceso no es solo que el gobierno hable con ETA y los partidos con Batasuna, las famosas «dos mesas» de la negociación. Para un proceso de erradicación de la violencia que quiera ser profundo y permanente, la sociedad entera debe ser el escenario del diálogo, impregnando todos sus tejidos institucionales, cívicos y culturales. Ese escenario existe ya. Aralar participa activamente tanto en el proceso de paz como en la vida institucional vasca y navarra, representando en las instituciones a decenas de miles de ciudadanos de convicciones independentistas. El sindicato *abertzale* LAB se ha reunido con el sindicato socialista y constitucionalista UGT, trasladando el empeño por la pacificación al mundo del trabajo. Una plataforma cívica llamada Ahotsak aglutina la voluntad de paz de mujeres vascas de todas las ideologías, aportando un decidido empuje y una perspectiva de género al proceso. Bajo el nombre de Artamugarriak, una red de creadores pretende sumar sus esfuerzos desde una perspectiva artística y poética. Un amplio movimiento social llamado Lokarri viene promoviendo laboriosamente desde hace muchos años (bajo su anterior denominación, Elkarri) vías y foros de diálogo. Y podríamos enumerar otras muchas iniciativas similares.

ETA no tiene el derecho, ni debería tener la capacidad, de quebrar todos estos puentes, todas estas esperanzas. Desde este lado podemos y debemos proseguir el diálogo, manteniendo abierta la puerta para todos aquellos que, desde el otro lado, decidan dar el paso hacia la paz y el diálogo. A fin de cuentas, con ETA solo hay que hablar de sus

pistolas y de sus presos. Y de lo que hay que hablar con Batasuna se puede seguir hablando con quienes, desde sus mismas posiciones políticas, no comparten su cobardía y han dejado atrás toda complicidad con el terror.

El alma del proceso de paz es nuestro imperioso deseo de paz, y ese sigue intacto. Con quienes, al otro lado de la mesa, comparten sinceramente ese deseo, hay que seguir hablando, hay que seguir siendo generosos y hay que seguir aprendiendo a ceder, a perdonar y a convivir en paz. Si así sucede en estos meses venideros, que serán de cualquier modo los más largos, duros y difíciles del proceso, seguramente podamos ver cómo, a ese otro lado de la mesa de diálogo, muchos, muchísimos, permanecen sentados, aunque los generales de ETA les ordenen levantarse. Y esa será la semilla de su derrota, de una definitiva derrota del terrorismo.

Ahora aún más que antes, es imprescindible que sigamos hablando. Podemos seguir adelante sin ellos.

Sobre la situación política en España, I (febrero de 2007)

Dispuestos a todo

Después de dos años y medio de legislatura, resultaba difícil imaginar que el Partido Popular y sus niños cantores mediáticos pudiesen conquistar un nuevo peldaño en su vertiginoso descenso hacia las más profundas simas de la irracionalidad política y la miseria moral. Y sin embargo, con su clamorosa ausencia en la manifestación del 13 de enero contra el terrorismo y en solidaridad con sus víctimas, la dirección del PP ha marcado una nueva y aterradora cota a la baja con pocos, muy pocos precedentes en la historia de la aún joven democracia española. Alcanzado este punto, resulta difícil no preguntarse, entre el asombro y el espanto: ¿cómo es posible que hayamos llegado hasta aquí?

Entre el 11 y el 14 de marzo de 2004, ante los cuerpos todavía calientes de casi doscientos conciudadanos masacrados en los trenes de cercanías de Madrid, el PP pretendió aprovecharse del enorme dolor que en esas horas terribles nos dominaba para mantenerse en el poder a toda costa, mintiéndonos tan mezquina como desesperadamente sobre la autoría de los atentados. Resulta sorprendente que no exista una figura penal que castigue al gobernante que miente a su pueblo de forma tan consciente e interesada, y que por tanto nadie haya sido juzgado y condenado por aquellos hechos. Pero incluso más sorprendente es que quienes protagonizaron desde el gobierno tales acontecimientos hayan logrado mantenerse al mando de su partido político sin moverse ni un milímetro de sus mentiras y removiendo el cielo, la tierra y la memoria insomne de los muertos con tal de hacernos creer que las cosas fueron en realidad como ellos nos las contaron y no como han concluido, entre otros, la comisión de investigación y el pleno del Congreso, la policía y los jueces. La trama inverosímil del golpe de Estado etarra-socialista que repetidamente sugirieron los diputados Pujalte y Del

Burgo en la comisión parlamentaria, amplificada y reiterada hasta el infinito por la COPE, *El Mundo*, *Libertad Digital* y demás dispositivos achicharradores de cerebros, ha sido la mitología sobre la que el PP ha sustentado su altanera actitud de gobierno legítimo en el exilio y su actividad de desestabilización del sistema político mediante el uso indiscriminado de la confusión y la mentira. La mentira que practicaron hasta la extenuación desde el gobierno (*Prestige*, huelga general, Iraq, Yak-42, 11-M) y que han convertido en su arma de destrucción masiva favorita desde la oposición: Zapatero, en agradecimiento por el «trabajito» de Atocha, ha obsequiado a ETA con la amnistía, la independencia y Navarra; España se resquebraja y afronta un incierto horizonte de guerra civil; el cristianismo se persigue como en la antigua Roma y nuestra política exterior es súbdita del más violento integrismo islámico. Cualquiera que en el extranjero se informe de la actualidad española a través de las soflamas de Jiménez Losantos, los cursillos de Aznar y las ruedas de prensa de Acebes podría pensar que las hordas bolcheviques del Pacto de Varsovia han resucitado para ocupar militarmente nuestro país y que los españoles nos hemos echado a las calles para dirimir nuestras diferencias a machetazos.

Cuestionando y ausentándose de la manifestación del 13 de enero, el PP ha dado una definitiva vuelta de tuerca en esta su sinrazón. Pero las mentiras tienen las piernas muy cortas, y las del PP carecen completamente de ellas. Los mismos que se resisten a retirar de las calles las estatuas de los terroristas que bombardearon Madrid durante cuatro años, y aplauden con las orejas a los terroristas que ahora bombardean Bagdad, Faluya o Nasiriya todos los días, tienen tan poco derecho a conceder carnés de demócrata como a asignar etiquetas de terrorista, cómplice del terrorismo o tibio con los terroristas a todo aquel que no comulgue con sus postulados y profecías, ya se trate del gobierno vasco, del resto de fuerzas políticas democráticas, del gobierno central, del parlamento en pleno, de la mayoritaria porción de ciudadanía que no les apoya en las urnas y hasta de las mismas víctimas del terrorismo si es necesario. Ha llegado la hora de preguntarse seriamente: ¿es

este un comportamiento compatible con la democracia?

El gabinete Aznar intentó hacer de Atocha su 11-S, aplicando la receta de aprovechamiento político del terrorismo que tan buen resultado dio a la banda de Bush. A los neocón españoles no les salió bien al primer envite, entre el 11 y el 14-M, pero no cejan en su empeño. Y están dispuestos a todo, incluso a destrozarse el país, con tal de conseguirlo. Es de suponer que, si vuelven al poder, nos propondrán una política antiterrorista más cercana a la de Bush, Rumsfeld, Rice, Cheney u Olmert (una política antiterrorista de leyes de excepción, bombardeos preventivos, vuelos secretos de la CIA y presidios infernales como Abu Ghraib o Guantánamo) que a la del actual inquilino de la Moncloa. Resulta terrorífico pensar que, si eso llegase a suceder, lo peor de toda esta infamia estaría aún por llegar.

Sobre la situación política en España, II (marzo de 2007)

El calendario

El paso del preso etarra Iñaki de Juana Chaos a un régimen de prisión atenuada ha transformado la fuerte marejada permanente del escenario político español en un violento, descomunal maremoto. Sin embargo, la situación penitenciaria del despojo físico y moral que hoy consume sus horas en una habitación hospitalaria vigilada por la Ertzaina no es en todo esto sino una mera y burda excusa. Detrás de las pancartas y banderas patrióticas que con tanto entusiasmo están ondeando hoy algunos solo hay un calendario. Un calendario electoral.

Cualquiera con una calculadora y un mínimo conocimiento del Derecho Penal y el comportamiento habitual de los presos etarras hubiera podido anticipar, el mismo día en que se dictó su sentencia, cuál iba a ser para De Juana el tiempo de cumplimiento efectivo en la cárcel. Si ese tiempo resultaba ridículo para penar por sus crímenes, entonces hubiera sido el momento de decirlo. Los que hoy convocan a la ciudadanía a manifestarse por ello, ¿por qué no lo dijeron entonces, ni durante los ocho años en que gobernaron?

En realidad, De Juana ha sacado bien poco de su huelga de hambre. La condena a doce años que se le impuso por los dos artículos de su autoría publicados en el diario *Gara* fue un completo disparate jurídico que, una vez corregido con toda claridad por el Tribunal Supremo con la pena de tres años que marca la ley, ha dejado a De Juana donde estaba: preso por un delito de amenazas graves, dentro de un régimen penitenciario perfectamente acorde con la normativa vigente al respecto, dados su estado de salud y la proporción de la pena ya cumplida en prisión. Y el propio De Juana, poniendo fin a su huelga de hambre sin haber sido puesto en libertad, ha reconocido que esto es lo máximo

que va a poder obtener en su pulso al Estado: el cumplimiento de la ley. Pero hay quien está hablando de «puesta en libertad», de «cesión a los terroristas», de «chantaje al Estado». Hay pues quien está mintiendo, manipulando y crispando de un modo miserable y deliberado, porque nadie ha sido puesto en libertad, ni tampoco el Estado ha movido una coma de su ordenamiento legal ni ha aplicado medida excepcional alguna al margen de la ley. El único chantaje que está teniendo lugar es el del calendario electoral, al que viven sometidos los dirigentes de la derecha española.

La legislatura ha consumido su segundo tercio y el calendario camina inexorable contra la oposición de trinchera y saco terrero del Partido Popular. El calendario pondrá sobre la mesa la verdad judicial de los atentados del 11-M en otoño, así que se acabó el filón de las conspiraciones, el ácido bórico y los Peones Negros. Pero el PP ya no puede, con elecciones municipales en dos meses y legislativas en un año, aminorar la marcha de las locomotoras de la crispación. Y a mentira muerta, la del 11-M, mentira puesta, la de ETA. Durante el pasado año, la banda terrorista dio comienzo a una tregua con un comunicado y le puso fin con una bomba. En ese tiempo, el gobierno cumplió escrupulosamente con su obligación de intentar convertir esa tregua en una paz definitiva, conforme a los principios y condiciones que le imponían las leyes vigentes y un mandato del parlamento. ETA no quiso esa paz y puso fin a su tregua. Punto. Todo lo demás es mentira. De Juana no ha sido liberado. Batasuna no concurre a las elecciones, y no concurrirá si no cumple las exigencias de la ley. Navarra no ha sido anexionada por la fuerza. ETA no es hoy más fuerte sino más débil que nunca. El gobierno vasco colabora plenamente con el español en la lucha contra el terror. La base social y electoral independentista está abandonando mayoritariamente las trincheras de la complicidad con la violencia. El movimiento cívico por la paz (Ahotsak, Lokarri, Milakabilaka, etc.) es cada día más fuerte. ¿Dónde está entonces la victoria de ETA?

La fuerza del calendario irá deshaciendo estas y otras mentiras. Y el haberlas formulado

tan insistente e interesadamente tendrá consecuencias. La ciudadanía verá esfumarse ante sus ojos la victoria de ETA, como antes se esfumaron las armas de destrucción masiva de Sadam y hoy se están esfumando los relatos conspirativos del 11-M. Y en ese momento la ciudadanía pasará factura a los mentirosos, pensando que, si alguien es capaz de hacer algo así para ganar unas elecciones, entonces es que sin duda merece perderlas.

Sobre el juicio del 11-M (abril de 2007)

Con la verdad a las puertas

Resulta admirable ver cómo, a pesar del estruendo político y mediático, el juicio del 11-M encara su tramo final con implacable rectitud procesal. La democracia española es joven y no pocas veces en su corto trayecto ha dado muestras de inmadurez y fragilidad. Pero hoy, con este juicio, España está haciendo la más espectacular demostración de fuerza democrática de su historia contemporánea: pocas veces puede este torturado país nuestro dar lecciones de democracia al mundo, pero esta es una de esas felices ocasiones. Los acusados de masacrar en los trenes de cercanías de Madrid a doscientos de nuestros conciudadanos asisten a su juicio tras la segura protección de un grueso cristal blindado. Están asistidos por abogados que han dispuesto de tiempo y medios suficientes para preparar convenientemente sus defensas. Ni uno solo de los acusados ha tenido la menor oportunidad de alegar torturas, vejaciones o malos tratos. Es la primera vez que en Occidente una trama de terrorismo integrista es desmantelada hasta la raíz por las fuerzas de seguridad y sus estructuras y planes enteramente desveladas por la instrucción judicial, hasta tal punto que la vista oral aún no ha aportado ni una sola evidencia que corrija ni amplíe significativamente las conclusiones del sumario. Por añadidura, una comisión parlamentaria realizó una exhaustiva encuesta cuyas conclusiones finales fueron apoyadas por el pleno del Congreso. Así y solo así vence una democracia al monstruo terrorista. Hay una banda terrorista disuelta y enjuiciada en Madrid que lo demuestra. Y hay un millón de muertes brutales e inútiles en Iraq que manifiestan el error y el crimen tremendos que supone actuar de otra manera.

Y hablemos ahora del resto, del ruido de murmullos y la furia de papel. Porque, frente a la arrolladora fuerza de la verdad, todavía hay quienes, cruzando todas las líneas rojas imaginables, han intentado llevar a la sala del juicio las alucinadas mentiras con las que el

búnker aznarista del Partido Popular y su banda de predicadores pirómanos está intentando envenenar la vida pública de este país. Pero esas mentiras, afortunadamente, estallan como las olas contra el espigón de cemento armado de unos jueces inflexibles frente a la insinuación y la propaganda. La espuma del choque llega al día siguiente aún parduzca y venenosa a las portadas de un puñado de medios que, dentro de muy pocos meses, con la verdad judicial sobre la mesa, van a tener que dar muchas explicaciones a los españoles: *El Mundo*, COPE, Intereconomía, Telemadrid, Popular TV o *Libertad Digital*, entre otros. En esos medios hay individuos —me niego a llamarles periodistas— que están insinuando todos los días que los atentados del 11-M se cometieron con la complicidad, no ya solo de ETA, sino de policías y políticos españoles. Esto no es solo un disparate, es un delito. Pilar Manjón, madre de un asesinado en los trenes de Madrid y portavoz de una de las asociaciones de víctimas, lleva escolta desde hace meses por estar amenazada de muerte, no por ninguna banda terrorista, sino por fanáticos envenenados por esas mentiras. ¿Pero en qué clase de país quiere esta gentuza convertirnos? Todo esto es la desesperada y trágica defensa de una pandilla de mentirosos con la verdad llamando a las puertas de su zahúrda, y que irán cayendo como fichas de dominó, desde Díaz de Mera hasta el último de sus superiores. En cualquier caso, a todos ellos la historia los ha condenado ya irrevocablemente como lo que son: una vergüenza para nuestro país y para nuestra democracia. Afortunadamente hay un amplio sector de la derecha española —de la que está siendo elocuente portavoz el veterano diario *ABC*— que no se está dejando arrastrar en esta vorágine escalofriante. La sociedad española exige ahora un esfuerzo excepcional a esos hombres y mujeres que constituyen la derecha genuinamente democrática de este país. Cabe preguntarse si son conscientes de la enorme responsabilidad que pesa en este momento sobre sus espaldas, y si tendrán el coraje y la inteligencia para afrontarla, como lo tuvieron hace treinta años.

Sobre las elecciones municipales y autonómicas del 27-M, I (mayo de 2007)

Que sirvan para algo

Las elecciones que se celebran este domingo en nuestro país, además de decidir gobiernos locales y territoriales, van a ser sin duda objeto de una intensa lectura a escala nacional, como consulta plebiscitaria en torno a las principales políticas del gobierno socialista o incluso como primera vuelta de las elecciones generales de marzo de 2008. Y cabe preguntarse, visto el desarrollo de la campaña electoral, si esa segunda lectura no se ha convertido en realidad en la principal, distorsionando en buena medida el genuino objeto de estos comicios. Las consecuencias de esta distorsión las están pagando los ciudadanos, que se ven hurtados, en una campaña en la que sobre todo se está hablando de temas de política nacional, de un debate más amplio y sustancioso sobre importantísimas cuestiones de índole local y regional.

Es cierto que la intensa convulsión en que vive sumida la política española hace hasta cierto punto inevitable esta distorsión. Pero también es preciso decir que ninguno de los dos grandes partidos ha hecho gran cosa por evitarla. El Partido Popular, porque sus grandes arietes electorales son temas de alcance nacional (ETA, teoría de la conspiración del 11-M, Endesa, etc.). Y el Partido Socialista, porque también sus grandes logros de gobierno se han ubicado en esa escala nacional (retirada de Iraq, leyes de dependencia, memoria histórica e igualdad, matrimonio homosexual), mientras que su balance en el plano local y autonómico resulta mucho más pobre. Si ante cuestiones tan sumariamente graves como la especulación urbanística, la integración de los inmigrantes o la defensa del medio ambiente el PP ha sido (y es, donde tiene el poder local y autonómico) palmariamente negligente, cuando no directamente culposo, el PSOE se ha conformado casi siempre con cruzarse de brazos y mirar hacia otra parte, esperando que los problemas se arreglen por sí solos, en un país que necesita con urgencia no una sino

quinientas operaciones Malaya para empezar a recobrar la mínima salubridad pública aconsejable; en un país en el que proliferan los depravados que proyectan campos de golf hasta en medio del desierto, aunque luego haya que regarlos con lágrimas, y en el que cada día un pequeño *Prestige* se estampa contra alguno de nuestros bosques, ríos, montes o playas; en un país cuyas ciudades se están llenando de guetos excluidos de los servicios públicos más elementales y cuyos campos, mostradores y andamios están llenos de trabajadores y trabajadoras extranjeros que engordan nuestro PIB y la caja de la Seguridad Social, pero a los que no estamos siendo capaces de acoger e integrar como debería saber y poder hacerlo una sociedad que, como la nuestra, se precia de próspera y civilizada.

Si nos atenemos a lo decidido en el consejo de ministros y lo legislado en el parlamento, podemos jactarnos de vivir la más fructífera e ilusionante legislatura de la historia de nuestra democracia. Ahora el reto para el PSOE y para el resto de fuerzas progresistas es hacer llegar esa marea a orillas de cada ciudad y pueblo de este país. Si los alcaldes y presidentes autonómicos progresistas, en colaboración con los tribunales y las fuerzas de seguridad del Estado, se estuviesen aplicando contra los estraperlistas del suelo y el ladrillo con la mitad del coraje con que José Luis Rodríguez Zapatero se ha enfrentado a George W. Bush en la escena internacional, muchos millones de españoles estarían hoy mucho más cerca de disfrutar de sus derechos constitucionales a una vivienda digna y a un medio ambiente saludable. Ojalá que a partir de este domingo ese admirable coraje del inquilino de la Moncloa aflore también en quienes, desde posiciones de izquierdas, gobiernan instituciones locales y regionales, porque constituiría la mejor prueba de que hemos depositado nuestra confianza en las manos correctas y estas elecciones han servido finalmente para algo.

Sobre las elecciones municipales y autonómicas del 27-M, II (junio de 2007)

En la hora cero

Los resultados de las elecciones autonómicas y municipales del 27-M han dado pie a muy distintas interpretaciones. Naturalmente, PP y PSOE se han atribuido la victoria, conforme a distintas varas de medir: el PP, amparándose en el número global de sufragios; el PSOE, en el reparto de cargos municipales. El PP ha fracasado en su asalto a los feudos socialistas, pero ha profundizado su hegemonía en los suyos, vastos y sólidos yacimientos de voto que han permitido a Rajoy proclamar su primera victoria electoral y tomar la delantera en la carrera hacia las generales de 2008. Los socialistas han ampliado su poder municipal, pero acusan de forma contundente (aunque muy localizada geográficamente) la ofensiva en todos los frentes de la oposición conservadora. Victoria y derrota serían el blanco y el negro en un panorama que domina un complejo y fragmentado mapa de grises, en la hora cero de una recta final de legislatura destinada a convertirse en una de las más prolongadas, broncas y extenuantes campañas electorales de nuestra historia democrática.

El efecto de estos resultados en el interior de los principales partidos es aún una incógnita. Si se interpreta la abultada victoria conservadora en Madrid, Castilla y León y Valencia como resultado de la gestión de sus respectivos líderes locales y regionales, el resultado fortalece a los sectores más liberales y menos comprometidos con el legado del aznarismo. Si se interpreta que esas victorias lo han sido en los principales escenarios y como resultado de la ofensiva política e ideológica neoconservadora de Aznar, Acebes, la COPE, la FAES y la AVT sobre el terrorismo y la identidad nacional y religiosa, entonces son los actuales portavoces parlamentarios del PP los que se colocan en mejor posición en la carrera por el ansiado número dos al Congreso por Madrid, cuando todos sus posibles delfines saben que Mariano Rajoy será en abril de 2008 o presidente del

gobierno de España o líder saliente del PP. En este panorama, tanto los líderes naturales de una posible alternativa bien diferenciada en el seno del partido, llámense Josep Piqué, Alberto Núñez Feijóo o Rodrigo Rato, como el sector social y electoral al que representan, siguen sin adquirir un perfil propio y definido en el mapa de la derecha española.

En el caso del PSOE, el resultado pone claramente en cuestión la aceptación pública de sus medidas de gobierno, al menos en determinadas regiones y ciudades que le son imprescindibles para componer una mayoría consistente que le asegure un segundo mandato. Del mismo modo que el PP pagó caro en 2004 el haberse convertido en una fuerza minoritaria o residual en las regiones de la periferia, el PSOE puede pagar en 2008 el coste de sus políticas en los territorios y ciudades del centro. El PSOE sabe que puede seguir contando con sus aliados parlamentarios, pero es evidente que por debajo de ciertos resultados electorales tendría que afrontar la compleja e incierta experiencia de un gobierno de coalición con ecosocialistas y/o nacionalistas.

Existen otros factores que tendrán sin duda su efecto sobre esta larga marcha hacia las generales. En primer lugar y por desgracia, el comportamiento de la banda terrorista ETA. La respuesta del Estado al anuncio del fin de la tregua, encarcelando a Otegi y de nuevo a De Juana, ha sido contundente y fulminante. Que ETA esté demorando tanto su respuesta demuestra la profundidad de las fisuras que el desenlace de la tregua ha abierto en la izquierda *abertzale*. Si vuelven a hablar las bombas y las pistolas, esas fisuras pueden laminar irreparablemente su base social. El sector duro de ETA tiene tantas ganas de apretar el gatillo como miedo tiene Batasuna a verse por ello definitivamente desconectada de la realidad política en favor de las fuerzas independentistas legales e integradas en las instituciones.

Frente a la propaganda de la victoria de ETA, el proceso de rendición del Estado y demás carroña informativa y opinativa, una ETA amedrentada ante el impacto que puedan tener

sus atentados en su fragilizada base social y el creciente y esperanzador protagonismo de una izquierda *abertzale* comprometida con la democracia y la convivencia que representan Aralar y Nafarroa Bai son frutos de largo alcance de la política antiterrorista de Rodríguez Zapatero, que en marzo de 2008 deberían contar a su favor en la reflexión de los electores.

Sobre la lucha contra el cambio climático (julio de 2007)

No hay excusas

El Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC), organismo auspiciado por Naciones Unidas y con el que colaboran prestigiosos científicos de todo el mundo, presentó en febrero de 2007 un informe cuyas conclusiones es conveniente recordar. En primer lugar, el calentamiento de la Tierra ya no es solo una teoría: es un hecho demostrado, evidente e inequívoco. La temperatura media del planeta está subiendo. El nivel del mar también. Las nieves estacionales ya no aparecen y los hielos perpetuos se están derritiendo. Olas de calor, sequías, ciclones, inundaciones y otras catástrofes naturales están aumentando su intensidad y frecuencia. Los ciclos biológicos de muchas especies se están alterando. También es un hecho demostrado, evidente e inequívoco que la actividad humana es la causa de este proceso. Tanto como que nuestra especie va a empezar muy pronto a sentir en su propia piel las consecuencias de sus actos. De aquí a 2050, decenas de millones de personas padecerán en Asia las riadas que provoque el deshielo de las nieves perpetuas del Himalaya y mil millones verán restringido su acceso al agua dulce por la disminución de sus deshielos estacionales. En África los cambios serán aún más rápidos y en 2020 algunas regiones pueden ver sus cosechas anuales reducidas hasta en un 50%. En la Europa mediterránea padeceremos a mediados de siglo una alarmante reducción del agua dulce, del potencial de energía hidráulica y de las cosechas, un aumento de los incendios, las olas de calor y las lluvias torrenciales, la devastación de muchas zonas costeras y una significativa pérdida de biodiversidad.

No es este el único documento que pone a la vista de todos lo que para la comunidad científica y medioambientalista era ya una certeza hace mucho tiempo. Muchos otros estudios respaldan o incluso dejan cortas estas conclusiones. Otros añaden que inevitablemente estos efectos del calentamiento vendrán acompañados de grandes flujos

de refugiados e inmigrantes desde las zonas más afectadas, o de conflictos bélicos por el control del agua dulce y otros recursos escasos. Y sin embargo la voluntad política ha brillado hasta ahora por su ausencia. Muchos siguen todavía remoloneando para cumplir los objetivos de reducción de emisiones de CO² marcados por el Protocolo de Kyoto en 1997, unos objetivos que ya se han quedado cortos si queremos llegar a tiempo a la línea de frente de esta guerra en la que nos jugamos nuestro destino como civilización y como especie sobre este planeta. Hay irresponsables políticos que, cegados por su ignorancia y codicia, aún no se han enterado del reto enorme que afrontamos, o prefieren dedicarse a guerrear en sus rapiñas particulares. Hay empresas que se niegan a modificar sus prácticas productivas para reducir sus emisiones de CO² e incluso pagan a charlatanes mediáticos para decir que no hay motivo para alarmarse, que todo esto son solo los desvaríos de un puñado de científicos y ecologistas locos.

Pero sí que hay motivo para alarmarse y para movilizarse, para entrar en guerra contra estas ominosas predicciones y evitar el desahucio de nuestra especie del planeta que ha sido desde siempre nuestra casa. Tenemos un modo de hacerlo: consumiendo energías y recursos naturales con la mayor moderación y de la forma más limpia posible. Reduciendo, separando y reciclando nuestros desperdicios. Exigiendo a las empresas de las que somos clientes y a los cargos públicos que nos representan que tomen medidas drásticas en ese mismo sentido, y penalizándoles, como consumidores y votantes responsables que somos si no lo hacen. El trabajo de los científicos y las organizaciones internacionales, las movilizaciones sociales, la creciente sensibilidad del sector privado y medidas legislativas como la recién aprobada Estrategia Nacional contra el Cambio Climático propuesta por el gobierno son síntomas de que empezamos a tomar conciencia del problema. Pero hará falta más. Un firme compromiso por parte de todos. Un intenso afán universal de sobrevivir a nuestros errores y legar un futuro más razonable, sostenible y esperanzador a quienes nos sucedan. No hay excusas: empecemos ahora.

Sobre Al Qaeda y la guerra contra el terror (agosto de 2007)

La extraña alianza

En los años ochenta, EEUU ayudo a grupos islámicos integristas a reclutar voluntarios en todo el mundo para luchar contra la ocupación soviética de Afganistán. Es de suponer que los políticos y militares norteamericanos que maquinaron esta extraña alianza jamás imaginaron que, una década después, esas redes de yihadistas a las que armaban y entrenaban se volverían contra ellos, cohesionados por sus nuevos líderes, como el aristócrata saudí Osama Bin Laden, por su interpretación apocalíptica del islam y por un odio desbordante hacia su antiguo patrono, contra el que desde mediados de los años noventa lanzaron una campaña de terror que alcanzó su clímax con los ataques del 11 de septiembre de 2001. Pero tras estos atentados, y con la coartada de la lucha antiterrorista, George W. Bush y sus pretorianos pusieron la mira de sus cañones sobre Iraq, no porque existiera la menor conexión entre el régimen de Sadam Hussein y el 11-S, sino porque la escalada terrorista les ofrecía una buena excusa para romper la banca de las relaciones internacionales y abrir un nuevo período de indiscutida hegemonía global norteamericana. Un proyecto que la extrema derecha de Washington maduraba desde la caída de la URSS, y del que es parte imprescindible el control de los recursos energéticos de Oriente Medio. Hoy, el sexto aniversario del 11-S puede servirnos para hacer balance de esta supuesta guerra contra el terror, que sin duda ha satisfecho los intereses de las empresas petroleras y armamentísticas que revolotean sobre la Casa Blanca, pero que también ha hecho más fuertes, ubicuos y peligrosos a los terroristas.

EEUU invadió Iraq en marzo de 2003. Desde entonces han muerto más de seiscientos mil iraquíes, y otros dos millones se han exiliado para escapar de la salvaje guerra civil en la que combaten, contra el ocupante y entre sí, un sinnúmero de facciones armadas. En el caos y la devastación del país, Al Qaeda ha encontrado una formidable oficina de

propaganda y reclutamiento. Mientras tanto Afganistán, el país en que se planearon los ataques del 11-S, ocupado por EEUU desde 2002, nunca constituyó una auténtica prioridad en los planes de Bush y sus estrategias, obsesionados con los campos de petróleo de Iraq. Por eso Bin Laden y sus aliados talibanes pudieron zafarse de los bombardeos norteamericanos y escapar a Pakistán (un supuesto aliado de Washington cuyos servicios de seguridad están completamente infiltrados por los terroristas), desde donde se han reagrupado y lanzado una exitosa ofensiva sobre varias regiones afganas.

Desde 2001, cada nuevo paso de Bush y sus aliados es a la vez un nuevo regalo para los terroristas. Después de las matanzas de Bali, Casablanca, Madrid, Londres o Bombay, la red de Bin Laden sigue expandiendo sus tentáculos, transformada en una boyante multinacional del terror que da cobertura ideológica a sus franquicias en todo el mundo: Europa, el Magreb, Egipto, Sudán, Yemen, Arabia Saudí (que sigue siendo, pese a su alianza con EEUU, la principal fuente de financiación del terrorismo), Chechenia, India, Indonesia, Filipinas e incluso las provincias noroccidentales de China. Ahora, la suicida estrategia israelí de fomentar guerras civiles entre sus enemigos fronterizos está favoreciendo la aparición de nuevas franquicias terroristas en Líbano y Palestina, donde Al Qaeda nunca había estado presente.

El panorama no deja mucho lugar para la esperanza. La presencia de EEUU en Iraq alimenta permanentemente el terrorismo. Pero en la situación actual, una retirada a la vietnamita de los norteamericanos puede desencadenar un cataclismo geopolítico de consecuencias imprevisibles. De uno u otro modo, Al Qaeda gana. Su sueño, una espantosa guerra civil intramusulmana de Mauritania a China, con sangrientas repercusiones sobre el resto del mundo, está hoy mucho más cerca que hace seis años. En su oscura covacha de la frontera afgana, Osama Bin Laden puede sentirse satisfecho: tanto o más que por sus propios éxitos, por los inexplicables actos de quienes, diciéndose sus enemigos, han demostrado ser al final sus más fieles aliados.

Sobre ética y compromiso cívico en España (septiembre de 2007)

¿Todos cómplices?

Hablamos mucho y apasionadamente de los políticos, de si son buenos o malos, de lo que deben hacer o no deberían haber hecho nunca. Pero una convivencia democrática y justa no la hacen solo las decisiones de los electos. Hay problemas que los políticos ni crean ni pueden resolver. Sin embargo, los cuatro años que separan unos comicios de otros son testigos de un mayoritario desinterés por el bien común, de una casi total apatía cívica ante aquellos problemas de los que una sociedad de veras democrática debería hacerse cargo en primera persona, con sus propias manos. Problemas que miran de frente a cada ciudadano, también a usted y a mí, y ante los que tomamos decisiones que ayudan a atajarlos o que los agravan, convirtiéndonos entonces en cómplices de sus desastrosas consecuencias.

Por desgracia, la sociedad española es hoy mayoritariamente tolerante con la codicia más allá de toda legalidad. A veces llega a las pantallas la grabación con cámara oculta de algún siniestro trapicheo inmobiliario o financiero, pero, ¿cuántas conversaciones como esas, a pequeña, mediana o gran escala, se producen cada día en España? ¿Decenas, cientos, quizás miles? ¿Cuántos ciudadanos están al tanto de su contenido? ¿Y qué sucede entonces, quién denuncia? ¿Qué pasa en este país para que cada día tantas personas se jacten, en público y sin el menor recato, de haber defraudado a Hacienda, de beneficiarse de una subvención cuyos fines no se van a cumplir, de disponer de un contacto que irregularmente va a recalificarles un terreno o aprobarles una oposición, de haberse saltado una normativa laboral o medioambiental? ¿Y qué respuesta reciben entonces de sus interlocutores? ¿Oprobio o aplauso? Hagan memoria de ello. ¿Qué sucede en este país cuyos campos, mostradores y andamios están plagados de trabajadores sin contrato, horas extra no declaradas y vulneraciones flagrantes de las normas de seguridad, ante la vista

de todo el mundo y casi siempre sin consecuencias? ¿Qué pasa en un país en el que casi cualquier transacción comercial superior a cincuenta euros va invariablemente acompañada de la coletilla «lo quiere con IVA o sin IVA»?

Si solo hablásemos de dinero, estaríamos ante una sociedad de la picaresca, un triste sambenito que nos acompaña a los españoles desde el siglo XVII. Pero también hablamos de vidas humanas. El terrorismo de ETA ocupa primeras páginas hasta el hartazgo, pero hay un terror mucho más sanguinario cuyas víctimas, decenas y decenas cada año, mueren a diario en la letra pequeña de las páginas de sucesos, alcanzando solo las portadas cuando una única jornada nos deja dos, tres, cuatro mujeres muertas, quizás acompañadas en su suerte por un hijo, un amigo, una nueva pareja o un héroe anónimo que interpuso su cuerpo entre el agresor y su víctima. Pero antes, ¿cuántos habíamos sido testigos de un insulto, una humillación, una bofetada, un rostro amoratado, una desesperada mirada de auxilio? Y sinceramente, ¿qué hicimos entonces? ¿Nada? ¿Y no nos convierte eso en cómplices? La respuesta solo puede ser afirmativa.

El fraude, la corrupción y el terror machista son hoy los mayores problemas de la sociedad española. Tienen en común su caldo de cultivo: una sociedad en descomposición ética, tolerante hasta lo enfermizo con la ilegalidad, con el abuso y con la violencia. Hasta que ese fermento no desaparezca de raíz y para siempre, estos problemas seguirán ahí. La solución no llegará por vía de ningún decreto-ley. Llega cada día en las decisiones de todos y cada uno de nosotros, de cada ciudadano, de usted y de mí. Ojalá lo tengamos en cuenta la próxima vez que una decisión semejante recaiga sobre nuestras manos. Por el bien de todos.

Sobre la situación política en España, III (octubre de 2007)

Mariano y el lobo

El Partido Popular escogió la fiesta del 12 de octubre para dar extraoficial campanazo de salida a una campaña electoral que ya preveíamos sería larga y agotadora, mediante un grotesco videoclip en que, con tono melodramático y escenografía institucional, Mariano Rajoy nos conminaba a ser generosos en nuestros gestos de españolidad. Dijo Iñaki Gabilondo que Rajoy «bordeaba el ridículo, pero por la parte de dentro», y sería difícil encontrar mejores palabras para describir esta bochornosa operación de mercadotecnia patriótica que más bien parece idea de los maliciosos guionistas de Eva Hache o el Gran Wyoming que de los estrategas electorales de la calle Génova.

Y aún más cómico resultaría si no fuera porque es muy grave que el líder de la oposición se comporte como si fuera un presidente en el exilio, derrocado por un turbio golpe de Estado y que vela por su pueblo ante una espantosa crisis nacional. Tal golpe de Estado ya recordarán ustedes cual fue: el que cometió la coalición etarra-policial-socialista del 11-M. Esto no lo dice el propio Rajoy, claro, pero tampoco hace nada por desautorizar a quienes lo dicen o lo insinúan en los medios de comunicación, el parlamento o los tribunales. Y la crisis nacional, claro, es la provocada por ese maléfico sujeto de cejas puntiagudas («posmoderno Mefistófeles», le dice Aleix Vidal-Quadras en las páginas de *La Razón*) que gracias a la mano negra de Atocha alcanzó la Moncloa. Un serial de miedo por entregas, en el que cada semana se ha venido produciendo «el mayor peligro para la democracia desde el 23-F», como reiteradamente califican los portavoces del PP y sus coristas mediáticos hasta la más modesta iniciativa del gobierno, el *lehendakari*, el Grupo Prisa y el resto de consabidos enemigos de Dios, la patria y la bandera.

Pero lo cierto es que España no acaba de desintegrarse. Terminó mal el proceso de paz

para Euskadi y lo que resultó no fue un Estado en retirada y una ETA triunfante, sino una ETA capaz de causar aún mucho dolor, como siempre, pero militarmente muy debilitada y con su base social hecha trizas. Los homosexuales y lesbianas se están casando libremente sin que la familia tradicional se hunda en la debacle: lo que verdaderamente espanta a las familias de este país no es con quién se case el vecino del quinto, sino que de sopetón le suban diez céntimos el litro de leche. La Educación para la Ciudadanía lleva ya varias semanas impartándose y parece que todavía ningún grupo de escolares anda por ahí quemando conventos. Y así podríamos seguir, enumerando esos apocalipsis cotidianos que nunca llegan pero que los portavoces oficiales y oficiosos del PP siguen predicando incansables para un auditorio cada vez más escaso, desanimado y escéptico. Hace unos días, el inefable tertuliano César Alonso de los Ríos nos advertía desde los delirantes informativos nocturnos de Popular TV que asistimos a «el suicidio de un pueblo». Nada menos. Y acojonados ante el inminente españicidio, diez millones de españoles se marcharon de puente. A Rajoy y a los suyos les pasa como al pastorcillo del cuento: anuncian una y otra vez que viene el lobo, pero el lobo nunca aparece. Finalmente al pastorcillo, como a Rajoy, no queda más remedio que ignorarlos o tomárselos a pitorreo.

Aunque, en cierto modo, es verdad que el lobo está al caer. Pero no para España, sino para ellos. El 31 de octubre se dará lectura a la sentencia del 11-M. Los teóricos de la conspiración y quienes les han azuzado y jaleado no van a encontrar bandera de España lo suficientemente grande como para tapar la enorme felonía que han pretendido cometer. Si por ellos fuera, seguiríamos buscando a los autores del 11-M entre el Ebro y los Pirineos. Con lo que seguramente jamás les hubiésemos encontrado. Y a eso le llaman patriotismo. Menos mal que entonces, como ahora, no les creímos.

Sobre la sentencia del 11-M (noviembre de 2007)

Ruido y niebla

La sala de la Audiencia Nacional encargada de juzgar los atentados del 11-M dictó sentencia el pasado 31 de octubre, condenando a veinte de los veintiocho acusados a partir de una exposición de hechos probados que de modo inequívoco establece entre otros aspectos la autoría del atentado, una célula integrista vinculada con las redes del terrorismo internacional, y la procedencia de los explosivos, robados por delincuentes comunes en instalaciones mineras asturianas.

No por repugnante era menos previsible que los partidarios de la teoría de la conspiración, el relato alternativo del 11-M propagado desde la ultraderecha política y mediática, iban a insistir en su estrategia de ruido y niebla incluso después de la lectura de la sentencia. ¿Cómo? Ignorando una parte de su contenido y falseando el resto, conforme a una lógica perversa que la propia sentencia describe: «Se aísla un dato —se descontextualiza— y se pretende dar la falsa impresión de que cualquier conclusión pende exclusivamente de él, obviando así la obligación de la valoración conjunta de los datos», para insinuar que «una mano desconocida, como parte de un plan maquiavélico más amplio, ideó y ejecutó los atentados».

Ahora que la autoría material y la ejecutoria de los atentados están definitivamente resueltas, la exculpación de «El Egipcio» como inductor es el dato descontextualizado en que se amparan para persistir en sus desvaríos los mismos que no han tenido el menor escrúpulo en insinuar la complicidad policial en la comisión de los atentados y la falsificación de pruebas, que acusaron al gobierno y al resto de fuerzas políticas de manipular la comisión parlamentaria, que han martirizado al juez instructor y a la fiscal del caso y han pretendido boicotear el proceso mediante la impresentable actuación de

varias acusaciones particulares. «La sentencia», afirma el incansable Jiménez Losantos, «arroja más sombras que luces», porque «la masacre no ha sido cosa de Al Qaeda, ni causada por la guerra de Iraq, ni siquiera participada por ETA, aunque eso nunca se haya investigado en serio». ¿Quién ha sido, entonces? ¿Acaso las cloacas del Estado, como machaconamente insinúa Luis del Pino?

El tribunal, con las pruebas existentes, no ha logrado identificar a «El Egipcio» como inductor del 11-M. Pero, ¿desaparecen por ello de la sentencia las conexiones probadas de los condenados con Al Qaeda y otros grupos terroristas integristas? No. ¿Desaparece la abundante propaganda fundamentalista llena de referencias a la guerra de Iraq que poseían los suicidas de Leganés? No. ¿Ha aparecido, en cambio, algún indicio de la implicación de actores distintos a estas tramas fundamentalistas a los que haya que investigar? No. ¿Se ha determinado como falsa alguna de las pruebas aportadas por las fuerzas de seguridad? No.

Entonces, ¿en qué se apoyan los conspiranoicos? Sobre todo, en su desesperada urgencia, a tres meses de las elecciones, por convertir en verdades las mentiras con que el núcleo duro de la presidencia imperial de José María Aznar intentó preservar a toda costa el poder entre el 11 y el 14 de marzo de 2004. Las mentiras con las que han intentado socavar el trabajo de policías y periodistas, de la comisión parlamentaria, de los instructores y ahora del tribunal sentenciador. Las mentiras que, a pesar de las sensacionales exclusivas de la COPE y *El Mundo*, la animación callejera de los Peones Negros y las extrañas preguntas del PP en el Congreso, no han dado a los neoconservadores españoles los óptimos resultados que dieron las mentiras sobre las armas de destrucción masiva de Sadam y su complicidad en el 11-S a sus hermanos mayores de la Casa Blanca.

«Tras el 11-M», decía hace poco Naomi Klein, «España demostró que tras una crisis, un desastre, el pueblo puede decidir cómo quiere reaccionar. En Estados Unidos se produjo

una regresión y un recorte de libertades civiles en función del aumento de la seguridad. En España, por el contrario, se reaccionó defendiendo la democracia» (*Público*, 30/10/2007). Eso fue exactamente lo que los españoles hicimos en marzo de 2004. Y lo que seguiremos haciendo. Los conspiranoicos deberían empezar a tenerlo presente.

Sobre el retorno de ETA (diciembre de 2007)

Muerte en Capbreton

El asesinato el pasado 1 de diciembre de dos jóvenes guardias civiles a manos de ETA en la localidad francesa de Capbreton cierra con la dolorosa certeza de la sangre derramada un periodo de tensa incertidumbre en el que, con un último hilo de esperanza, habíamos aguardado un cada vez más improbable giro a mejor de los acontecimientos tras el atentado de Barajas y cuanto ha sucedido después. Hoy, sobreponiéndonos a la tristeza y el asco que nos provoca, es necesario que nos esforcemos por poner en claro las certezas y las interrogantes que en el aspecto político este crimen deja a su paso.

El pasado octubre, Pernando Barrena declaró que un nuevo atentado mortal sería «un desastre» para la izquierda *abertzale*. Encarcelado desde junio, Arnaldo Otegi ha hecho llegar mensajes a líderes del PSE conminándoles a reabrir el diálogo tras las elecciones de marzo, una idea en la que también ha insistido el sindicalista *abertzale* Rafael Díaz Usabiaga. Y el mismo Otegi declaraba en marzo que «nadie plantea, y si lo planteara estaría en un error, construir un Estado independiente desde la lucha armada». La primera certeza que nos deja el atentado de Capbreton es que los nuevos generales de ETA (los que se impusieron y sustituyeron a los promotores de la tregua) son completamente indiferentes a estas muestras de desafección que han proliferado en la izquierda *abertzale* después del atentado de Barajas. Amplios sectores del electorado de Batasuna se preguntan, todavía en susurros, a cambio de qué se han sacrificado la vuelta a la legalidad y a las instituciones de su partido, la reagrupación de los presos o la mesa de negociación política. ¿Podría esta fisura acabar convirtiéndose en un abierto enfrentamiento? Desconocemos el exacto equilibrio de fuerzas que mantienen hoy las diferentes sensibilidades del electorado independentista, pero si los ánimos ya parecen oscilar mayoritariamente entre la pesadumbre y el desencuentro, una acción tan salvaje e

irreflexiva como la de Capbreton solo puede encrespar aún más la fractura entre partidarios y detractores del fin de la violencia.

Esa fractura es producto de la reiterada y sanguinaria insensatez de ETA, que ha acabado exasperando incluso a muchos de sus partidarios, pero también de la valentía, la honradez y la inteligencia con que Rodríguez Zapatero abordó el proceso de paz. Aún con la derecha cargando en tromba y el escepticismo de la mitad de su propio partido, Zapatero demostró su compromiso con gestos tan difíciles como el traslado a Euskadi de Iñaki de Juana Chaos o la entrevista del Partido Socialista de Euskadi con Batasuna, frente a los constantes palos en las ruedas de la nueva dirección etarra, de ningún modo dispuesta a abandonar su papel de vanguardia armada, autoritaria y omnipotente. Un papel que cada día repugna más a muchos *abertzales* que, manteniendo su apuesta política por la independencia, vieron en la actitud dialogante y la mano tendida de Zapatero una oportunidad de romper para siempre con el abismo de la violencia y se sintieron traicionados por el repentino paso atrás de ETA en el camino de la paz.

¿Y ahora qué? Hay quien apuesta por la inmediata ilegalización de ANV. No comparto esa opinión, porque creo que la ley de partidos es una pésima ley que ni siquiera puede justificarse en la cerrazón, cobardía e indiferencia ante el dolor ajeno de aquellos a quienes pudiera aplicarse. Mucho más esperanzador que su ilegalización sería que ANV exigiese a ETA, con voz alta y palabras claras, un cese inmediato, indefinido e incondicional de la violencia, siguiese siendo legal y pudiese concurrir a las elecciones de marzo, inaugurando para la izquierda *abertzale* un nuevo tiempo de reivindicación de sus objetivos por el exclusivo medio de la política. Ojalá que la tragedia de Capbreton sirva al menos para que comprendan que este es el momento y que tan grave responsabilidad está enteramente en sus manos.

Sobre las elecciones del 9-M, I (enero de 2008)

Asuntos de familia

El duelo en la cumbre protagonizado estos días por Alberto Ruiz-Gallardón y Esperanza Aguirre no es solo un episodio más de la disputa que desde hace años mantienen ambos líderes conservadores: a menos de dos meses de las elecciones, es también un movimiento decisivo en la lucha a bayoneta calada que, desde la debacle del 14-M, libran dos facciones por la hegemonía en la derecha española. Una, representada por Aguirre, afianza sus posiciones con el descabello de Ruiz-Gallardón y el desembarco de Manuel Pizarro. La otra, que ha respaldado con sus últimas fichas la arriesgada apuesta del alcalde madrileño, ve peligrar su supervivencia sobre el tablero político.

Contra toda lógica y todo pudor, Ángel Acebes, Eduardo Zaplana y demás naufragos del aznarismo se atrincheraron tras el descalabro electoral en sus despachos de la calle Génova, obsesionados por deslegitimar su derrota en las urnas y rehabilitar su inmoral y catastrófica gestión de los atentados de Madrid. Aun tras fracasar en ambos frentes, el búnker aznarista ha persistido en su inquebrantable voluntad de comandar la derecha española, manteniendo bajo un férreo control al Partido Popular, a su grupo parlamentario y a su candidato Mariano Rajoy, que en ningún momento ha sido capaz de imponer un rumbo propio que mejorase sus perspectivas electorales. Si resultó escogido como sucesor por Aznar, frente al mucho más cualificado y carismático Rodrigo Rato, fue precisamente gracias a esa incapacidad, que de haber sido otro el resultado del 14-M, hubiese permitido al expresidente seguir gobernando a través suyo, sin ese molesto contratiempo que para tan genuino hombre de Estado y viva voz de la Nación suponen la soberanía popular, las instituciones representativas y otros formalismos inútiles.

Quien, incluso desde posiciones netamente conservadoras, no ha secundado esta

irracional huida hacia adelante, ha sido ferozmente tachado de traidor y quintacolumnista. La demencial teoría de la conspiración del 11-M ha abierto una querrela de grueso calibre entre la COPE, *El Mundo*, Telemadrid y demás medios afines al búnker y quienes, como el diario *ABC*, han dado voz al estupor y el descontento de importantes sectores de la derecha española ante tamaño desvarío moral e intelectual. No parece casual que hayan sido precisamente *ABC* y su director, José Antonio Zarzalejos, los principales valedores de Ruiz-Gallardón en su pretensión de llegar al Congreso. Tampoco que ambos reciban cada mañana un tratamiento aún más despiadado que el reservado al presidente Zapatero desde los micrófonos de la COPE, propiedad de la beligerante Conferencia Episcopal y cuyo locutor estrella, Federico Jiménez Losantos, es íntimo amigo de Aguirre y Zaplana, con quienes se reúne en privado a menudo; también es director de un sitio de internet, *Libertad Digital*, cuyos colaboradores han alimentado las insidias conspirativas de algunas acusaciones particulares en el juicio del 11-M, y uno de cuyos principales patrocinadores publicitarios es... ¿Lo adivinan ustedes? Efectivamente: la Endesa de Manuel Pizarro. ¿No encuentran el lector o lectora sumamente reveladoras todas estas coincidencias?

Sin embargo, la de Aguirre, Acebes, Zaplana, Losantos, Rouco Varela, Alcaraz y demás leales paladines aznaristas es una victoria transitoria. Tras el 9 de marzo, cuando Aznar y sus teleñecos asuman su segunda derrota electoral, les resultará muy difícil contener las fisuras en su hegemonía. Si los vencidos de hoy logran entonces, con agallas y astucia, levantar cabeza, hacerse con el lugar del timonel y rescatar al genuino centroderecha democrático español de las mazmorras de la calle Génova, estaremos, ¡al fin!, ante la gratísima noticia que llevamos ya cuatro largos años esperando y que, por el bien de nuestra democracia, solo cabe desear que no se demore mucho más.

Sobre las elecciones del 9-M, II (febrero de 2008)

Renovación de contrato

El 11 de marzo de 2004, tres días antes de las últimas elecciones generales, fanáticos islamistas asesinaron a ciento noventa y una personas en Madrid. El gobierno en funciones, como colofón a una legislatura catastrófica plagada de mentiras, incompetencia y autoritarismo, desencadenó un burdo y miserable engaño masivo para ocultar la autoría del ataque y proteger las expectativas de su candidato. El descontento latente del día 12 derivó en la rebelión cívica del 13 y el vuelco electoral del 14. Una marea de ciudadanos, la misma que había inundado las calles para decir «no a la guerra», «nunca más» y «vuestra guerra, nuestros muertos», acudió a las urnas para impedir una nueva mayoría del PP: se votaba democracia y se votó contra quien tan gravemente la había mancillado. En tan extraordinarias circunstancias, el socialista Rodríguez Zapatero recibió de las urnas un mandato claro: desandar lo mal andado en el cuatrienio negro del aznarismo. Pero, ¿cabía esperar algo más de él? ¿Tendría además la honestidad, la inteligencia y el coraje de abrir camino hacia el futuro, de proponer soluciones allá donde otros solo había sembrado problemas?

Rodríguez Zapatero comenzó ordenando la retirada de las tropas españolas en Iraq, un espectacular golpe de timón que iba a dar la medida de toda una manera de hacer política. En la mejor tradición de la socialdemocracia europea, Rodríguez Zapatero ha apostado por una extensión de derechos civiles y políticos de la ciudadanía, una política global de seguridad a través de la paz y la solidaridad, una visión moderna y pragmática de los símbolos y la identidad nacional, una íntima interdependencia de desarrollo económico, equidad social y sostenibilidad medioambiental... El proceso de paz que ha socavado la base social del terrorismo y sembrado la semilla de su final definitivo, la ley de memoria histórica que ahonda y afirma los fundamentos éticos de nuestra democracia,

la independencia de nuestra política exterior, las leyes de dependencia e igualdad, la reforma del Código Civil, el rigor y la pluralidad de los medios de comunicación públicos o el renovado protagonismo del parlamento son solo algunas de las conquistas de la más fecunda e ilusionante legislatura de nuestra joven democracia y más brillante período de nuestra historia desde la Segunda República. Sin duda que Rodríguez Zapatero ha cometido errores y dejado tareas en el tintero. Sacó las tropas de Iraq pero se ha resignado a mantenerlas en Afganistán. Ha dado pasos correctos para la rehabilitación del Estado de Bienestar pero aún debe despegarse más, mucho más, del errado modelo neoliberal, devolviendo al sector público un papel central de la vida económica del país y poniendo fin al desvarío especulativo del ladrillo y la hipoteca. Ha apostado por las energías limpias pero no ha concretado el calendario de cierre de las centrales nucleares ni cumplido en su integridad los compromisos de Kyoto. Le ha faltado fuelle para enfrentarse a la insoportable chulería de la Conferencia Episcopal y no ha puesto coto a los inexplicables privilegios de la camarilla de la SGAE.

Incluso a pesar de estos y otros errores, un balance ponderado de su tarea habla con claridad a favor del gobernante genuinamente decente, demócrata y progresista que a lo largo de esta legislatura ha demostrado ser José Luis Rodríguez Zapatero. Por eso, a fin de que conduzca a buen término lo bien comenzado, que es mucho, y de que tenga oportunidad para enmendar sus errores, el 9 de marzo yo renovaré por cuatro años mi contrato de confianza con el candidato socialista. Sin por ello abandonar el espíritu crítico y vigilante que siempre debemos mantener los gobernados hacia quienes nos gobiernan, y recordando que, para avanzar y perfeccionarse en el camino de la democracia, nuestra sociedad necesita, además de un excelente gobierno, del compromiso permanente de hombres y mujeres activos, informados y exigentes que ejerciten, con cotidiano rigor, sus derechos y obligaciones de ciudadanía.

Sobre las elecciones del 9-M, III (marzo de 2008)

Una legislatura de izquierdas

Son muchas las interrogantes que se abren para el futuro cercano de nuestro país con los resultados de las pasadas elecciones generales del 9 de marzo a la vista. El PSOE y su candidato José Luis Rodríguez Zapatero revalidan su mayoría relativa, acercándose a la mayoría absoluta, pero a costa de sus mejores aliados parlamentarios, IU y ERC, cuyos electorados ha fagocitado gracias a sus políticas más decididamente progresistas (retirada de Iraq, matrimonio gay, leyes de dependencia, igualdad y memoria histórica, lucha contra el cambio climático, etc.) y, sobre todo, gracias al pánico que en buena parte de la ciudadanía despierta un posible retorno al poder de un Partido Popular delirantemente escorado, desde el segundo mandato de Aznar, hacia la más extrema de las derechas. Ambos factores han fidelizado el voto de esa izquierda que el sociólogo César Molinas bautizó como «volátil» (*El País*, 11/11/2007): votantes ideológicamente a la izquierda o muy a la izquierda del PSOE, habitualmente abstencionistas o votantes de las citadas u otras formaciones minoritarias, cuyo número y poder para cambiar las tornas electorales quedó demostrado el 14 de marzo de 2004.

Es cierto que esos votantes, horrorizados ante la complicidad aznarista en la colonización de Iraq o la manipulación partidista del terrorismo etarra e islamista, han rebajado el listón de sus exigencias y han decidido seguir votando a un PSOE que ha sido, en la pasada legislatura, tan valiente en política internacional, organización territorial del Estado o derechos civiles como pacato y dubitativo en materia económica y laboral. Pero también es cierto que el PSOE de Zapatero en 2008 no es, ni de lejos, el PSOE que en los años ochenta echó a España en brazos de la OTAN y en los noventa la empujó al más estricto neoliberalismo económico y la enfangó de corrupción. Y este PSOE asume, por verídica convicción política, por interés electoral o por ambas cosas a la vez, que bajo

ningún concepto puede permitirse una nueva ruptura, como la que en su momento supuso el referéndum de la OTAN, con el espacio ideológico y los tres millones de votantes que tiene a su izquierda, tras el laborioso acercamiento que comenzó a fraguarse, bajo la oscura y deprimente sombra del aznarismo, durante las protestas contra la LOU, el *Prestige* o la guerra de Iraq.

La relación de esta «izquierda volátil» con el PSOE es ahora, más incluso que el pacto que Zapatero pueda establecer con nacionalistas vascos o catalanes en las Cortes, la clave de bóveda de la gobernabilidad de España. Hasta ahora han bastado las barbaridades del PP sobre la conspiración del 11-M, la rendición del Estado ante ETA o la inmigración (entre otras muchas) para garantizar la movilización electoral de las izquierdas y su confluencia en el PSOE, pero Zapatero no puede confiar en que Jiménez Losantos, Rouco Varela, Alcaraz y Arias Cañete le presten siempre este utilísimo servicio. Si se gobierna con los votos de la izquierda, no basta con servir de freno a la derecha: hay que hacer políticas de izquierdas.

En este sentido, quisiera centrarme en tres asuntos esenciales. En primer lugar, la política económica y laboral. No hay lugar para más políticas tibias en materia de precariedad y siniestralidad laboral, especulación urbanística, fraude y corrupción... Hay que romper amarras definitivamente con el neoliberalismo y devolver al Estado un papel decisivo en la vida económica del país, favoreciendo la economía productiva y el empleo de calidad y penalizando la actividad económica antisocial. Una política de izquierdas es siempre, esencialmente y en origen, una política de reparto de la riqueza y defensa de los derechos del trabajo frente al capital.

También, una política de paz. La catastrófica situación de ETA y las grietas irreparables en la casa *abertzale* (producto en buena medida de la excelente gestión del proceso por parte de Zapatero, y que se agravan con acciones como el repugnante asesinato del militante socialista Isaías Carrasco) anuncian un acelerado declive etarra que, más

temprano que tarde, hará necesaria una mesa sobre la que firmar el final del terrorismo, solo que esta vez, gracias a lo avanzado en la legislatura anterior, ETA acudirá a negociar con expectativas mucho más humildes y sin billete de vuelta a la violencia en el bolsillo.

Y por último, una política de izquierdas es también una política decidida en el combate contra la destrucción del medio natural y un compromiso incondicional con el desarrollo sostenible y responsable. La Estrategia Nacional contra el Cambio Climático es un correcto primer paso al que deben seguir una homologación plena con los criterios de Kyoto y un calendario firme y rápido de cierre de centrales nucleares —hablando desde Extremadura, este desafío de la sostenibilidad tienen nombres propios: refinería de Tierra de Barros, complejo residencial de Valdecañas o central nuclear de Almaraz. ¿Será esta la legislatura en que el PSOE extremeño corrija al fin su errático rumbo en materia medioambiental, que tan grave y dolorosamente desmerece sus excelentes políticas en otros aspectos como derechos sociales, igualdad de género o innovación tecnológica? Esperemos que sí.

En estas tres cuestiones y en algunas otras, como la lucha contra el terrorismo machista, la profundización en la laicidad de las instituciones o la independencia de la política exterior, será donde cientos de miles de votantes de izquierdas independientes y críticos demandaremos solidez, coherencia y valor al presidente Zapatero. Porque es exactamente eso, una legislatura decidida e inequívocamente de izquierdas, lo que hemos votado, y lo que infatigablemente exigiremos cada día de los próximos cuatro años por todos los medios a nuestro alcance como ciudadanía democrática.

Sobre la crisis económica, I (abril de 2008)

Larga mañana de resaca

La subida del precio de los alimentos y el colapso del mercado inmobiliario han devuelto la economía al primer plano del debate político, después de un largo período en que la atención del público se ha dirigido (o ha sido dirigida) hacia cuestiones de otra índole. Por desgracia, los datos económicos han sido empleados por los políticos (de uno y otro signo) más como instrumentos para la defensa y el ataque electoral que como materia de riguroso análisis y serena discusión. A fin de aclarar algunos rasgos centrales de la actual situación económica, frente a la hueca palabrería de los discursos políticos y los titulares de prensa, hay que hacer un poco de memoria y poner en cuarentena el concepto mismo de crisis económica.

En 1997-1999, el virus del colapso financiero atravesó Extremo Oriente, Rusia y Latinoamérica y dejó a la vista la endeblez de las estructuras de la globalización. En 2000 la crisis saltó de la periferia al centro del sistema, con el desplome de los valores puntocom y el caso Enron (el mayor fraude financiero de la historia) en EEUU. La larga serie de catástrofes que vivimos desde entonces (elección fraudulenta de George W. Bush en 2000, atentados del 11-S en 2001, invasión de Iraq en 2003...) es la larga mañana de resaca tras la enloquecida noche de juerga financiera de la primera globalización. Con el paso de Clinton a Bush, al desorden mundial neoliberal le sucedió el desorden mundial neoconservador, que añade a la avaricia y la insensatez del primero las obsesiones religiosas y un incorregible gusto por el napalm y la sangre humana. En términos económicos, sus consecuencias son conocidas: el barril de petróleo a cien dólares es por sí solo motivo suficiente para una crisis económica profunda, global y permanente. Vivimos inmersos en una sucesión interminable de picos al alza y a la baja de valores bursátiles, sectores económicos, materias primas, monedas y naciones. En este marco no

existen las crisis, en tanto que bruscas rupturas con una situación previa de equilibrio, porque no hay ningún equilibrio que pueda romperse, sino una inestabilidad permanente que encadena a gran velocidad episodios de euforia y melancolía. Los efectos negativos de los desequilibrios rebotan indefinidamente como una bala mágica, hiriendo siempre a alguien en algún punto del globo. Conforme el desorden se amplifica, la bala acelera su vuelo e incrementa su potencial destructivo. A medio plazo, sumando los estragos económicos, sociales, culturales y medioambientales que provoca, la globalización capitalista equivale básicamente a una sofisticada forma de suicidio colectivo para la humanidad.

A este marco de desorden global en España hay que sumar un mal añadido: el colapso del sector inmobiliario tras una década de desvarío que ha expoliado el territorio, devastado el medio natural, acentuado los desequilibrios sociales y degradado la ética de la vida pública hasta extremos insostenibles. En su brillante discurso de investidura, el presidente Rodríguez Zapatero ha definido una sociedad decente como aquella que no abandona a los suyos al infortunio. Una bella formulación para una decencia difícil en un sistema económico basado en el infortunio de los muchos para beneficio exacerbado de los muy pocos, con el mayor y más reiterado desprecio por el bien común, hasta hacer de la desgracia colectiva, como explica Naomi Klein con su teoría del «capitalismo del desastre», una nueva y boyante forma de negocio. Si en este panorama Rodríguez Zapatero tiene verdadero interés en pasar del terreno de la poesía al de los hechos, no le bastarán los tibios consejos y la ortodoxia neoliberal de Pedro Solbes y Miguel Sebastián. Va a tener que mirar más a la izquierda en busca de medidas que permitan mantener la cohesión social frente a la crisis y crear mecanismos de transparencia y seguridad que impidan que este injustísimo desorden se perpetúe como norma. De momento la tarea más urgente es resolver el grave dilema que enfrenta los intereses de una decena de grandes bancos con los de una generación de españoles hipotecados de por vida por unas casas que en poco tiempo pueden valer poco más que los ladrillos de que están hechas. Y

a largo plazo, hay que reescribir las normas que en nuestra sociedad regulan la convivencia entre capitalismo y democracia, en favor de la democracia en esta ocasión, para variar. Sin duda un presidente de izquierdas sabría de qué lado estar ante estas cuestiones y buscaría herramientas, tan radicales como fuese necesario, para hacer prevalecer el bien común. No solo sería una extraordinaria noticia para los españoles: sería además la mejor prueba, y todo un referente y un acicate a escala europea y global, de que la socialdemocracia tiene algo que decir ante los tiempos difíciles que vivimos y los inciertos que se nos avecinan. Se dirimirá aquí si el centroizquierda ha aprendido algo de la pesadilla neoconservadora o si, por el contrario, va a volver a pastar mansamente en el mismo modelo neoliberal cuyo fracaso abrió las puertas del infierno del que salieron Bush y los suyos. No es reto pequeño. Tenemos cuatro años para descubrir si su ánimo y sus convicciones dan para tanto.

Sobre la ofensiva de los neocón españoles (mayo de 2008)

La olla de las brujas

Como era previsible, la derrota electoral de marzo ha tenido un impacto demoledor sobre el Partido Popular, sus medios de comunicación afines y su electorado. Los precarios consensos sobre los que se cimentaba el liderazgo de Mariano Rajoy han implosionado. El choque en torno a las candidaturas y las ponencias del próximo congreso del PP constituyen solo el primer tanteo de una batalla por la hegemonía de la derecha española que se anticipa lenta, sucia y extenuante y que probablemente se prolongará durante toda la legislatura. Ante al confuso baile de nombres, declaraciones y posicionamientos de las últimas semanas, cabe preguntarse: ¿qué está pasando realmente al interior de la derecha española? ¿Se trata solo de una agresiva pugna por el poder o realmente están en liza proyectos políticos diferenciados? ¿Representa la nueva guardia pretoriana de Rajoy una auténtica renovación ideológica frente al PP de la crispación y la conspiranoia? ¿Mantienen proyectos políticos diferentes Aguirre y Alberto Ruiz-Gallardón, Rajoy y María San Gil, o solo les separan sus distintos intereses y estilos?

Ha sido precisamente Esperanza Aguirre quien ha reclamado con mayor insistencia la apertura de un debate ideológico y de principios. Lo ha hecho, sin embargo, de un modo vergonzante y tramposo, tratando de apropiarse de un concepto, una tradición y una bandera que le son completamente ajenas: las del liberalismo. En realidad, Aguirre y sus fieles habitan una galaxia ideológica situada a muchos millones de años-luz del liberalismo. La entera tradición liberal señala el respeto a la verdad en la esfera pública como pilar de una democracia decente, pero Aguirre y sus afines amamantan y se dejan jalearse por los Jiménez Losantos, Pedro J. Ramírez y demás voceros de algunas de las mentiras más repugnantes de la historia de nuestra democracia: la «rendición del Estado ante ETA», los «agujeros negros» del 11-M, los «cuatrocientos asesinados» en las

urgencias de Leganés, etc. Liberal es el patriotismo de la Constitución y las instituciones democráticas, no la sobredosis de testosterona nacional-católica de Jaime Mayor Oreja y demás ideólogos del «se rompe España». Liberal es la tolerancia ética y religiosa, no el incansable martillo de herejes, rojos y pervertidos de monseñor Rouco Varela. Liberales son el respeto a la legalidad internacional y el amor al cosmopolitismo, no la masacre preventiva de los conjurados de las Azores. Los liberales españoles cayeron fusilados o marcharon al exilio por millares a lo largo del siglo XIX, en 1931 proclamaron, junto al resto de fuerzas democráticas, la Segunda República española, y a ella se mantuvieron leales en 1936 frente al alzamiento fascista que tan benignamente juzgan —o directamente aplauden— Pío Moa, César Vidal y demás pseudohistoriadores juramentados contra esa verdad terrible que velan como templos tantas cunetas, zanjas y fosas de España. El mejor liberalismo se encarna en nuestra historia en la figura de Manuel Azaña, cuyos escritos tanto gustaba de citar José María Aznar antes de caer seducido por el fundamentalismo armado de sus siniestros amigotes de Washington y Tel Aviv y promover la mutación neocón de la derecha española.

Esto no es liberalismo: es un monstruoso gólem ideológico incubado en los cursillos de la FAES, las tertulias de destrucción masiva de la COPE y las manifestaciones de la AVT, un neoconservadurismo autoritario timoneado, a imagen y semejanza de su equivalente norteamericano, por una peligrosa conjunción de iluminados y desaprensivos. «Para la derecha pagana de Pedro Jota y Losantos», escribe Enrique de Diego, «la derrota electoral del PP del 14 de marzo de 2004 ofrece la posibilidad de poner a dicho partido al servicio de su proyecto antropológico y, sobre todo, de sus intereses mediáticos. En primer lugar, porque las defensas de ese partido están muy bajas y porque la misma derecha social está desconcertada y, en buena medida, huérfana, necesitada de orientación y liderazgo. Con un PP cuarteado, con la centralidad cuestionada por la derrota electoral, la teoría de la conspiración se irá situando para la derecha pagana como arma poderosa para someter al Partido Popular a consignas mediáticas. El 11-M no solo vende

periódicos y hace subir las audiencias de la radio, también permite establecer una posición dominante sobre la estructura partidaria de la derecha como no se había conocido antes» (*Conspiranoia. De cómo El Mundo y la COPE mintieron y manipularon sobre el 11-M*, Rambla, 2007, p. 75). Esta es la olla de las brujas en la que se cocina el siniestro proyecto político de Esperanza Aguirre, que nada tiene que ver con el liberalismo y muy poco con una democracia decente. Está por descubrir si en el seno del PP y tras estos cuatro años de despropósitos quedan espacio, coraje e ideas suficientes para poner en pie otra derecha, esta sí genuina y vocacionalmente democrática, que sea capaz de oponérsele.

Sobre la crisis económica, II (junio de 2008)

No va más

El Partido Popular, tras cuatro años obsesivamente entregado a denunciar la conspiración del 11-M y promover la formación del espíritu nacional de los españoles, descubrió justo antes de las pasadas elecciones de marzo que la economía todavía existía. Se empeña desde entonces en profetizar un inminente holocausto económico cuyas causas deben achacarse en exclusiva a las decisiones del gobierno socialista, sin apelar a «excusas» (expresión de Pío García Escudero, portavoz del PP en el Senado) como el incremento en el precio del petróleo y los alimentos a escala mundial. Para los neoconservadores españoles, empeñados en aterrorizar al país a toda costa, cualquier cosa vale para alimentar la política de las cañoneras de la crispación, incluida la majadera fantasía de que a José Luis Rodríguez Zapatero aún le llegan las fuerzas para, en los huecos libres que le dejan la persecución del cristianismo y la subasta de España por parcelas, provocar él solito una recesión económica de impacto global.

Dicho esto, y recordando que los errores del adversario ni son aciertos propios ni ponen remedio a los propios errores, tampoco se pueden poner paños calientes a la tardía, desorientada y melindrosa respuesta del gobierno socialista ante la crisis: su actuación más desatinada hasta la fecha, el pozo sin fondo en que está dilapidando buena parte del capital político acumulado en una excelente primera legislatura y la principal amenaza para la continuidad de su proyecto político. Ante la creciente evidencia material de la crisis en el litro de leche, la barra de pan y el depósito del coche de cada ciudadano de este país, seguir aferrándose a frivolidades como la «desaceleración» o el «ajuste cíclico» es una irresponsabilidad que este gobierno no debería mantener ni un minuto más. La crisis existe, es grave, profunda y previsiblemente duradera. Tiene alcance global y el gobierno español carece, por supuesto, de la capacidad de ponerle fin, ni con Rajoy ni

con Zapatero ni con el Chikilicuatre al timón. Pero eso no justifica ni cruzarse de brazos ni embarcarse en iniciativas tan erradas e inútiles como el cheque-bebé de dos mil quinientos euros o la devolución universal de los cuatrocientos euros. El papel de un gobierno de izquierdas ante la crisis no es meter un sobre con limosna en el bolsillo del ciudadano mientras le aturde con tecnicismos, es tomar decisiones drásticas en favor del bienestar colectivo, con toda la autoridad y legitimidad democrática del Estado de Derecho.

Los productores de leche han anunciado pérdidas de veinticinco millones de euros en el primer trimestre del año. ¿Cómo es posible, se preguntará el lector que acaba de pagar un 23% más que hace un año por un litro de leche? La respuesta es sencilla: entre agosto de 2007 y marzo de 2008, los intermediarios han incrementado sus márgenes del 39% al 51%. Algo muy parecido está sucediendo con el resto de los alimentos, los combustibles, etc. Todo indica que, cuando el negocio de los pisos y los campos de golf ha tocado techo, las voraces pirañas sociófagas de la charca especulativa se han lanzado a por el de las materias primas. También es interesante conocer que, a pesar de la crisis, la gran banca ha aumentado sus beneficios un generoso 10% entre enero y marzo de este año. Pero nada más revelador que observar cómo los sueldos de los directivos de las grandes empresas españolas no han parado de subir: en algunas de ellas equivalen al salario medio de hasta sesenta trabajadores; en otras han crecido hasta un 70% en 2007, mientras el de los trabajadores subía por debajo de la inflación o incluso se recortaba. Hay otros muchos datos que evidencian cómo detrás de esta crisis hay también mucho de gigantesca estafa y nuevo reparto de la riqueza dirigido desde arriba para mantener a toda costa los fabulosos beneficios empresariales a los que los habitantes de los paraísos del capitalismo (el 0'004% de españoles que controla un equivalente al 80% del PIB nacional) se han acostumbrado en tiempos de bonanza y a los que no quieren en modo alguno renunciar, aunque a pie de calle los demás tengamos que comernos unos a otros para sobrevivir.

El gobierno tiene la capacidad de poner coto a este ingente desfalco y cantarle un drástico «no va más» a los jugadores del inmoral capitalismo de casino que impera en este país. Ante una crisis alimentaria, el gobierno puede poner freno a la avaricia de los grandes intermediarios limitando sus beneficios por ley, prohibiendo el encarecimiento sin repercusión en el precio de origen y echando el cerrojo a los mercados de futuros (como recientemente ha decidido el gobierno hindú, en un saludable ejercicio de soberanía nacional frente a los corsarios del mercado alimentario global). Ante un estallido incontrolable de la burbuja inmobiliaria, el gobierno puede revisar las condiciones de las hipotecas e intervenir su gestión (el 35% de las familias españolas paga una hipoteca, superior a los trescientos euros para el 60% de ellos, mientras el precio de las viviendas se desploma y miles de millones de euros se desvanecen en el aire, ¿no es eso una emergencia nacional? ¿Son los bancos los que gestionan ahora las emergencias nacionales? ¿Dónde se afirma eso en nuestra Constitución?). Ante el aumento del paro, el gobierno puede penalizar fiscalmente las horas extraordinarias o reducir por ley la jornada laboral para fomentar el reparto del trabajo, además de incrementar la presión fiscal sobre los sueldos millonarios para mitigar la creciente desigualdad salarial. Ante el contumaz e irresponsable zancadilleo de una empresa privada a las políticas públicas en un sector estratégico como la energía, puede ponerla temporal o indefinidamente bajo control público (como sin duda debió hacer Zapatero ante las impresentables intrigas de la Endesa de Manuel Pizarro). ¿Qué los vientos mundiales corren en sentido contrario? Bien, para eso hemos votado a Zapatero en lugar de a (y en contra de) los neoconservadores. ¿Qué Pedro Solbes y Miguel Sebastián se resisten a operar? Bien, hay excelentes economistas a su izquierda en España que pueden ocupar su lugar. Si el gobierno no actúa en esta dirección, y rápido, la sociedad civil no va a tener más remedio que echarse a la calle y poner el país patas arriba para exigirselo (con el auxilio de los sindicatos, o al margen de ellos, si persisten en su vergonzante y perruno silencio: quizás la próxima huelga general tenga que convocarse vía SMS). Lo

que está claro es que cuarenta millones de ciudadanos no podemos convertirnos en rehenes de una minúscula oligarquía de especuladores y estraperlistas desaprensivos que nos observan, como si fuésemos insectos, desde sus pisos de seiscientos metros cuadrados en el Paseo de la Castellana. Si se acaba la fiesta se acaba para todos, y los españoles no vamos a dejar de comer tres veces diarias para que esta gentuza mantenga encendidas las luces de su casino. Solo eso es a lo que aquí y ahora podríamos denominar de pleno derecho una política económica socialista, y el punto de partida material de cualquier forma de democracia decente de que podamos dotarnos.

Sobre la energía nuclear (julio de 2008)

Envenenar la Tierra

El 26 de noviembre de 2007, en el transcurso de una operación de recarga de combustible, se produjo en el interior de la central nuclear de Ascó (Tarragona) la fuga de una cantidad todavía indeterminada de partículas radioactivas. Tres días más tarde, al conectarse los sistema de ventilación una vez finalizada la recarga, estas partículas fueron liberadas al medio ambiente. El escape no fue detectado por Ascó hasta el 14 de marzo. Sin embargo, el Consejo de Seguridad Nuclear (CSN), la agencia que vela por la seguridad de las instalaciones atómicas españolas, no fue informado del incidente por la dirección de la central hasta el 3 de abril. Y la opinión pública no fue alertada hasta el 5 de abril, y no por las empresas propietarias de la central (Endesa e Iberdrola) ni por el CSN, sino por Greenpeace, organización a la que un grupo de trabajadores de la propia central filtró la noticia en respuesta a la desidia y secretismo de sus jefes y de quienes deberían supervisar su trabajo (el CSN tiene inspectores permanentes en todas las centrales españolas). A partir del 5 de abril, se suceden los controles radiológicos a los potenciales afectados (incluyendo a los escolares que habían participado en una visita guiada a la central tras el escape) y la investigación oficial, que concluye por un lado minimizando el impacto de lo ocurrido y por otro con el cese del director de la central.

No es el único incidente de este tipo registrado en España en fechas recientes. El 2 de mayo se produjo un rebose de agua durante la operación de carga del primer reactor de la central de Almaraz, oficialmente sin impacto radiológico en el exterior de la central (tras ser descontaminados, treinta mil litros de agua en contacto con el incidente fueron vertidos al embalse de Arrocampo, en el río Tajo). También en Almaraz, en noviembre de 2007, otro incidente durante una recarga obligó a la evacuación de emergencia de numerosos trabajadores. Además se han producido en los últimos meses problemas

menores con las barras de control o las válvulas de seguridad en las centrales de Trillo y Cofrentes. La avalancha de incidentes no se limita a España: también se han producido en Eslovenia (fuga de agua y apagado de emergencia de la central de Krsko) o Francia (fuga de setenta y cuatro kilos de uranio hacia acuíferos subterráneos en un almacén de combustible en Tricastin).

Esta sucesión de incidentes de distinta gravedad ha venido a enfriar el entusiasmo de los animadores de la intensa campaña pronuclear que venimos padeciendo con especial intensidad en los últimos dos años, después de casi dos décadas de prudente silencio de la industria atómica tras la catástrofe de Chernobyl en 1986, que dejó doscientas mil víctimas mortales y siete millones de afectados graves. Esta renovada campaña pronuclear se basa en negar la realidad de los reiterados fallos de seguridad y proponer fantasías sobre un futuro muy impreciso de centrales avanzadísimas y residuos inofensivos. Por ejemplo, se habla insistentemente de una nueva generación de reactores de fabricación francesa, de los cuales, de momento, solo hay dos en construcción: Flamanville en Francia, comenzada en diciembre de 2007 y paralizada por el equivalente francés al CSN por problemas graves de seguridad, y Olkiluoto-3 en Finlandia, que tras solo dos años del inicio de las obras acumula otros dos años de retraso y un sobrecoste de mil quinientos millones de euros (por cierto que ambas centrales son iniciativa de la compañía semipública francesa Areva, que está viendo muy dificultada su privatización por el impacto en la opinión pública de estas informaciones). También se especula sobre unos sistemas de «transmutación» que permitirían reducir la peligrosidad y acortar la vida de los residuos radioactivos, pero que de momento son pura ciencia-ficción frente a la cruda realidad de miles de toneladas de basura nuclear que muy sensatamente nadie quiere ver enterrados frente a su casa o al lado de los acuíferos de los que se nutre, y que permanecerán decenas o cientos de miles de años envenenando la tierra bajo la que sean sepultados. La única realidad palpable en materia de seguridad nuclear es el recorte en los últimos años de las partidas económicas y el personal dedicados a la seguridad en las

centrales que se acercan al final de su período de explotación, a las que las empresas propietarias tratan de exprimir las últimas gotas de beneficio aún a costa de incrementar los riesgos sobre el medio ambiente y la población: «das nueve centrales nucleares españolas, en conjunto», denuncia el investigador Miguel Jara, «han reducido a menos de la mitad sus gastos de seguridad en los últimos cuatro años». Evidentemente, este dato no figura en ninguno de los artículos, conferencias y visitas educativas financiadas por el *lobby* pronuclear.

No solo hablamos del futuro del medio natural y de modelos energéticos. La energía nuclear es también social y políticamente insostenible. Para que nuestra economía pudiese tener como base preponderante la energía nuclear harían falta en España entre ciento veinte y ciento ochenta centrales, más o menos tres por provincia. ¿Se imagina el lector una situación así? ¿Seguiría tratándose solo de una cuestión de energía? Como escribe Ricardo Marqués, una nuclearización masiva inundaría la geografía de explotaciones de uranio, instalaciones para su procesamiento, centrales nucleares, transportes de combustible y almacenes de residuos que «configurarían un mundo más inseguro y tendría sin duda consecuencias negativas sobre las libertades y Derechos Humanos de los ciudadanos de a pie». Por añadidura, la gran concentración de capital que exige la industria nuclear requiere de enormes empresas y monopolios poco competitivos —con todo lo que ya sabemos acerca del desprecio a la opinión pública y la irresponsabilidad social corporativa de los gigantes energéticos—, frente al mercado mucho más horizontal y democrático de las energías renovables, abierto a la pequeña inversión, la inversión cooperativa o la propiedad pública. Conociendo como conocemos a los malnacidos que tiran de los hilos de este planeta, ¿cuánto tardarían en sustituir sus guerras petroleras en Oriente Medio por guerras a la conquista del uranio en África? De momento, la extracción de combustible nuclear ya ocasiona graves conflictos sociales y penosas consecuencias medioambientales y de salud pública en países como Níger, tercer exportador mundial de uranio y uno de los países más pobres del planeta. Una historia ya

de antiguo conocida...

Pero nada resulta tan ofensivo para la moral y para la inteligencia como el tercamente reiterado pseudoargumento de que la energía nuclear es una solución al problema del cambio climático. Sin duda es cierto que las centrales nucleares no provocan emisiones de CO² a la atmósfera. Pero, ¿es que el CO² es el único agente contaminante existente y sus emisiones son el único problema medioambiental que deba preocuparnos? Es una lógica perversa, la misma que nos propondría invertir en fábricas de napalm para frenar la producción de minas antipersonales. La alternativa más razonable a asfixiar al planeta no puede ser envenenarlo. Incluso un moderado como Al Gore ha desdeñado las fantasías del capitalismo atómico: las centrales nucleares, explica el exvicepresidente de EEUU, son enormemente caras (entre tres mil y cinco mil millones de euros por unidad, aproximadamente), generan un problema a muy largo plazo con sus residuos, incrementan el riesgo terrorista y la inestabilidad geopolítica y su aportación a la lucha contra el calentamiento global no sería significativa. En realidad casi todo el mundo en el ámbito científico que no recibe un sueldo de la industria nuclear está básicamente de acuerdo: la única estrategia viable ante el cambio climático es la basada en una extensión y optimización de las energías solar, eólica e hidráulica que permita a la mayor brevedad la desconexión de las centrales nucleares y una progresiva independencia del flujo de petróleo, carbón y gas natural. Y por supuesto, al otro lado del sistema energético, un decrecimiento radical de la demanda mediante el ahorro y la racionalización del comportamiento de los consumidores. Una revolución energética integral que, ante la amenaza del calentamiento global, defienda a vida o muerte el derecho de la humanidad a un planeta habitable. Es un desafío imponente, sin duda. Pero es que, con menos que eso, muy difícilmente sobreviviremos.

Volviendo al más inmediato presente, la industria atómica hará borrón y cuenta nueva de esta oleada de incidentes de seguridad y arreciará en su campaña promocional de átomos

simpáticos y saludables para el medio ambiente. Las centrales de Garoña en Burgos y Almaraz en Cáceres serán las próximas en cerrar (en 2009 y 2010, respectivamente) o las primeras en recibir una ampliación de su plazo de explotación, marcando el rumbo para las restantes instalaciones nucleares españolas y retrasando otros veinte años el horizonte de la plena desnuclearización de nuestro país, convertido en compromiso electoral por el PSOE en 2004 y 2008. Como escribe Carlos Bravo, de Greenpeace, el gobierno español «tiene que decidirse entre respetar la palabra dada a los ciudadanos o sucumbir a las presiones del *lobby* nuclear». El próximo 13 de septiembre, los extremeños estamos convocados a manifestarnos de nuevo ante las puertas de la central de Almaraz, para exigir a los gobiernos de Mérida y Madrid que se respete la palabra dada y se deniegue cualquier renovación de su período de explotación. Almaraz debe apagarse para siempre antes del 31 de diciembre de 2010. A la vista de los hechos, ningún argumento económico, y mucho menos medioambiental, podría justificar lo contrario.

Sobre la crisis económica, III (agosto de 2008)

Sin salida a la vista

El principal dogma de fe sobre el que se asienta la ideología neoliberal dominante es una ilimitada confianza en la capacidad del mercado capitalista para integrar y racionalizar las decisiones, no necesariamente racionales, de la dispar multitud de los actores económicos individuales y colectivos: sectores productivos, empresas, poblaciones, productores, intermediarios, consumidores... Sus respectivos «vicios privados», como reza un viejo aforismo, se convertirán en «virtudes públicas» una vez que pasen por el tamiz de los mecanismos de la oferta y la demanda. Siempre según el dogma, cuanto más desregularizado y libre de controles esté el mercado, con mayor acierto operará su infalible racionalidad a la hora de equilibrar y satisfacer los intereses de todos esos actores económicos y producir un crecimiento y bienestar en perpetuo incremento.

Basta observar con un mínimo detenimiento la génesis y las expectativas que nos depara la actual crisis económica para que el carácter supersticioso y majadero de esta columna vertebral de la ideología neoliberal, y las espeluznantes catástrofes que provoca, queden luminosamente a la vista. Dado que la globalización de la economía capitalista se ha producido en lo esencial bajo el imperio del dogma neoliberal, esas catástrofes se extienden por la superficie del planeta como una mancha de aceite sin encontrar barrera alguna que frene su avance. Durante siglos, las fronteras entre Estados han sido también fronteras entre mercados, abiertas en unos casos, estrechas o infranqueables en otros, aunque la tendencia histórica siempre ha sido hacia la convergencia (por ejemplo, mediante la apertura de nuevas rutas comerciales y la expansión colonialista de las grandes potencias). Esa tendencia hacia la convergencia culminó su objetivo máximo en la década de los noventa, tras la debacle y extinción de la Unión Soviética y con el concurso imprescindible de los prodigiosos avances de las tecnologías de la información:

en palabras del sociólogo Manuel Castells, se produjo la transformación del conjunto de la economía mundial en «una unidad en tiempo real a escala planetaria» (*La era de la información*, Alianza, 1997). En este mercado global la economía productiva aún permanece (cada vez menos) atrapada en los límites de las economías nacionales, pero la economía financiera global, los astronómicos flujos y transacciones cuya red pone en interconexión el conjunto de la economía mundial, están casi por completo libres de regulación. Y contra el dogma neoliberal, lo único que hacen es incubar la irracionalidad e infectar con ella a las economías nacionales cada vez más desprotegidas ante sus embates.

Hace más de una década que Viviane Forrester ofreció, en su estremecedor ensayo *El horror económico* (FCE, 2001), una descripción de ese capital financiero, que siempre existió (en su forma moderna, al menos desde el siglo XVII) pero que encontró en la globalización su oportunidad para convertirse en el actor protagonista de la vida económica: «las riquezas», escribe Forrester, «ya no se crean a partir de la generación de bienes materiales sino a partir de especulaciones abstractas, con escaso o ningún vínculo con las inversiones productivas. Esta nueva forma de economía no produce: apuesta sobre negocios que aún no existen y que tal vez nunca existirán. Son negocios imaginarios, transacciones de compra y venta de lo que no existe, en las que no se intercambian activos reales sino los riesgos asumidos por contratos que aún no han sido firmados o deudas que a su vez serán negociadas, revendidas y recompradas sin límite».

Con una década de adelanto, Forrester describe el monstruoso mercado de las hipotecas basura (con un margen de beneficios mayor, pero con un alto riesgo de impago), cuyo colapso ha desestabilizado el mercado financiero norteamericano y detonado la actual crisis global. Describe también el increíble mercado de futuros (compras a medio y largo plazo realizadas en base a inciertas predicciones de precios) del petróleo, en el que apenas un 3% de las operaciones resultan en la compra del producto físico y el resto es

un interminable intercambio de derechos de compra que repercuten en el consumidor final, que paga un 350% más que hace cinco años sin que los costes de producción se hayan incrementado de forma significativa en ese periodo. Describe los manejos de Martinsa-Fadesa, que en 2006 multiplicó sus ingresos y en 2007 ocultó sus pérdidas gracias a las acrobacias de sus contables, mientras se endeudaba hasta los seis mil doscientos millones de euros que hoy debe a los bancos. Cada una de estas operaciones y las sucesivas decenas y decenas que se les asemejan dejan una dolorosa resaca de fábricas cerradas, trabajadores desempleados, pequeños inversores arruinados... Pero para los trileros y estraperlistas del gran capitalismo financiero, para las directivas sin rostro de los fondos de inversión o los paraísos fiscales, son buenos tiempos: para ellos, crisis es sinónimo de apetitosa recogida de beneficios.

En realidad la crisis actual, la de 2003, la de 2000, la de 1997 y las minicrisis menores que las entrelazan responden a un patrón similar: enormes capitales especulativos desembarcando como plagas de langosta sobre naciones, monedas o sectores económicos, extrayendo de ellas pingües beneficios en cortos plazos de tiempo y luego abandonándolas exhaustas y desangradas para saltar inmediatamente en busca de su próxima víctima, dejando a su paso un inconfundible hedor a inmoralidad e ilegalidad: casos Enron (EEUU), Parmalat (Italia), Clearstream (Francia)... Eventualmente, algunos especuladores individuales que han ido demasiado lejos (o simplemente no han sabido borrar sus huellas del lugar del crimen) son encarcelados o se pegan un tiro en la sien, pero el sistema que les sustenta permanece básicamente intacto. Los beneficios especulativos siguen creciendo, la economía productiva sigue desmantelándose, los Estados permanecen mudos y maniatados, las sociedades siguen empobreciéndose... Ni la devolución de cuatrocientos euros del IRPF, ni las bombillas de bajo consumo, ni el resto de mal improvisadas sandeces del gobierno socialista español —que en esta crisis se ha revelado tan tristemente preso del dogma neoliberal como cualquier otro gobierno europeo de centroizquierda o de derecha— van a marcar desde la orilla del Estado una

inflexión ante esta imparable tendencia global hacia la catástrofe convertida en negocio. Tampoco la movilización de la sociedad civil, hasta ahora invariablemente débil, puntual y fragmentaria, mientras una porción ampliamente mayoritaria de la ciudadanía sigue con la cabeza gacha persiguiendo la improbable zanahoria del éxito y buscando consuelo entretanto en grandes superficies y espectáculos deportivos. Solo mediante una vigorosa combinación de movilización cívica y regulación estatal se podría plantar cara a esta crisis, y a las que la sobrevengan. Así, no hay salida a la vista.

Sobre el giro a la derecha del gobierno Zapatero (septiembre de 2008)

Aún hay tiempo

La campaña para las pasadas elecciones generales fue el punto de partida de una pronunciada inflexión a la derecha del socialista Rodríguez Zapatero. En el clima de latente inquietud ante la previsible recesión, el PSOE concurre a las urnas con un programa económico basado en medidas tan populistas, caras e injustas como la devolución de cuatrocientos euros del IRPF y el cheque-bebé de dos mil quinientos euros, completamente ineficaces para enfrentar el endurecimiento de las condiciones de vida de los españoles más humildes, indefensos daños colaterales de la orgía especulativa de constructores, inmobiliarias y bancos. Los socialistas ganaron las elecciones por los méritos acumulados en una extraordinaria primera legislatura y por el justificadísimo pánico que despertaba su alternativa por derecha, no por un programa electoral para 2008-2012 en que el Zapatero del primer mandato, socialdemócrata moderado pero coherente, rendía todas las posiciones decisivas a un Zapatero apenas neoliberal de rostro humano, sin más horizonte en materia económica que apaciguar a las multitudes soliviantadas por la crisis mientras los grandes tiburones del turbocapitalismo hacen balance de sus desmanes especulativos, ponen a buen recaudo las ganancias y aprietan el cinturón de los demás.

Del 9-M hasta ahora, el presidente no ha hecho sino desplazarse en caída libre de uno a otro extremo de esa ambivalencia, hasta el punto de poner en cuestión buena parte de su mejor tarea precedente. Así, el presidente que incluyó la desnuclearización total del país para 2020 en su programa en 2004 considera ahora permitir la concesión de licencias de renovación a las centrales de Garoña (Burgos) y Almaraz (Cáceres), que deberían echar el cerrojo en 2009 y 2010. El presidente que impulsó una decidida Estrategia Nacional contra el Cambio Climático avala ahora la instalación de una refinería de petróleo

económicamente inviable y medioambientalmente catastrófica en Tierra de Barros (Badajoz). El presidente que impulsó la ley de dependencia escatima ahora los fondos para su financiación y permite que las comunidades autónomas del PP boicoteen impunemente su aplicación. El presidente que comenzó su andadura rodeado de genuinos reformadores progresistas como Jesús Caldera o Cristina Narbona camina ahora del brazo de neoliberales de manual como Miguel Sebastián o Cristina Garmendia. El presidente que se comprometió a poner en primer plano las necesidades de los más desfavorecidos propone ahora como medidas anticrisis pequeñas sandeces propagandísticas, como el reparto de bombillas de bajo consumo, o peor aún, carísimas intervenciones públicas en las que con el dinero de todos se reflotan los chiringuitos especulativos de los desalmados que se han llevado bien muerto a algún paraíso fiscal lo que están echando de menos en su plato y en su nómina cientos de miles de trabajadores españoles.

La crisis ha puesto en cuestión el proyecto de gobierno de Rodríguez Zapatero porque la economía siempre fue, desde una perspectiva progresista, su talón de Aquiles: como muy gráficamente ha descrito el filósofo Carlos Fernández Liria, «Zapatero y Aznar parecen muy diferentes; Solbes y Rato, no tanto». En tiempo de vacas gordas, es fácil hacer profesión de fe socialdemócrata y tirar de chequera para contentar un poco a todo el mundo: más o menos esa fue toda la política económica de Zapatero en su primera legislatura. Pero llegado el tiempo de las vacas flacas, ser de izquierdas significa tomar partido por los de abajo, por el bien público, por la equidad social, por la sostenibilidad medioambiental, o no significa nada. Zapatero se ha enfrentado con decisión a la presión política e ideológica de los neoconservadores en cuestiones fundamentales como el proceso de paz en Euskadi, la reforma territorial del Estado o los derechos de las minorías afectivo-sexuales, pero ante el virulento embate de una recesión económica global agravada por factores locales, tocado de lleno en su talón de Aquiles, ha plegado velas para refugiarse en la tramposa certidumbre de la vulgata neoliberal: los beneficios

para unos pocos, las pérdidas para todos.

Mienten como siempre las hienas de la caverna neoconservadora cuando afirman que temas como la memoria histórica, la laicidad educativa, el aborto o la eutanasia son «asuntos que no interesan a nadie». Muy al contrario, son cuestiones importantísimas que contribuyen a hacer de esta una sociedad sustancialmente mejor. Pero Zapatero no puede emplear sus valiosas iniciativas en esos campos como coartada permanente para rehuir otras decisiones más caras y difíciles en el ámbito económico. Aún hay tiempo para desandar lo mal andado desde marzo, desalojar al *lobby* neoliberal del consejo de ministros y articular un programa económico verazmente socialdemócrata, capaz de atajar las devastadoras consecuencias sociales de la crisis y proteger la economía productiva del país, pasándole la factura a quienes en justicia les corresponde abonarla: los que la han provocado. Si esta rectificación se demora demasiado, la sociedad española deberá matizar la confianza otorgada en las urnas con la presión ejercida en la calle —por medio, si es necesario, de la huelga general—, y muchos votantes de izquierdas que hemos confiado a Zapatero nuestro sufragio en 2004 y 2008 tendremos que empezar a barajar otras opciones ante futuras citas electorales.

Sobre las elecciones en EEUU, I (octubre de 2008)

¿Cambio de rumbo?

Durante los mandatos de George W. Bush, el senador John McCain ha cultivado un cuidado perfil de independencia respecto de las políticas de la Casa Blanca. Por ejemplo, ha criticado con dureza las condiciones del presidio ilegal de Guantánamo y, aunque cualquier candidato a la presidencia de EEUU debe citar la Biblia a menudo y frecuentar los oficios religiosos, ha sido mucho más prudente que sus correligionarios del gobierno a la hora de meter a dios en los asuntos políticos. Pero estas y otras divergencias, puntuales o de estilo, no implican que la agenda política del candidato McCain sea, en lo esencial, muy distinta de la de Bush, Cheney, Rice y compañía. Solo demuestran que es un político un poco más comedido en su retórica y prudente con los detalles.

Un poco, aunque ya demasiado para las aguerridas bases del Partido Republicano, henchidas de integrismo religioso y patriotismo militarizado. Para galvanizar a esas bases y para ganarse el apoyo de los medios de comunicación y los grupos de presión neoconservadores (los que en esta recta final de la campaña lanzan sobre Obama los anatemas de «comunista» y «amigo de los terroristas»), McCain ha propuesto a Sarah Palin a la vicepresidencia. La joven, atractiva y dicharachera gobernadora de Alaska no solo destaca por su innegable pegada mediática: también ha venido a poner las cosas claras en el terreno ideológico y recordar qué es lo que de verdad los norteamericanos, y con ellos el resto de habitantes del planeta, nos jugamos el 4 de noviembre. Palin se opone a todo control estatal sobre el comercio y posesión de armas de fuego. Pertenece a una iglesia protestante integrista y se ha posicionado contra el aborto incluso en los casos de violación e incesto. Defiende activamente la explotación petrolífera de las tierras vírgenes de Alaska. Ha declarado que la guerra de Iraq es producto de la voluntad de dios. Es una defensora entusiasta de la pena de muerte. Propugna que la doctrina bíblica

sustituya en las escuelas públicas a la teoría científica de la evolución. Y todo ello, sin perder la sonrisa.

Una victoria republicana equivaldría a una perfecta continuidad con las actuales políticas de la Casa Blanca: un neoconservadurismo sin Bush a la cabeza, pero perfectamente fiel a los principios que han regido su nefasta y sangrienta presidencia. Como alternativa a esa horrenda certidumbre, son muchas las dudas que con todo fundamento pueden plantearse ante la expectativa de una victoria demócrata. Es cierto que Barack Obama es el candidato de los opositores a la guerra de Iraq, de las minorías raciales, de los sindicatos, de los defensores de la enseñanza laica y la sanidad pública... El candidato al que, con acento más o menos crítico, apoya lo mejor de la intelectualidad progresista norteamericana: Paul Auster, Howard Zinn, Gore Vidal, Noam Chomsky... Pero Obama es también el candidato de una nutrida porción del poder económico, político y militar tradicional de EEUU que ha optado por Obama ante lo que Ángel Luis Lara describe como «la desesperación de gran parte de las élites norteamericanas ante la crisis abierta por la desastrosa gestión de la administración Bush en los últimos años».

¿Qué caminos emprenderá Obama si gana las elecciones del 4 de noviembre, sobre la encrucijada de intereses y tensiones en que le sitúa el apoyo simultáneo de, por un lado, los ciudadanos y movimientos más progresistas de EEUU, y por el otro, la porción simplemente antibushista (que no, en absoluto, progresista) de sus clases dominantes? ¿Retirará las tropas de Iraq? ¿Ordenará el desmantelamiento de la red de centros de exterminio como Guantánamo? ¿Retomará la cooperación multilateral en el cauce del Derecho Internacional? ¿Devolverá las riendas de la guerra de Afganistán a las Naciones Unidas? ¿Sustituirá las amenazas por el diálogo en sus relaciones con Cuba, Venezuela o Irán? ¿Suscribirá los tratados medioambientales y se sumará a la lucha global contra el cambio climático? ¿Promulgará reformas económicas en EEUU que beneficien a los más desfavorecidos y pongan límites al imperio de las grandes corporaciones y los mercados

financieros? Al menos el candidato demócrata deja lugar para todas estas dudas, abre cierta probabilidad de que al menos en alguno de esos aspectos las cosas cambien para mejor. Con McCain y Palin no hay lugar para incertidumbres: será solo más y peor de lo mismo, más guerra, más violaciones de los Derechos Humanos, más devastación ecológica, más integrismo religioso, más involución cultural, más encarnizada lucha de clases de los de arriba contra los de abajo. Barbara Probst-Solomon ha escrito: «no es Obama el que está transformando Estados Unidos, sino un país transformado el que hace que la elección de Obama sea posible». Pero, ¿está ya madura esa transformación para enfrentarse con éxito al neoconservadurismo en las urnas y, de ganar las elecciones, imprimir desde el gobierno un cambio de rumbo decisivo a la política de la hiperpotencia americana?

Sobre las elecciones en EEUU, II (noviembre de 2008)

La ecuación Obama

Desde su celda en el corredor de la muerte, el preso político afroamericano Mumía Abú-Jamal ha escrito, sobre la elección de Barack Hussein Obama como 44º presidente de los Estados Unidos de América: «Se ha hecho historia. Ahora vamos a ver qué clase de historia será». Sería difícil componer una descripción más exacta del estado de ánimo con que la tribu humana encara el largo período de transición que la Constitución norteamericana prescribe entre la celebración de elecciones y la toma de posesión del presidente electo. Un período del que, tras el justificado júbilo por la derrota de John McCain y Sarah Palin, se enseñoorea la incertidumbre en torno a la verdadera naturaleza del programa de gobierno que Barack Obama planteará como concreción de su brillante pero imprecisa retórica electoral.

Las severas derrotas militares en Afganistán e Iraq y la pavorosa crisis financiera global han socavado la hegemonía del bloque neoconservador que aupó al poder a George W. Bush y su camarilla de fanáticos militaristas y depredadores petroleros. Obama ha ganado las elecciones con una diferencia de más de ocho millones de votos. Se trata de una victoria formidable que aparentemente debería garantizarle un amplio margen de maniobra. Pero es también una victoria que aloja una difícil paradoja en su interior. El imponente carisma personal de Obama le ha permitido ponerse al frente de una excepcional convergencia estratégica entre las multitudes productivas y los excluidos de siempre, por un lado, y aquellos segmentos de las élites políticas, económicas y militares tradicionales desplazadas por la camarilla de Bush, por el otro, unidos en su horror por la deriva esperpéntica, ruinosa y sangrienta del neoconservadurismo. Pero, y esta es ahora la pregunta clave, ¿qué tipo de régimen político pueden constituir ambos actores después del 20 de enero, una vez cumplido el objetivo común de derrocar al régimen

neoconservador? Será en la vasta y compleja dinámica interna de la ecuación de fuerzas heterogéneas del movimiento que le sustenta, y también en su capacidad personal para ejercer un arbitraje proactivo entre ellas, donde se dirimirá la verdadera naturaleza constituyente del gobierno de Obama.

Frente a la pretensión de las élites de reconducir la consigna obamista del cambio hacia un mero retorno al neoliberalismo, las multitudes productivas y los excluidos han ganado una posición estratégica fundamental colocando en la Casa Blanca a un hombre ajeno a los grupos de influencia y las grandes familias de la política norteamericana e imponiendo en su programa electoral medidas decisivas como la retirada de Iraq o el cierre de Guantánamo. Gracias a su inteligencia y resolución, las multitudes se han garantizado ya, como poco, una sustantiva radicalidad en la ruptura con el régimen saliente. Ahora las multitudes deberán hacer valer esa ventaja inicial sobre el tablero del mundo post Bush con una presencia constante, vigorosa e innovadora en la vida pública, que contrapesa la influencia del aparato del Partido Demócrata y de los grandes grupos corporativos que también han apoyado a Obama en su carrera presidencial. Cualquier conquista significativa que en los próximos años desborde los límites del mero desmontaje del régimen bushista será producto, no de la iniciativa personal de Barack Obama, ni mucho menos de la buena fe de sus grandes patrocinadores corporativos, sino de la obstinación, la astucia y el empuje, desde abajo y hacia la izquierda, de las multitudes productivas. Es un desafío ético, intelectual y político que compete ahora, en primera instancia, a los ciudadanos de Estados Unidos, pero también al resto de la tribu humana, en una esfera pública planetaria que, tras la intensa y radical experiencia que han supuesto estas elecciones históricas, ha traspasado un umbral inédito y ya muy difícilmente reversible hacia su definitiva globalización.

Sobre la crisis del capitalismo (noviembre de 2008)

Arrancar eucaliptos, plantar encinas

En un capítulo de su vibrante ensayo *Extremadura, afán de miseria* (Felmar, 1979) narraba Víctor Chamorro la lucha entre la encina y la inmemorial dehesa sobre la que la encina reina y un agresivo depredador recién llegado al territorio, el eucalipto: «los dueños de las dehesas arrancan encinas y alcornoques centenarios para sustituirlos por los dos grandes enemigos de la dehesa: el pino y el eucalipto. Se degrada y se arruina la dehesa extremeña en el exclusivo beneficio de las industrias papeleras. El eucalipto terminará asesinando a la dehesa».

El eucalipto genera a corto plazo un margen de beneficio mucho mayor que el modelo tradicional de explotación del territorio. Pero, tras unas pocas cosechas, tiene un efecto letal sobre el ecosistema. La encina, en su extenso tiempo de vida, retorna al medio que la acoge mucho más de lo que toma de él. El eucalipto toma violentamente lo que necesita y no retorna nada, solo reseca y envenena. Existe una notable similitud entre la depredadora voracidad del eucalipto y aquellas características del capitalismo actual que están en el origen de la descomunal turbulencia económica que atravesamos. Los mercados especulativos cosechan beneficios a la misma velocidad a la que la madera de eucalipto se transforma en pasta de papel, pero al mismo tiempo devastan la economía real y la vida social porque destruyen empleo, restan recursos a la inversión productiva, encarecen las materias primas y los productos de primera necesidad, aceleran el deterioro ecológico, otorgan un enorme poder a las empresas para expoliar a las personas y los territorios, sirven de caldo de cultivo a la corrupción de las instituciones y permiten el blanqueo de inmensas cantidades de dinero generadas por actividades criminales.

Cuenta también Víctor Chamorro cómo la ciudadanía extremeña respondió a la agresión

a su medio natural y su forma de vida tradicional, saliendo a los campos para, con sus propias manos, arrancar los eucaliptos y sustituirlos por nuevos plantones de encina que, con el tiempo y el mimo necesarios, devolverían al paisaje a su anterior equilibrio. Deberíamos seguir su ejemplo. Pero, ¿cómo arrancamos las raíces de fondos de pensiones, fondos de inversión, hipotecas basura, mercados de futuros y demás especies venenosas de la frondosa selva especulativa? Harían muy bien nuestros gobernantes (y muy en especial, aquellos que enarbolan pabellones de izquierdas) en adoptar medidas estructurales, como imponer tributos a los movimientos especulativos, borrar del mapa los paraísos fiscales o poner fin al rescate de los mercados financieros con fondos públicos. Tendremos que seguir presionándoles para que lo hagan, pero no podemos quedarnos sentados esperando a que respondan a la presión: la catástrofe ya está aquí. Y de poco servirá que nos manifestemos contra el Banco Mundial, la OMC o el G-20 si luego seguimos siendo, en nuestras relaciones económicas cotidianas, emprendedores irresponsables, consumidores compulsivos o inversores avariciosos. Quizás el más importante reto político de nuestro tiempo no esté tanto en congregarse a cien mil o a cien millones de personas en una manifestación sino en rehuir los grandes centros comerciales, las marcas multinacionales y los negocios especulativos, dejar enfriar las tarjetas de crédito y convertirnos en consumidores austeros y conscientes del valor político de nuestras opciones de compra, optando por productos autóctonos y sostenibles y expulsando de nuestra cesta de la compra a aquellas empresas que practican la especulación, abusan de sus trabajadores y degradan el ecosistema. Es una lenta pero sencilla y efectiva manera de, con nuestras propias manos y sin esperar a que nuestros perezosos gobernantes tomen conciencia de la gravedad de la situación, empezar a refundar el sistema desde abajo, tomando partido por la supervivencia y la soberanía de nuestras comunidades humanas frente a la dictadura insaciable de los mercados.

Sobre la guerra en Oriente Próximo (enero de 2009)

La imagen del horror

En la imagen más espantosa tomada en las pasadas semanas en la Franja de Gaza no hay una sola gota de sangre, ningún edificio derruido, ningún niño de ojos llorosos, ningún arma humeante. Retrata, en cambio, a un grupo de adolescentes relajados, saludables, elegantemente vestidos, que dirigen su mirada hacia el horizonte. En primer plano una de las chicas otea con unos prismáticos. Al fondo otra ríe a carcajadas. La imagen podría haber sido tomada en un espectáculo musical al aire libre o un avistamiento de estrellas, o formar parte de una campaña publicitaria de moda juvenil. Pero no representa ninguna de esas cosas, sino a algunos de los jóvenes israelíes que, al borde de la Franja, tras las seguras líneas del cerco militar, observan la devastación de los bombardeos. Observan y se ríen. Y nada resulta más aterrador que la mirada serena y satisfecha con que lo hacen.

Israel es, además de un Estado criminal, una sociedad profundamente enferma de racismo, de soberbia y de crueldad. Todos los grandes partidos de izquierda y derecha (si es que tales categorías conservan algún sentido en Israel) y el 70 u 80% de la población respaldan incondicionalmente la matanza, porque el genocidio del pueblo palestino está tan normalizado en sus conciencias como la desinfección del cuarto de baño o el despiojado de los perros. Santiago Alba Rico se ha referido a esta pavorosa normalidad hablando del piloto israelí del F-16 que bombardea Gaza y «vuelve a tiempo a Tel Aviv para probar la comida de un nuevo restaurante indonesio y discutir con su novia los detalles del nuevo mobiliario de Ikea». Casi nadie en Israel tiene la menor conciencia de estar siendo cómplice de nada reprobable. ¿Bombas de racimo? ¿Fósforo blanco? ¿Bombardeo de hospitales? ¿Matanzas de niños? Todo vale. A pesar de los esfuerzos de las decenas de organizaciones y miles de ciudadanos que conforman el minoritario movimiento por la paz en Israel, la complaciente mayoría social prosigue su vida

cotidiana con pasmosa normalidad mientras su ejército masacra a cientos de seres humanos: discotecas, restaurantes y centros comerciales llenos, competiciones deportivas, concursos en televisión... Incluso los humoristas de los programas más populares bromean sobre la matanza. Dentro de unos días se celebran elecciones y los ministros Tzipi Livni y Ehud Barak han mejorado sus expectativas. Los israelíes otorgan mayoritariamente su confianza a quien mayor cantidad de sangre palestina es capaz de derramar sin que le tiemble el pulso y los gabinetes de mercadotecnia política lo saben: la matanza de Gaza no es una operación antiterrorista, es un acto de campaña electoral.

Itzik Shabbat es el fundador de Rompiendo el Silencio, una organización que coordina los esfuerzos de exsoldados que hoy luchan para «romper con la mentira de que todos los israelíes estamos a favor de esta guerra innecesaria basada en mentiras», narrando sus propias emociones y experiencias: «no veíamos a los palestinos como a seres humanos, sino como a animales. Cuando estás en un puesto fronterizo, coges a uno al azar de cada quince o veinte que pasan y le das una paliza, para que el resto tenga miedo y esté tranquilo. Es como un videojuego. Tienes dieciocho años, te sientes poderoso y empiezas a disfrutar de ese poder». Y añade: «Ellos son las víctimas, nosotros los verdugos. Pero como verdugos, también pagamos un precio. Esta es una sociedad moralmente enferma». Mientras esa enfermedad siga envenenando a la sociedad israelí, el Estado de Israel seguirá siendo un verdugo para sus vecinos y un peligro para el mundo. Un peligro que ya no se ataja con más palabrería equidistante ni con un nuevo, precario e injustísimo alto el fuego, solo con la severa justicia de las sanciones: ruptura de relaciones diplomáticas, bloqueo económico de Israel y enjuiciamiento penal internacional de sus líderes. Estos son hoy los mínimos exigibles de cualquier solidaridad tomada en serio. Y cualquier otra cosa será tan solo proseguir con el mismo, bárbaro e inmoral teatrillo de siempre.

Sobre el impacto cultural y político de la crisis económica (febrero de 2009)

Soñar con números

Desde siempre de un modo intuitivo, artístico o ritual, y de modo científico desde la aparición del psicoanálisis a finales del siglo XIX, la interpretación de los sueños ha sido fuente de conocimiento de nuestra estructura psicológica y cultural y del impacto que sobre ella ejercen las circunstancias que individual o colectivamente afrontamos. Recientemente, psicólogos y psiquiatras han dado la voz de alarma: los sueños de sus pacientes están empezando a llenarse de números, de hipotecas, de deudas, de créditos, de acciones, de estadísticas de paro, de fábricas cerradas, de desahucios... («La crisis se cuela en nuestros sueños y pesadillas», *El País*, 12/12/2008). La crisis empapa también lo más hondo de la psique y el imaginario colectivos y da paso a una segunda ola del tsunami, que repercute el desastre económico en forma de desestructuración anímica y cognitiva. Los servicios de salud mental están reportando un enorme incremento de pacientes de una dolencia provisionalmente denominada «síndrome Z», de compleja y diversa sintomatología (abulia, hiperactividad, ansiedad, melancolía, desmoralización, etc.), que nace de una devastadora combinación de insatisfacción vital, presión competitiva, compulsión consumista, inestabilidad laboral... (Amador Fernández-Savater, «El malestar social: código Z», *Público*, 22/02/2008). El consumo de psicofármacos se ha disparado a escala planetaria. El estrés crónico y el síndrome del quemado («burn out»), que antes afectaban sobre todo a directivos y profesionales de alto nivel, se han convertido en epidemias de masas cuando el conjunto de la realidad económica, social y cultural se ha adaptado al ritmo desquiciado de las bolsas de valores y la sobreestimulación publicitaria. Como explica Franco Berardi, «demasiados signos, demasiado rápidos, demasiado caóticos» han extenuado la mente social y creado las condiciones para «un derrumbamiento psíquico extraordinario» («Deseo y simulación»,

Archipiélago, nº 79, 09/2007).

¿Se está convirtiendo el desorden de los números en un desorden de las ideas y los estados de ánimo, de los imaginarios colectivos y los consensos culturales? El espíritu del capitalismo, «el conjunto de creencias asociadas al orden capitalista que contribuyen a justificar dicho orden y a mantener, legitimándolos, los modos de acción y las disposiciones que son coherentes con él», como lo definen Luc Boltanski y Ève Chiapello (*El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, 2002), ¿ha entrado también en crisis? El desembarco de la desconfianza y el miedo en la playa distante y misteriosa de los sueños alerta de con qué profundidad pueden haber quedado en evidencia esos valores sociales que legitiman el sistema capitalista. El descrédito de la aristocracia neoliberal y de sus métodos de enriquecimiento es estrepitoso, y se contagia a una clase política absolutamente ineficaz cuando no abiertamente cómplice ante sus manejos, incluyendo a un aparato partidario, sindical y mediático de la izquierda paralizado y escindido entre las exigencias de sus principios y el peso de sus intereses. ¿Hay algo de cierto en los principios éticos y las normas legales que supuestamente rigen el mundo económico? ¿Tienen alguna capacidad la soberanía popular y las instituciones que la representan para plantar cara a los poderes empresariales y financieros? ¿A beneficio de quién actúan los gobiernos, las instituciones y sus recursos? Estas son las preguntas que corren hoy como la pólvora entre una ciudadanía a cuyo descontento e indignación la izquierda no consigue, y en ocasiones parece que ni siquiera pretende, poner voz.

Si la izquierda no da una respuesta, otros lo harán, ofreciendo como alternativa al fracaso de este sistema un sistema todavía peor. La hecatombe económica de 1929 y el masivo desencanto con el sistema que tuvo como consecuencia arrastró a los alemanes a votar masivamente a Hitler en 1933, seducidos por una propuesta demencialmente supersticiosa, belicista y racista pero que conectaba eficazmente —casi como un psicofármaco— con la ansiedad y la desorientación provocadas por la inseguridad, el

desempleo y la exclusión. En 2000, el pinchazo de la burbuja tecnológica y el reguero de gigantescas estafas empresariales facilitó en EEUU el acceso al poder a George W. Bush y su cohorte neoconservadora. Y ahora mismo, la crisis económica está despertando en toda Europa una poderosa onda de rancio conservadurismo, de xenofobia y racismo, de integrismo religioso. Muy singularmente en Italia, donde esa onda ha subvertido completamente los valores éticos (como dice el novelista Andrea Camilleri, los italianos votan mayoritariamente a Berlusconi no porque le crean inocente de las acusaciones de connivencia mafiosa y autoritarismo sino porque las disculpan y, en el fondo, «querrían ser cómo él», *El País*, 21/10/2008) y ha accedido al gobierno con los estremecedores resultados que estamos contemplando, ante la completa impotencia de una izquierda débil, dividida y desnortada, pero también en Francia (donde Sarkozy ha endurecido su mensaje para seducir el voto de ultraderecha) o en el Reino Unido (donde la ultraderecha se está haciendo un hueco importante en el gobierno de muchos pueblos y ciudades),

En todas partes, también en España, los bomberos pirómanos de la derecha y la patronal repiquetean cada día las propuestas más insensatas: supresión del salario mínimo, abaratamiento del despido, desmantelamiento de la legislación medioambiental, privatización de los servicios públicos... Es decir, más neoliberalismo para remontar el apocalipsis del neoliberalismo. Un disparate al que no escapan gobiernos nominalmente progresistas que, mientras con la mano izquierda regalan declaraciones de principios socialdemócratas, con la derecha se resisten tenazmente a cualquier reforma significativa. Si la izquierda no da la batalla de las ideas con algo más vibrante y esperanzador que un neoliberalismo amortiguado, si no propone un auténtico proyecto de ciudadanía con el que sustituir a la colectiva pesadilla de los números, si no es capaz de canalizar en forma de movilización social y participación política el descontento y la indignación que hoy adormecen la prensa rosa, el fútbol, los cachivaches electrónicos, el botellón y los psicofármacos, la futura estabilidad que suceda a esta crisis puede ser una estabilidad

terrible, con una sádica y desvergonzada ultraderecha berlusconiana encumbrada al puesto de mando de una sociedad crónicamente depresiva y desmovilizada, una sociedad de productores sumisos y consumidores histéricos sin apenas rastros de ciudadanía en su ADN, con sus lazos de solidaridad y participación empobrecidos y desnaturalizados por el miedo laboral y económico y con su cultura y su memoria democráticas devastadas por el cinismo y la desconfianza generalizada ante cualquier manifestación de lo político. La pesadilla de los números puede arrastrar en su caída al sueño de la democracia, incluso en su más clásica y limitada acepción socioliberal, en favor de un nuevo sistema político «un poco mafioso, un poco fascista, un poco televisivo, un poco imbécil, siempre brutal, siempre infame», como retrata Antonio Negri al régimen berlusconiano que sirve de heraldo europeo a esta temible onda regresiva (*Global Project*, 11/06/09). Estremecida por el estruendo de las cifras y apocada ante el despliegue de impunidad y desvergüenza de grandes bancos, corporaciones multinacionales y demás déspotas del neoliberalismo, las multitudes ciudadanas, la izquierda política e intelectual y la fuerza de trabajo organizada no han presentado todavía más que ocasionales, inconexos y muy tenues destellos de contestación a esta decisiva dimensión cultural y política de la imponente crisis sistémica que atravesamos, en la que a golpe de desastre se están forjando, ya veremos si en nuestro beneficio o para nuestra desgracia, las formas futuras de la convivencia social.

Sobre redes mafiosas, paraísos fiscales y crisis capitalista (marzo de 2009)

El saqueo del mundo

El financiero Bernard Madoff, que fue presidente del mercado de valores tecnológicos de Wall Street, ha estafado a sus clientes unos treinta y cinco mil millones de euros, cifra que equivale a la capacidad inversora anual del Estado español. Una cantidad algo superior parece haber sido malversada por militares y funcionarios norteamericanos de los fondos para la reconstrucción de Iraq. La empresa alemana Siemens ha sido condenada a pagar mil doscientos millones de euros como castigo por un total de cuatro mil doscientos ochenta y tres sobornos probados. Conforme se multiplican los casos de corrupción empresarial y política, más patética e inverosímil resulta la retórica de la ocasional manzana podrida en la cesta repleta de manzanas sanas con la que gobernantes, potentados y comunicadores a sueldo tratan de aplacar la percepción ciudadana, cada vez más extendida a escala planetaria, de que no son las excepciones sino la regla lo que falla y de que la corrupción no es un fenómeno que pueda seguir presentándose como una sucesión inconexa de individuos y casos disímiles, sino un sólido y omnipresente orden de cosas.

El desmantelamiento de todos los corsés regulatorios, jurídicos, culturales y morales del capitalismo no solo ha permitido una pavorosa extensión de las redes globalizadas de la economía criminal, también ha ensanchado esa siniestra zona de penumbra en la que los grandes ejecutivos de la corbata y los grandes ejecutivos del pasamontañas entretejen sus comunes intereses. En su estremecedor reportaje *Gomorra* (Debate, 2007) el periodista italiano Roberto Saviano ha descrito la completa y perfecta interacción entre las redes mafiosas y los principales sectores de la economía formal de su país, como la banca, la construcción o la moda. Grandes empresas legales de todos esos sectores se benefician de la mano de obra barata, las conexiones políticas, la liquidez monetaria o las redes de

distribución de la Camorra, la misma organización criminal que surte de armas y heroína a media Europa y que, con sus asesinatos por encargo y luchas por el poder, provoca en el sur de Italia las tasas más altas de muerte violenta de todo el continente. Mientras los camorristas ametrallan a periodistas, fiscales o líderes cívicos incómodos, finos intermediarios, abogados y economistas doctorados en las mejores universidades limpian todo resto de sangre del fabuloso caudal financiero que fluye desde las arcas mafiosas hacia las industrias del norte italiano, los bancos suizos o las inmobiliarias españolas. Un dinero que por supuesto casi nadie en los relucientes y enmoquetados edificios de oficinas del capitalismo legal rechaza por escrúpulo ético. Porque, como decía el impúdico especulador protagonista del filme *Wall Street* (Oliver Stone, 1987), resumiendo todo el pensamiento y la práctica del capitalismo contemporáneo en un demoledor aforismo, «lo importante es el dinero, lo demás es conversación».

Relata Saviano cómo son los trabajadores explotados once horas al día por seiscientos euros al mes en los talleres textiles clandestinos controlados por la Camorra los que cosen los lujosos vestidos de gran firma que luego lucirán las estrellas de cine en las fiestas de Hollywood. En el globalizado capitalismo contemporáneo, las fronteras entre los países y los límites entre lo legal y lo ilegal siguen vigentes para las multitudes productivas, pero se han evaporado para permitir el libérrimo y desprejuiciado ejercicio de la riqueza de los más obscenamente ricos. La actividad criminal supone en torno al 20% del comercio mundial, pero contamina, mediante los procedimientos de blanqueo de dinero, un porcentaje mucho mayor. Menos del 5% de los beneficios del mercado de las drogas, el más lucrativo entre los ilegales, retorna a los países productores, mientras el 95% restante (unos trescientos mil millones de dólares) fluye libremente por el sistema financiero mundial, tras su lavado en los llamados paraísos fiscales, minúsculos territorios como el peñón de Gibraltar, las islas Caimán o la isla de Jersey (la lista completa ronda el centenar, incluyendo algunos atolones deshabitados pero reconocidos como domicilio fiscal de la Micronesia), en los que, junto a las delegaciones de las corporaciones más

prestigiosas del mercado mundial (entre ellas, la mitad de las cotizadas en el IBEX-35 madrileño y todos los grandes banqueros con los que tan habitual y afectuosamente se reúne Rodríguez Zapatero), anidan centenares de miles de fantasmagóricas empresas-pantalla, de cuentas numeradas y fondos secretos, de operaciones irregulares en todos los sectores y mercados del planeta, fuera de la vigilancia de cualquier Estado, institución internacional, fiscal o policía y por supuesto libres de impuestos. Más del 50% de los capitales en movimiento del planeta circula a través de esas gigantescas centrifugadoras de dinero en las que se recombinan mediante ingeniería financiera los capitales de las hipotecas, de los fondos de inversión o de pensiones con los del narcotráfico, la explotación sexual o la extorsión mafiosa, que se incorporan así, minuciosamente borrada su traza criminal, a mercados de mejor reputación. Todos los porcentajes citados son meras aproximaciones apuntadas por distintos expertos: el viscoso núcleo secreto del capitalismo mundial es tan perfectamente opaco que no existe modo alguno de verificarlos.

Sería oportuno que tuviésemos bien presentes todas estas evidencias la próxima vez que escuchemos a algún político o propagandista afirmando que la mano invisible de un mercado exento de regulaciones convierte los vicios privados en virtudes públicas, o que tenemos que dejar la salida de esta crisis y la refundación del sistema económico en manos de la responsabilidad social y la capacidad de autorregulación de las fuerzas del libre mercado capitalista. El ciudadano bien informado deberá en ese momento distinguir si se encuentra, ya frente a un consumado imbécil, ya frente a otro desvergonzado sicario al servicio del gigantesco saqueo planetario que con la coartada de la crisis se está consumando ante nuestros ojos, y obrar en consecuencia.

Sobre la refundación del capitalismo de Londres a L'Aquila (abril 2009)

Arena salada

Hay acontecimientos que parecen resumir, en un solo trazo, el complejo signo del tiempo histórico en que tienen lugar. El terrible terremoto que hace pocas semanas ha sacudido el *mezzogiorno* italiano se ha convertido en uno de ellos. Cuando aún no habían sido rescatados los cuerpos de muchas de sus trescientas víctimas mortales, una escalofriante revelación empezó a vislumbrarse entre la angustia, el dolor y los escombros. La región está catalogada como de alto riesgo sísmico y existe una rigurosa normativa de edificación destinada a minimizar el impacto de los seísmos, pero esa normativa no se ha cumplido y decenas de personas han muerto por ello. Como han constatado los equipos de emergencia durante las tareas de rescate, en la construcción de muchos inmuebles se ha empleado arena de playa para abaratar costes y maximizar beneficios. Arena salada que ha ido corroyendo la estructura de los edificios hasta convertirlos en esas frágiles casitas de barro que el terremoto ha desbaratado de un solo manotazo.

Esta tragedia de L'Aquila condensa, como una poderosa metáfora, muchos de los rasgos esenciales de la masiva crisis capitalista que atravesamos: máximo beneficio para unos pocos a costa del máximo riesgo para todos, codicia sin límites y completo desprecio por sus consecuencias sociales, ausencia de mecanismos regulatorios y control institucional o ciudadano... La arena salada con que se ha levantado el sistema económico neoliberal han sido las hipotecas basura, los fondos de alto riesgo, las burbujas especulativas, el secreto bancario, la ingeniería financiera, el fraude tributario, los paraísos fiscales o los mercados de futuros. El entero edificio de la globalización neoliberal se ha construido con esos materiales corrosivos y por eso la reacción en cadena iniciada en el mercado hipotecario norteamericano se ha propagado como un incendio de verano, primero hacia el resto del sector financiero, luego hacia la economía real, el consumo, la producción y el

empleo, y ahora empieza a sacudir la estabilidad social, política y cultural de muchas naciones del planeta.

Pero no se detienen ahí las analogías. Desde hace décadas, las familias mafiosas italianas han extendido sus tentáculos hacia el sector de la construcción. Valiéndose de la intimidación o el soborno, los mafiosos se han saltado la normativa de seguridad y han edificado viviendas e infraestructuras con arena salada y cemento mezclados con residuos plásticos, condenando a la catástrofe a los habitantes de los Abruzzos. Ahora los alcaldes de las poblaciones afectadas y algunas voces valientes de la sociedad civil, como el periodista Roberto Saviano, piden medidas extraordinarias para evitar que esas mismas mafias vuelvan a lucrarse reconstruyendo, otra vez con arena salada, los mismos pueblos que su avaricia ha devastado. Una reivindicación que, respecto a la crisis económica mundial, y a la vista por ejemplo de la pasada cumbre del G-20, debiéramos hacer urgentemente nuestra el resto de habitantes del planeta. ¿Por qué? Por ejemplo, porque Paul Myners, a quien el primer ministro británico Gordon Brown ha encomendado la lucha contra la evasión fiscal (y de paso, nombrado miembro de la Cámara de los Lores) resulta haber presidido una boyante empresa de servicios financieros domiciliada en un paraíso fiscal, que obtuvo en 2007 unos beneficios de casi quinientos millones de euros (de los que, por supuesto, no dejó un miserable penique en impuestos en las arcas públicas británicas) y de la que recibía un sueldo de unos doscientos mil euros anuales, más opciones sobre acciones y primas extraordinarias. El esperadísimo Barack Obama no acudió a Londres mucho mejor acompañado que Brown: el presidente de su Consejo de Asesores Económicos, Lawrence Summers, cobró durante 2008 unos ocho millones de dólares como ejecutivo de fondos de alto riesgo y conferenciante a sueldo de una serie de corporaciones cuyos nombres nos resultan a estas alturas muy familiares: Citigroup, Goldman Sachs, Lehman Brothers, etc. Summers, también conviene recordarlo, fue secretario del Tesoro de la administración Clinton y ante sus ojos se fraguaron con total impunidad la burbuja y posterior debacle de los valores puntocom y el monstruoso

fraude de la eléctrica Enron. Mientras tanto, su gabinete promovía el desmantelamiento de todas las reglamentaciones (leyes Sherman, Glass-Steagall, etc.) que históricamente limitaban la capacidad especuladora del capital financiero, abriendo la brecha por la que durante la pasada década las hipotecas basura y los derivados de alto riesgo se han infiltrado en el corazón del sistema económico mundial, con los resultados ya conocidos.

Tampoco José Luis Rodríguez Zapatero acudió a Londres libre del íntimo marcaje de la clase corporativa. Por ejemplo, a través de su ministro de Industria y director espiritual de su política económica, Miguel Sebastián, de larga trayectoria en la cúspide del BBVA, poderosa entidad bancaria cuyas sucursales en paraísos fiscales gestionan más de ciento veinte mil millones de euros. O de su ministra de Ciencia e Innovación, Cristina Garmendia, expresidenta de la patronal biotecnológica española y exdirectiva de la CEOE (quien no acompaña ya a Zapatero es David Taguas, que reclutado también por el gobierno de entre las filas del BBVA, saltó después desde la oficina económica de la Moncloa a la más alta representación de la gran patronal constructora de obra pública). Respecto a Nicolás Sarkozy, sus encomiables declaraciones en favor de una refundación ética del capitalismo deberían por ejemplo traducirse, para resultar dignas del menor crédito, en el completo esclarecimiento de la trama Clearstream, que salpica a lo más granado de las finanzas y la política francesa con importantes evidencias (por ejemplo, las aportadas por el periodista Denis Robert) de cobro de comisiones ilegales por venta de armamento, conexiones con las mafias rusas, espionaje y coacciones. Otro motivo añadido para la desconfianza es que las conclusiones de esta cumbre del G-20 hayan encomendado los primeros pasos de la reforma del sistema financiero a una fantasmagórica institución internacional denominada Comité de Estabilidad, que preside Mario Draghi, gobernador del Banco Central de Italia: un país en el que un 10% del PIB proviene de actividades mafiosas que impregnan todos los sectores y mercados económicos; un país devorado por la corrupción de la base a la cima de su estructura institucional, cuyo primer ministro Silvio Berlusconi debería haber sido encarcelado hace

ya mucho tiempo por connivencia mafiosa (destino del que ha escapado tan solo porque logró cambiar las leyes a tiempo en su favor). En resumen, un Estado fallido en toda regla que, como hace unas semanas denunciaba el disidente italiano Beppe Grillo ante el Parlamento Europeo, amenaza con convertirse en un poderoso foco irradiador de corrupción y dinero mafioso hacia el resto del continente (como ya sucede en la costa mediterránea española). Por añadidura, el organismo que gestionará las ayudas a la reactivación será el Fondo Monetario Internacional, directo responsable de, entre otros milagros económicos, la crisis de la deuda externa en el Tercer Mundo en los años ochenta, el saqueo del Estado y el desembarco de las mafias en el poder político en Rusia en los años noventa o la debacle de la economía argentina a comienzos del siglo XXI. Un organismo que ha actuado siempre conforme a esos principios neoliberales que han convertido la economía mundial en un terreno tan propenso a terremotos: minimización de costes laborales y sociales, privatización de bienes y servicios públicos, financiarización de la economía productiva, sobreendeudamiento, fomento de la actividad especuladora, tolerancia ante la economía mafiosa...

Quizás conocer todos estos hechos nos permita comprender mejor porqué los mandatarios reunidos en Londres no han tomado ninguna medida efectiva contra la masiva criminalidad anidada en los paraísos fiscales, ni han propuesto regulación alguna de los escandalosos ingresos de la clase corporativa, ni han encontrado mejor manera de reactivar la economía que seguir inyectando en el sector financiero ingentes cantidades de dinero público, ni han prescrito nuevas normas que preserven a las instituciones democráticas de la influencia corporativa y la connivencia mafiosa... Al igual que los vecinos de L'Aquila, el resto de los habitantes de este planeta tenemos serios motivos para sospechar que nuestro mundo se esté refundando, otra vez, sobre cimientos de arena salada. Y que apenas salgamos, si es que salimos, de esta crisis, deberemos poner en marcha otra vez el cronómetro a la expectativa de la siguiente.

Sobre las elecciones europeas del 7-J, I (mayo 2009)

Urnas de castigo

A la expectativa del efecto movilizador que las actividades de campaña puedan tener sobre el ánimo de los trescientos setenta y cinco millones de votantes llamados a las urnas el próximo 7 de junio, el proceso electoral europeo arranca bajo la espada de Damocles de una abstención prevista, según el Eurobarómetro de mediados de abril, superior al 65%. Si al cabo los hechos respaldan esta pavorosa previsión y apenas tres o cuatro de cada diez europeos llamados a las urnas acuden finalmente a votar, hasta para los más entusiastas europropagandistas será difícil seguir escamoteando la evidencia de que el proceso de construcción política europea ha entrado definitivamente en vía muerta en términos de representatividad y legitimidad. ¿Por qué castigan con su indiferencia los europeos a esas instituciones comunes que tan extendido y fervoroso entusiasmo despertaban hace una o dos décadas? No resulta difícil adivinarlo. Es cierto que, desde la olímpica perspectiva de la macroeconomía, la moneda única ha sido un éxito que ha fortalecido a Europa (o más exactamente, al gran capital y las grandes empresas europeas) en el marco de la competencia global. Pero a ras de suelo de la realidad social, se percibe con toda justicia que esa fortaleza macroeconómica se ha edificado a costa de las microeconómicas penurias de millones de trabajadores y hogares europeos, cuyas condiciones de vida se han endurecido ostensiblemente a causa de la costosa transición al euro, como también se percibe el sesgo agresivamente neoliberal de legislaciones europeas como la Directiva Bolkestein (privatización de servicios públicos y desregulación del mercado de trabajo), el Plan Bolonia (subordinación de la universidad pública a la gran empresa), o como se percibe la desunión y la inoperancia en la elaboración de una política exterior y de seguridad común (que se ha reiterado ante las guerras de los Balcanes, la invasión de Iraq o el genocidio palestino). Si la Unión

Europea se está construyendo estructuralmente al margen de sus expectativas de bienestar, equidad y paz, contra sus derechos laborales y sociales, de espaldas a sus comunidades y a la medida de sus mercaderes, ¿por qué ahora iban los europeos a abalanzarse sobre las urnas para legitimarla con su sufragio?

Si este primer voto de castigo en las urnas del 7 de junio se dirigirá, en forma de masiva abstención, contra las instituciones y el proceso europeo en su conjunto, el segundo tendrá como objetivo a los grandes partidos de la izquierda moderada europea. En Francia, Alemania e Italia estos partidos siguen sin ser capaces de articular una oposición efectiva y una expectativa de cambio, y volverán a fracasar frente a Sarkozy, Merkel y Berlusconi. En España, el Partido Popular parte de un empate técnico en las encuestas y aspira a una victoria clara que le allane el camino a la Moncloa en 2012 (o antes, si consigue forzar un adelanto electoral). Empeñada en comprenderse y comportarse como, en expresión de Mario Tronti, «un centro a destiempo» (*Sinpermiso*, 29/06/2008), ni en el marco de la Unión Europea, ni en las reuniones del G-20, ni en el ámbito estatal la socialdemocracia europea y española ha estado a la altura en la tarea de presentar una alternativa genuinamente progresista a la gestión neoliberal de la crisis. Una alternativa progresista que evidentemente no tiene nada que ver con devolver cuatrocientos euros del IRPF a una persona que gana cinco mil euros mensuales, o con regalar un ordenador a un niño que ya tiene dos en casa, sino con levantar un infranqueable cordón sanitario contra la exclusión social mediante la implementación de una renta básica de ciudadanía y la extensión de los servicios públicos. En emprender una guerra sin cuartel contra la corrupción, el fraude fiscal y la economía sumergida, para devolver a los trabajadores la dignidad que merecen y al Estado los recursos que necesita. En impulsar decididamente el cambio de modelo económico que conduce de la especulación financiera a la inversión productiva, de la precariedad laboral al reparto justo del trabajo, de la desigualdad creciente a la redistribución del bienestar y las oportunidades, de la depredación medioambiental a la ecosostenibilidad... ¿Ha hecho el gobierno de Rodríguez Zapatero

algo de todo esto? Con una clarividencia a la vez irónica y terrible, el mismo Rodríguez Zapatero trazaba en 2006, en una entrevista concedida a Paolo Flores D'Arcais, una fiel premonición de esta su segunda y fracasada legislatura: «Los poderosos, la derecha económica, los grupos de presión, no tienen necesidad de la política para vivir y mandar. Pero el ciudadano que tiene solo su voto le atribuye un gran valor. Es su patrimonio, el único instrumento de que dispone para realizar sus ideas y para mejorar su vida. Por eso, cuando la izquierda no mantiene las promesas y los electores se sienten defraudados en sus expectativas respecto a la política y a la democracia, normalmente la izquierda provoca su propia derrota, porque decepciona a sus propios electores» (*MicroMega* nº 1, 02/03/2006; trad. en *Claves de Razón Práctica*, nº 161, 03/2006). No hace falta añadir nada más a estas palabras de Zapatero para explicar el previsible y merecidísimo descalabro electoral del PSOE el próximo 7 de junio.

En el previsiblemente minoritario porcentaje de participación del próximo 7 de junio aún habrá espacio para un tercer voto de castigo, en este caso dirigido al espacio político situado a la izquierda de la socialdemocracia, que en principio debería convertirse, ante la insoportable tibieza de una socialdemocracia tan pálida y desnaturalizada que ya ni para voto útil alcanza, en directo beneficiario del enfado de las clases trabajadoras más vapuleadas por la crisis y en su herramienta preferente de presión e influencia política. Algo que, al menos en España, no parece que vaya a suceder, si observamos cómo persiste en las encuestas el estancamiento de Izquierda Unida por debajo del 5% y cómo los votos que pierde la socialdemocracia por la izquierda se vierten mayoritariamente a la abstención. ¿Por qué? Solo hace falta echar un vistazo al interminable listado de candidaturas de izquierda presentadas ante la Junta Electoral para comprenderlo: Izquierda Unida, Izquierda Anticapitalista, Iniciativa Internacionalista, Partido Comunista de los Pueblos de España, diversos partidos verdes y nacionalismos progresistas... Sin duda es cierto que las diferencias ideológicas y programáticas que justifican la existencia de todas estas organizaciones a la izquierda del PSOE son legítimas y sustanciales. Tan

cierto como que su creciente electorado potencial va a castigarlas a todas por igual por no haber sabido, podido o querido estar a la altura de las circunstancias, componiendo (mano a mano con los movimientos sociales, el sindicalismo combativo, los medios y la cultura independientes, etc.) una carta de mínimos irrenunciables compartidos y una única lista electoral capaz de resquebrajar el endemoniado consenso del neoliberalismo, abriendo camino a una decisiva tercera fuerza política de ámbito europeo, juramentada en torno al inexcusable imperativo político y moral de poner en primer plano, en este dramático pasaje histórico, la voz de los de abajo, de los explotados, de los expoliados, de los desempleados, de los precarios, de los insolventes, de los endeudados, de los desalojados, de los humillados, de los vejados, de los excluidos...

Que quien al final vaya a beneficiarse de este triple (y en cada caso perfectamente justo) castigo en las urnas sea la derecha más autoritaria y regresivamente neoliberal no hace sino añadir la sal del escarnio a la herida del desencanto. Las cosas seguirán yendo a peor después de este 7 de junio, y lo único que las multitudes productivas y la izquierda política van a sacar en claro de estos comicios serán algunas ásperas y clarificadoras lecciones sobre la España, la Europa y el mundo en que vivimos. Esperemos que al menos esas enseñanzas sean tenidas en cuenta y de ellas se extraiga alguna utilidad práctica con vistas al muy incierto porvenir que encaramos.

Sobre las elecciones europeas del 7-J, II (junio 2009)

¿Qué será de Europa?

¿Qué conclusiones podemos extraer, a la vista de los resultados de las pasadas elecciones del 7 de junio, acerca de esta Europa en qué vivimos?

En primer lugar, con una holgada mayoría absoluta de abstencionistas, Europa gira hacia una radical desafección con el sistema institucional de la Unión Europea. Y no es para menos. En el multitudinario y babélico Parlamento europeo, único organismo de la UE refrendado por la soberanía popular, se pronuncian brillantes discursos y se libran intensos debates, pero no se decide nada. Las decisiones se toman en la estrictamente antidemocrática Comisión Europea, que ejerce la función ejecutiva en la UE pero que no designamos los europeos con nuestros votos sino los gobiernos en privadísimas negociaciones. O en el Banco Central Europeo, que tras sustraer el control de la política monetaria y financiera a los gobiernos nacionales, permite al gran capitalismo europeo gobernarse a sí mismo sin rendir cuentas a nadie. Y entonces... ¿en qué queda el Parlamento de la Unión? En poco más que un aparatoso cachivache decorativo, tercamente inútil e indignantemente caro, al que para bien o para mal los europeos han dado mayoritaria y desdeñosamente la espalda el pasado 7 de junio.

En segundo lugar, ese 43% de electores que sí se han dado por convocados a las urnas han impulsado un tajante viraje a la derecha en la práctica totalidad de los países de la Unión, desbaratando los castillos en el aire que las voces más optimistas de la izquierda habían levantado acerca de un hipotético vuelco progresista como consecuencia de la crisis económica. La realidad ha dicho exactamente lo contrario. Los grandes partidos del centroizquierda se derrumban por igual donde gobiernan en solitario (España, Portugal, Gran Bretaña), donde gobiernan en coalición (Alemania) y donde ocupan la oposición

(Francia, Italia). Un desplome que no beneficia a la izquierda radical más crítica con el capitalismo (que fragmentada en muchas pequeñas candidaturas obtiene, en general, modestísimos resultados), sino a las grandes formaciones conservadoras tradicionales (que escorándose cada vez más abiertamente a la derecha, han alcanzado una amplia mayoría en Bruselas) y al descarnado populismo xenófobo de las formaciones de ultraderecha (que el 7-J han incrementado espectacularmente su electorado y su representación).

¿Por qué arrasa el abstencionismo, por qué triunfa la derecha, por qué se desmorona la izquierda? La respuesta a estas preguntas se halla al cabo de una complejísima ecuación que abarca factores económicos, políticos, sociales y culturales, y cuya resolución será tarea, no para un ciclo electoral, sino para toda una generación. Pero algunos de sus términos están ya muy expresivamente sobre la mesa. El centroizquierda europeo carece de un discurso propio ante la crisis de la globalización neoliberal, de la que es tan cómplice como los conservadores. A despecho del impostado ecologismo y altermundismo del centroizquierda en tiempos de campaña electoral, lo cierto es que socialistas y conservadores mantienen en Europa un consenso profundo en las materias más importantes, que impide a la socialdemocracia postularse como herramienta para la defensa de la clase trabajadora y alternativa creíble frente a la bancarrota capitalista. Mientras tanto, los partidos rojiverdes a la izquierda de los socialdemócratas, el sindicalismo combativo o los movimientos sociales, permanecen desactivados por su propia incapacidad estratégica, sus querellas irreales y bizantinas y su progresivo alejamiento de los malestares sociales reales, que cada vez se expresan más lejos del espacio público tradicional, de los mítines, de las huelgas, de las manifestaciones o de las urnas. Malestares sociales que la profunda crisis en curso amplifica y que, en ausencia de una alternativa consistente que oferte valores y metas más elevados, deshacen los vínculos de solidaridad y responsabilidad colectivas, suplantando al civismo con el cinismo, extienden el desinterés sistemático por la esfera pública y el bien común, alimentan las

más virulentas reacciones xenófobas, patrioteras y populistas.

Un tercio de los europeos habita o bordea la pobreza; Europa incumple sistemáticamente sus compromisos medioambientales y de cooperación al desarrollo; Europa protege los paraísos fiscales y promueve la especulación financiera; Europa vende armas por doquier y palmea el lomo de los genocidas más inmundos del planeta; Europa otorga abultados avales electorales a sórdidos neonazis o bufones corruptos y soporta sin rechistar los interminables abusos de la clase corporativa. ¿Qué clase de régimen político le aguarda a una Europa entregada con semejante frenesí a estas tendencias liberticidas? ¿Es de veras consciente la izquierda europea de su calamitosa situación, del panorama que enfrenta, de los retos que le aguardan? ¿Se vislumbra en el horizonte europeo alguna alternativa política, social y cultural progresista, capaz de plantar cara a esta deriva embrutecedora y reaccionaria? ¿Qué será de Europa?

Sobre crisis, espectáculo y ciudadanía (julio 2009)

Distracciones fatales

Hace unas semanas el futbolista Cristiano Ronaldo se presentó ante la afición del Real Madrid en el estadio Santiago Bernabeu, en un espectacular evento al que asistieron unas ochenta mil personas y que desbancó durante varios días a cualquier otro asunto de la agenda informativa en la prensa escrita, televisión, radio e internet. El fichaje del nuevo astro futbolístico ha costado al club merengue unos noventa y cuatro millones de euros, en pago a su club de origen, además de los trece millones de euros de su nómina anual (a los que el jugador añadirá otros diez millones en contratos publicitarios). Otras cifras que han llegado a los medios son los entre tres y cinco millones de euros a tocateja que el joven jugador invertirá en su residencia madrileña, o los diecisiete mil euros en copas con que, en compañía de la también rica y famosa Paris Hilton, celebró su fichaje en varias discotecas de la ciudad de Los Ángeles.

A modo de contraste, repasemos otras cifras recientes de la actualidad laboral y económica. España avanza inexorablemente hacia los cinco millones de desempleados, más del 20% de la población activa, cifra que la Comisión Europea o la fundación FUNCAS, entre otras fuentes, auguran para 2010-2011. De los más de cuatro millones de parados actuales, millón y medio ya han perdido sus prestaciones de desempleo. Un millón de familias españolas ya tiene a todos sus miembros en paro. Casi un 30% de los asalariados españoles son contratados temporales; un 40% de los contratos de trabajo firmados en 2008 tuvo una duración menor de tres meses y poco más del 10% fue indefinido. La mitad de los trabajadores españoles gana menos de mil euros al mes: en España se registra el índice de desigualdad salarial más alto de la Unión Europea. Un 40% de los hogares, según datos del último Informe Foessa, está fuertemente endeudado y en situación de vulnerabilidad, antesala de la pobreza en la que ya viven ocho millones

y medio de españoles (ingresos menores de seiscientos euros mensuales), a sumar al millón y medio de indigentes absolutos (ingresos inferiores a trescientos euros). Medio millón de ancianos sobrevive con pensiones no contributivas de poco más de trescientos euros al mes. Los impagos hipotecarios han crecido por encima del 300% y los deshaucios, casi un 200%. Cáritas ha visto como las solicitudes de ayuda crecía un 70% en los últimos meses: los servicios asistenciales municipales y autonómicos, que no han incrementado significativamente sus presupuestos a pesar de la crisis, desplazan hacia esta ONG más de la mitad de las peticiones de ayuda urgente que reciben.

Sería injusto achacar al futbolista Cristiano Ronaldo alguna responsabilidad en todos estas cifras y hechos dramáticos. Pero el contrapunto entre sus fabulosos ingresos y su lujosísimo tren de vida y la situación económica y laboral del país al que llega convertido en rutilante estrella deportiva y publicitaria debería hacernos reflexionar a todos. Para empezar, a los miles de ciudadanos que acudieron al estadio Santiago Bernabeu a vitorearle como a un semidiós recién llegado del monte Olimpo. Nunca en los últimos meses se han reunido en nuestro país ochenta mil ciudadanos para exigir la plena aplicación de la ley de dependencia, la prolongación de la cobertura de desempleo a los parados sin prestación, el aumento de la dotación de los servicios de asistencia social o cualquier otra de aquellas medidas que de veras hubiesen contribuido significativamente a paliar la tragedia social de la crisis económica. La multitud que recibió como a un mesías al joven Ronaldo pone rostro a una ciudadanía completamente enajenada de sí misma, que a medio camino entre la estupidez, la insolidaridad y la resignación, opta por sumirse aún más en el aturdimiento mediático y la idolatría a los ricos y famosos, en lugar de ponerse a la tarea de comprender lo que está ocurriendo y ponerle remedio. Una distracción fatal en tiempo de tremendo sufrimiento y zozobra. Un gigantesco latrocinio entusiásticamente consentido por quienes lo padecen. Una completa catástrofe moral, cultural y política.

Sobre el futuro de la izquierda en España (agosto de 2009)

El desafío y la esperanza

Un minucioso y documentado informe de la Fundación Ideas, publicado tras las elecciones europeas del pasado junio, identifica con claridad las principales causas del sonado fracaso electoral de la izquierda en España y en el conjunto de la Unión Europea: la fuerte abstención entre el electorado progresista y su mayor fragmentación entre distintas candidaturas. El estudio elaborado por la fundación que dirige el exministro socialista Jesús Caldera aporta datos concluyentes. Hasta un 62% de quienes se abstienen se identifican como de izquierdas, lo que aporta a la derecha una muy importante ventaja de partida en las urnas. Ventaja que se agrava por la dispersión de votos rojos entre las numerosas candidaturas progresistas, separadas por matices identitarios quizás razonables y legítimos, pero absolutamente incomprensibles para el ciudadano y votante progresista de a pie, que no encuentra en este sistemático fraccionamiento nada más que un motivo para el disgusto y la desconfianza.

Resulta doloroso comprobar cómo, aún tras su fracaso en las elecciones europeas y con estas irrefutables explicaciones causales sobre la mesa, ninguna de las fuerzas políticas progresistas se ha puesto seriamente a la tarea de invertir estas tendencias que amenazan, como ya indican todas las encuestas, con otorgar sendas victorias al Partido Popular en los comicios municipales y autonómicos de 2011 y generales de 2012. Por un lado, el Partido Socialista no se da por enterado del justísimo castigo recibido por su enroque hacia el centroderecha tras la reelección de Rodríguez Zapatero en 2008 y por su gestión mediocre y paniaguada de la crisis económica, en la que sus reiteradas declaraciones de apoyo a la clase trabajadora y los más desfavorecidos se ven severamente desmentidas por nefastas políticas de apaciguamiento con el gran capital, en uno de los países de Europa que menos invierte en bienestar y protección social y que mantiene uno de los

niveles más altos de desigualdad salarial (sin mencionar nuestros vergonzosos liderazgos en materia de fraude fiscal, empleo sumergido o degradación medioambiental). Por otro lado, ni Izquierda Unida ni el resto de fuerzas a la izquierda del PSOE parecen decidirse a abordar, de una vez por todas, un proceso de convergencia capaz de poner en valor una importante bolsa de voto transformador que podría servir, actuando de forma inteligente, cohesionada y solidaria, mano a mano con el sindicalismo combativo, los movimientos sociales y la cultura progresista, de necesario contrapeso a las tendencias más pacatas y entreguistas del centroizquierda y potente acicate para impulsar políticas económicas y sociales más justas, atrevidas y eficaces.

Con pocos matices, las izquierdas francesa o italiana permanecen atrapadas en este mismo laberinto, que no parece tener más salida que una sociedad hegemonizada por descarnadas derechas como las que lideran Sarkozy o Berlusconi, cada vez más brutales en su desprecio a los derechos sociales y las libertades políticas, cada vez más enconadas en políticas ultraliberales que refuerzan los privilegios del gran capital y ahondan en la sumisión de nuestras anémicas democracias ante la dictadura de los mercados. ¿Es este el inmediato futuro al que debemos resignarnos? ¡No! Falta algo más de año y medio para las próximas elecciones autonómicas y municipales de 2011. Con el ánimo y el empeño debidos, sería tiempo suficiente para diseñar e impulsar desde la base un nuevo protagonismo de las clases trabajadoras y la ciudadanía progresista, y una consecuente refundación de las fuerzas políticas, sociales y sindicales que las representan: tales son hoy el desafío y la esperanza de las izquierdas. ¿Estaremos a la altura? Esperemos que sí, porque no hay otra alternativa imaginable ni posible a los amargos frutos de la inercia y el desánimo. Así que manos a la obra. Día a día, calle a calle, ciudadano a ciudadano. Generosa, sensata y decididamente. Sin la menor dilación. El momento es ahora.

Sobre capitalismo, cultura y democracia (septiembre de 2009)

Nuevo Mundo Antiguo

Un doble y paradójico desplazamiento caracteriza nuestro tiempo histórico: por un lado, un constante avance científico-tecnológico y una constante expansión y sofisticación de los mecanismos de creación de riqueza material; por otro, un constante retroceso cultural, moral y político, un implacable empobrecimiento y brutalización de las relaciones sociales y las instituciones. «La Edad Media ha comenzado ya», escribía en los años setenta el semiólogo italiano Umberto Eco, valorando el impacto sociocultural de unos medios de comunicación que en aquel momento consumaban su transformación en gigantesca y fabulosa maquinaria de entretenimiento de masas a escala mundial. Treinta años después, sobran indicios para afirmar que, en nuestro vertiginoso descenso, hemos dejado ya atrás la Edad Media para adentrarnos en un nuevo Mundo Antiguo en el que alta tecnología y superstición primitiva han consumado su abrazo perfecto para componer un implacable mecanismo de sojuzgamiento social, cultural y político. Media Modernidad (la modernidad instrumental y productiva, la modernidad de los medios), ha devorado sin compasión a la otra media (la modernidad ética y política, la modernidad de los fines). La sociedad y los individuos contemporáneos innovan y producen fabulosamente, pero han perdido completamente cualquier noción racional de por y para qué lo hacen. Y en el lugar de las razones, proliferan las supersticiones, las paranoias, las mitomanías...

La llamada guerra contra el terror (más precisamente deberíamos denominarla «guerra entre terroristas»), que salpica el planeta entero con sangre y con fuego desde hace una década, es un buen ejemplo de ello. De un lado, la red terrorista Al Qaeda y toda esa siniestra y compleja maraña de movimientos islamoapocalípticos inspirada por ella, combatientes adoctrinados en una versión primitiva y aberrante del islam, pero que en la

comisión de sus atentados manipulan teléfonos celulares, misiles tierra-aire o aviones de pasajeros, y difunden sus enloquecidas visiones de martirio y paraíso a través de sofisticadas páginas *web*, listas de correo o montajes audiovisuales. Del otro, la compacta alianza protestante-sionista entre los neoconservadores de Washington y Tel Aviv, atizados por la ideología de cruzada racista del choque de civilizaciones contra el «eje del mal», que a golpe de misil teledirigido y bombardero invisible imponen el mantenimiento de la fábula del polvoriento Gran Israel de inspiración bíblica a costa del inacabable tormento presente de todos sus vecinos árabes. Osama Bin Laden reclamando el Al-Andalus musulmán de hace quinientos años y consagrando ideológicamente el martirio terrorista y George W. Bush defendiendo el Israel de hace dos mil e institucionalizando la tortura: ¿cuál de los dos resulta más terroríficamente arcaico e irracional? Resulta difícil decidirse.

Pero ni Bin Laden ni Bush han inventado nada; al contrario, son una culminación extremada pero natural de décadas de progresiva irracionalización de las formas culturales y los hábitos sociales. El capitalismo neoliberal, hegemónico desde hace treinta años, está profundamente empapado de este espíritu neoarcaico. El neoliberalismo ha sido definido con acertada ironía como una «economía-vudú», y solo una inquebrantable fe rayana en la superstición puede justificar la confianza que siguen recibiendo las lucecitas de colores de los mercados de valores, los análisis de la prensa especializada y las declaraciones de ministros y banqueros. El capitalismo moderno es una cábala fantástica en la que cada euro de la economía real genera diez veces su valor en los intercambios fantasmáticos en la esfera especulativa, donde se compran y venden incesantemente bienes y servicios que no han existido ni existirán jamás, un gigantesco casino en que valores bursátiles, materias primas, monedas o naciones se alzan y se hunden a golpe de negligencias, maniobras mafiosas, pánicos y euforias colectivas... ¿Qué racionalidad puede haber detrás de todo eso? ¿Acaso la de esa correctora mano invisible del mercado que, efectivamente, nadie vivo ni muerto vio jamás? El capitalismo

contemporáneo es una completa ficción, una interminable sucesión de «signos trazados en el aire», en expresión del orientalista Agustín López Tobajas. Semejante superchería no puede tener más sostén que una fe malsanamente supersticiosa que se ha expandido a costa de vampirizar y reducir a escombros todos y cada uno de los proyectos de ética y convivencia racionales herederos de la ilustración. Al final era verdad que el capitalismo era necesario para la democracia: necesario para aniquilarla, queremos decir.

Este nuevo Mundo Antiguo en que vivimos, que en tiempo de conflicto convoca a las grandes masas humanas en forma de belicoso adoctrinamiento, en tiempo de paz (al menos, de paz aparente) se expresa en forma de melifluo entretenimiento en tonos pastel. El torso desnudo de Cristiano Ronaldo, la gramática cochambrosa de Belén Esteban, el lujo insultante de la duquesa de Alba y sus herederos, cada nueva hornada de concursantes de *Gran Hermano* u *Operación Triunfo*, entre otros muchos iconos recurrentes, inundan la esfera comunicativa, asaltan la mente social a través de todos los medios disponibles (satélites, televisores, terminales de móvil, videoconsolas, revistas) y se imponen como tema de conversación, modelo ético y estético y pauta de conducta. Una idolatría obsesiva e infantil hacia los ricos y famosos que garantiza la pacífica continuidad de todas las flagrantes injusticias y desigualdades económicas, culturales y políticas existentes, y que en casos tan avanzados de descomposición social como el de Italia, se ha convertido en sí misma en fuerza y forma de gobierno.

Si Bin Laden y Bush son, de un modo trágico, figuras características del neoarcaísmo en sus formas más encarnizadas, también lo es, a su manera bufonesca, el videócrata Silvio Berlusconi, un anciano y tramposo reyezuelo etrusco agasajado por cortesanas y embalsamado en vida, un forajido sin cultura ni escrúpulos encumbrado al poder gracias a su capacidad de amasar dinero y encandilar a los televidentes con sus disparates y bravuconadas: he ahí el destino de la que una vez fuera la nación con la clase obrera más concienciada y mejor organizada del Occidente de posguerra. Todo un trayecto. En la paz

aparente de la Europa blanca, rica y democrática, a la vez terriblemente satisfecha de si misma y terriblemente atemorizada por todo lo demás, tecnológica y económicamente hipermoderna pero cultural y psíquicamente retrotraída a su infancia premedieval, el sátiro de Villa Certosa es el hombre del momento. El hechicero que mejor ha sabido interpretar y satisfacer el espíritu de los tiempos de esta paradójica era neoarcaica nuestra, de este extraño nuevo Mundo Antiguo en que habitamos.

Sobre corrupción y democracia en Europa (octubre 2009)

La conexión Berlusconi

No resulta muy decoroso que el primer ministro de un Estado democrático pase sus jornadas de asueto entregado a los placeres mundanos, en una villa de ensueño y en compañía de una esperpéntica cohorte de publicistas, cantantes melódicos, putas y narcotraficantes. Sin duda que hay algo de cómico y de risible en estas chabacanas orgías de Villa Certosa, de las que desde hace algún tiempo disponemos además de bochornosa constancia fotográfica. Pero no nos dejemos llevar por la risa demasiado pronto. Hace mucho que el problema de Italia dejó de ser el decoro.

En Italia vivían en 2008 unos ciento sesenta y cinco mil ciudadanos de etnia gitana. Hoy no llegan a treinta y cinco mil. Abundan los testimonios de colaboración directa entre bandas de extrema derecha y fuerzas de seguridad del Estado para hostigar a las comunidades gitanas mediante amenazas, palizas, incendios... Disponemos de una denominación exacta para este tipo de acontecimiento: limpieza étnica. Coaligado con varias formaciones políticas fascistas en un frente de derechas denominado (tremenda ironía) El Pueblo de la Libertad, Berlusconi ha dado rienda suelta a los grupos ultras, a los que una nueva legislación permite patrullar uniformados por las calles italianas. Además de a los gitanos, las agresiones fascistas se han extendido a otras minorías étnicas, a inmigrantes, a homosexuales y lesbianas, a sindicalistas, a periodistas... Y todo ello, a sumar a la tradicional violencia mafiosa: Italia es el país más violento de la Unión Europea y el segundo del mundo, solo por detrás de Colombia, con mayor número de sus ciudadanos viviendo bajo escolta armada.

Berlusconi no debe provocar la risa sino el lamento, porque en Italia no se está viviendo un sainete, sino una tragedia: la demolición desde dentro del Estado de Derecho y la

democracia, en beneficio de un nuevo tipo de régimen político en el que lo corrupto y lo violento, lo mafioso y lo fascista, alcanzan una virulenta amalgama de rápida propagación y violentamente corrosiva sobre la vida pública y las instituciones. Desde la Segunda Guerra Mundial, el Estado y la mafia han cohabitado y combatido en Italia en una compleja dialéctica que ha concluido con la victoria de la mafia y la completa colonización mafiosa del aparato del Estado. Desde la Segunda Guerra Mundial, las pulsiones fascistizantes de la cultura política italiana han latido con violencia en los márgenes de la esfera pública y en las cloacas del Estado: hoy el alcalde de Roma, antiguo escuadrista de ultraderecha, es recibido en su toma de posesión por centenares de energúmenos que le ofrendan el tradicional saludo fascista. Un sonriente Silvio Berlusconi posa a su lado. Nadie se esconde de los fotógrafos. A la vista del mundo, mafia y fascismo, coaligados, han ganado la partida en Italia. Los incontables canales de televisión, radios, periódicos, editoriales y agencias publicitarias del magnate y primer ministro han obrado el milagro (subrayemos lo de «milagro», en consideración al importante papel que también la jerarquía eclesiástica italiana y el Vaticano han desempeñado en su ascenso). ¿Y la izquierda? Al menos hasta ahora, apenas una testimonial nota a pie de página en esta historia ominosa, aplastada en las ondas, en las calles y en las urnas por la arrolladora potencia del acontecimiento Berlusconi e incapaz de repensarse y reconstruirse a sí misma a la altura del desafío histórico que el berlusconismo le presenta.

Sería erróneo confiar en que se trate de un fenómeno exclusivamente italiano. El modelo berlusconiano es expansivo. Los déficits, las flaquezas y los olvidos democráticos que le sirven de caldo de cultivo están presentes en todas las democracias europeas. En todas ellas florece la corrupción en todos los estratos del poder político y económico. En todas ellas las puertas giratorias entre la política y los negocios se han convertido en una maquinaria autónoma que pervierte a los partidos políticos y en ocasiones los abduce por completo. En todas ellas los medios corporativos ofrecen una intragable papilla

sensacionalista que degrada la mente social y empobrece la cultura política. En todas ellas nuevas realidades como la inmigración disparan la paranoia securitaria y amplían la clientela de las creencias autoritarias, racistas y militaristas del fascismo. El capital mafioso que socava los cimientos de la democracia italiana se extiende por los circuitos financieros de Europa corrompiendo todo lo que toca. Y más rápido aún que el dinero, se expande la mentalidad delincuencia y fascistizante que sustenta ideológicamente al berlusconismo y le granjea la simpatía enfermiza de las multitudes atemorizadas, desmemoriadas, desorientadas y descontentas. No hace falta tener ningún aprecio por el parlamentarismo partitocrático, ni por la rancia derecha tradicional, el voraz neoliberalismo o la claudicante socialdemocracia que hoy ocupan sus posiciones centrales en Europa para vislumbrar en la ascensión de Berlusconi que lo que viene a sustituirles constituye, aún dentro de la geografía y la genealogía malditas del capitalismo, un sustantivo cambio para peor.

Los europeos no solo tenemos un compromiso de solidaridad con esa otra Italia decente, y por ahora perdedora, que disiente y que resiste, con los Saviano, Fo, Grillo, Camilleri o Rossanda y con los cientos de miles de savianos, fos, grillos, camilleris y rossandas anónimos que mantienen viva la llama de la resistencia democrática italiana en las calles, en las instituciones, en los tajos, en los centros de enseñanza o en los medios de comunicación. Posicionarse pública y activamente contra este denigrante estado de cosas es también una cuestión de vital importancia, en primera persona, para cada ciudadano y ciudadana europeos. Porque la Europa todavía democrática no podrá convivir durante mucho tiempo con la anomalía italiana y mantenerse inmune a su patología. Todas las sociedades europeas están maduras para la eclosión de variantes locales, más o menos específicas, del berlusconismo. Algo que estos días debería resultarnos especialmente evidente para los españoles, conforme los aspectos más escabrosos y repugnantes del llamado caso Gürtel van conociendo la luz pública. De ahí que lo que en los próximos meses suceda en las calles, los tribunales y las urnas españolas al respecto de los Correa,

Bárcenas, Gordon, Costa, Camps y compañía, será indicativo de hasta qué punto, mientras el lascivo reyezuelo de Villa Certosa disfruta de la Italia conquistada entre los agasajos de sus incontables bufones y meretrices, el berlusconismo se ha convertido ya en un peligro claro y presente para el resto de las democracias europeas, y muy en concreto para la nuestra.

Sobre la economía criminal global (noviembre de 2009)

Piratas del Índico

Los sucesivos secuestros de los buques atuneros vascos *Playa de Bakio* y *Alakrana* han puesto en el primer plano de la agenda mediática y política la cuestión de la piratería en las costas del océano Índico. Como no podría ser de otro modo en la interminable reyerta a cara de perro que es la vida pública española, el debate ha estado mucho más orientado a desgastar al adversario que a esclarecer el problema y contribuir efectivamente a su resolución. Algo que debería ser prioritario respecto a la trifulca parlamentaria, si tenemos en cuenta que decenas de pesqueros españoles siguen en la zona, exponiendo a un riesgo inaceptable la vida de sus tripulaciones y obligando al Estado a mantener un amplio dispositivo militar en la zona (y a asumir parte del coste del despliegue de fuerzas de seguridad privada), de cuya eficacia existen motivos más que suficientes para dudar. Afortunadamente, los secuestros del *Playa de Bakio* y el *Alakrana* se han saldado sin heridos ni muertos, pero... ¿es prudente dar por sentado que seguirá siendo así, mientras se suceden los secuestros en la zona (uno cada tres o cuatro días como promedio), de buques cada vez más grandes (incluyendo petroleros, cargueros de armas o buques de pasajeros), a cada vez mayor distancia de la costa, y parte de ellos con bajas entre rehenes, piratas y soldados?

Reincidiendo en el paisaje habitual de esta segunda legislatura de José Luis Rodríguez Zapatero, en este asunto de los piratas la acción del gobierno socialista ha sido negligente; la crítica de la oposición conservadora, destructiva; la información de los medios corporativos, sensacionalista, y la reacción de la ciudadanía (con la lógica excepción de las familias y el entorno personal y profesional de los rehenes), indolente. En medio de este desazonante paisaje de mediocridad, la única buena noticia, además de la misma liberación y retorno a casa de los secuestrados, es el inicio de actuaciones por

parte del juez Santiago Pedraz, de la Audiencia Nacional, para esclarecer el verdadero meollo oculto de esta cuestión: las tramas jurídico-financieras que componen la lucrativa retaguardia del negocio de la piratería en el Índico.

No le faltará faena al magistrado Pedraz. En el tercer volumen de su monumental estudio sobre el proceso de globalización e informacionalización del capitalismo (*La era de la información*, Alianza, 1997), el sociólogo Manuel Castells dedica decenas de páginas al fenómeno de la economía criminal global y propone algunas ideas que retratan a la perfección el intrincado y siniestro mundo de la piratería contemporánea. «En las últimas décadas», escribe, «las organizaciones criminales han llevado a cabo sus operaciones a una escala cada vez más transnacional, aprovechándose de la globalización económica y de las nuevas tecnologías de la comunicación, conectadas con la economía legal a través de complejos planes financieros y redes comerciales y combinando la diestra manipulación de los procedimientos legales con el uso de la corrupción y la violencia». Somalia, uno de los países más míseros y brutales del planeta, víctima de sucesivas y catastróficas guerras civiles, intervenciones militares extranjeras, expolios corporativos transnacionales, hambrunas, sequías y tsunamis, dispone de una de las mejores redes de telefonía móvil del continente africano, ¿es necesario explicar para qué? Al otro lado del teléfono vía satélite del señor de la guerra, el minorista de armas o el pirata somalí se encuentra habitualmente un refinado abogado londinense con despacho en la exclusiva City financiera, hasta cuya cara moqueta no salpican ni el agua salada del Índico ni la sangre caliente de las bajas humanas, pero cuya cuenta corriente engorda sustancialmente tras el pago de cada rescate. La piratería naval del Índico (como la camorra y la mafia italianas, las triadas chinas, la *yakuza* japonesa o la *vorovskoi mir* rusa) es solo una terminal más de la extensa y profunda intervención criminal del capitalismo globalizado, que interconecta a piratas, traficantes y sicarios en Somalia, México o Chechenia con empresarios, abogados y políticos en Gran Bretaña, Luxemburgo o las islas Caimán. Un denso entramado que no constituye una anomalía excepcional, sino el subproducto y

correlato necesario de treinta años de radical desregulación neoliberal de las relaciones económicas internacionales y de igualmente radical profundización en el inmemorial expolio Norte/Sur. «Los mercados sin restricciones», escribe Castells, «equivalen a sociedades salvajes». En este sentido, la piratería del Índico no es ningún *flashback* marginal del pasado remoto, sino un ilustrativo *flashforward* de nuestro inmediato futuro.

¿Hasta qué profundidad podrá hundir el escalpelo judicial en estas tramas ubicuas y multiformes el magistrado Pedraz? ¿Alcanzará, por ejemplo, a los mafiosos italianos, que corrompiendo políticos obtienen concesiones en los servicios de basura, y que en cargueros rusos, matriculados en Liberia o Panamá, transportan esa basura (incluidos residuos químicos y nucleares) hasta las costas de Somalia, devastando el ecosistema y el medio de vida tradicional de la zona, la pesca de bajura, y empujando a los antiguos pescadores a la práctica de la piratería? ¿A los armadores y patronos de los centenares de barcos japoneses y europeos bajo bandera de conveniencia que, aprovechándose del caos en el país, pescan ilegalmente en aguas somalíes libres de cualquier tributo o limitación de capturas? ¿A los traficantes de armas que inundan África de ametralladoras y lanzagranadas de saldo, procedentes de los arsenales del antiguo Pacto de Varsovia, con la complicidad de la nueva casta político-empresarial de los países del este, infiltrada hasta el tuétano por las mafias? ¿A esas oficinas que todos los grandes bancos y empresas financieras occidentales tienen en los paraísos fiscales, donde se centrifugan los beneficios de todas estas actividades mafiosas y se ejecuta su reinversión en forma de fondos de pensiones, propiedades inmobiliarias y otros respetables valores legales? ¿Hasta qué punto puede desarrollarse una investigación judicial sobre la piratería naval sin poner en cuestión circuitos y procedimientos clave en el funcionamiento del capitalismo actual, y qué reacción cabe esperar de quienes se benefician de ellos? La apresurada y poco creíble ofensiva propagandística emprendida por los neoconservadores norteamericanos y españoles para vincular piratería y terrorismo islamista e incardinar las aguas del Índico en la caprichosa geometría del choque de civilizaciones, salpimentada de retórica

nacionalista y melancólica evocación a las hazañas de los Tercios de Flandes («¡hay que bombardear Somalia!», gruñía un conocido energúmeno ultraderechista en un debate televisivo en *prime time* sobre el secuestro del *Alakrana*), nos anticipa por dónde pueden correr las cortinas de humo destinadas a proteger de la mirada pública y la investigación judicial la trastienda occidental y financiera del problema de la piratería.

«En vez de fiarlo todo al buque policía que se hace a la mar para imponer la ley y despejar las aguas de delincuentes», ha escrito el historiador norteamericano Leon Fink, «mucho mejor sería la organización de un sistema global y multilateral de justicia, tanto en mar abierto como en tierra firme». Es en esta dirección, y más decisivamente que toda la artillería de la operación militar internacional, que la investigación de la Audiencia Nacional entreabre una puerta hacia la resolución efectiva del problema de la piratería naval en el Índico. Pero, además de voluntad judicial, hace falta mucha voluntad política para que una investigación de este tipo, con tantas implicaciones económicas y diplomáticas, fructifique. Exactamente ese tipo de voluntad política que al gobierno de Rodríguez Zapatero le ha fallado clamorosamente en los últimos meses en asuntos de perfil similar, como la persecución de los crímenes de lesa humanidad, las limitaciones al comercio de armas o la lucha contra los paraísos fiscales, en los que la biensonante retórica progresista ha cedido muy pronto el paso a la más correosa *realpolitik*. Con estos pésimos precedentes, será prudente poner en cuarentena las declaraciones de la ministra de Defensa Carme Chacón sobre la persecución de los intermediarios de estos secuestros navales, y esperar a que sean los hechos los que determinen la sinceridad y eficacia de este buen propósito gubernamental. Mientras tanto, el gobierno de España, como los gobiernos del resto de potencias capitalistas, siguen mereciendo una imputación por colaboración necesaria en cada delito de secuestro marítimo.

Nota al margen de este asunto de la piratería, y sin duda merecedor de una reflexión específica y más amplia que la que aquí podemos hacer, es el gravísimo error que supone,

por parte del gobierno español, el haber cedido a las presiones de la oposición conservadora y la patronal del sector dando amparo legal, entrenando y armando una fuerza militar privada para la protección de los atuneros. La privatización de la guerra y la proliferación de corporaciones mercenarias en las zonas de conflicto es uno de los aspectos más siniestros y peligrosos de la globalización capitalista. La actividad mercenaria supone siempre, a corto, medio o largo plazo, un problema gravísimo en términos de Derechos Humanos y seguridad internacional, como se ha demostrado reiteradamente en Afganistán e Iraq, donde estas empresas paramilitares han acumulado un terrorífico historial de expolios y crímenes. Ampliar el marco legal para el desarrollo de este tipo de actividades en España (desde donde ya operan algunas pequeñas pero pujantes compañías del sector como High Security Solutions o SGSI, a las que ha dedicado excelentes páginas de investigación el periódico *Diagonal*) ha sido una de las decisiones más insensatas, desafortunadas y preocupantes tomadas por un gobierno español desde los aciagos días de las Azores, y sin duda debería ser objeto de una crítica radical por parte de aquella fracción de la ciudadanía española efectivamente comprometida con una política exterior fundada en valores progresistas de paz y cooperación.

Sobre crisis económica y movilización sindical (diciembre de 2009)

El trabajo sin voz

La manifestación convocada por los sindicatos Comisiones Obreras y Unión General de Trabajadores el 12 de diciembre en Madrid reunió aproximadamente a la mitad de ciudadanos que el pasado verano se congregaron en el estadio Santiago Bernabeu para dar la bienvenida al futbolista Cristiano Ronaldo. Contando incluso con el empeño de los mismos convocantes en hacer naufragar la manifestación (un mensaje confuso, una promoción anodina, un horario inadecuado...) la cifra resulta abracadabrante: ¿cuarenta o cincuenta mil personas es todo lo que pueden sacar a la calle los dos principales sindicatos de este país en pleno impacto social de la crisis económica, con cuatro millones largos de parados y un 20% de la población rozando o por debajo del umbral de la pobreza?

Era inevitable que la perruna docilidad exhibida por UGT y CCOO durante los últimos meses les desautorizase ante muchos cientos de miles de trabajadores. Pero esta desafección de la clase trabajadora hacia sus representantes tradicionales no afecta solo a los sindicatos españoles. En Francia, por ejemplo, varias huelgas generales convocadas por los grandes sindicatos se han saldado con sucesivos fracasos que apenas han ralentizado la brutal ofensiva contra los derechos sociales y laborales emprendida por el gobierno de Sarkozy. Circunstancias similares se viven en Italia, Alemania o el Reino Unido. En España como en esos países, los grandes sindicatos solo han sido capaces de percibir y dar respuesta a una pequeña parte de los malestares sociales de la crisis: los de una clase media y de mediana edad, cada vez más minoritaria y envejecida, que habita una realidad laboral en peligro de extinción. Los grandes sindicatos solo hablan por y para quienes aún gozan de derechos laborales, olvidando a quienes los perdieron por el camino y a quienes ya nacieron sin ellos, ante cuyas problemáticas específicas no han

sabido dar ninguna respuesta, y esta se limita al cortoplacismo estéril del diálogo social anual, dejando en un escandaloso segundo plano cualquier reflexión de conjunto sobre los errores y horrores del sistema. Por eso no se reconocen en las convocatorias de los sindicatos tradicionales ni los estudiantes que padecen la mercantilización neoliberal del sistema educativo, ni los trabajadores precarios que transitan por los circuitos de la temporalidad y la deslocalización, ni los vecinos de los barrios populares afectados por el recorte de la inversión en dotaciones públicas, ni los trabajadores y usuarios de los servicios públicos amenazados por la privatización, ni los medioambientalistas que combaten los retrocesos en la agenda ecológica con la crisis como coartada, ni los grupos cívicos movilizados contra el fraude y la corrupción, ni...

Es mucho lo que está en juego en esta crisis. La clase trabajadora necesita nuevas palabras, nuevos espacios y nuevos haceres para atravesar la tormenta sin perder por el camino todo lo conquistado en los últimos dos siglos. Y el primer paso es dejar atrás esa visión parcial e interesada, impuesta desde arriba por medios y gobiernos, de la crisis económica como catástrofe natural. Más de dos millones de trabajadores han perdido su empleo en la implosión de un sistema económico volcado durante décadas al más gigantesco y demencial engaño especulativo, engaño del que ha participado con entusiasmo la práctica totalidad de la clase corporativa española. Se están produciendo por centenares las quiebras fraudulentas y las regulaciones de empleo injustificadas a fin de adelgazar y precarizar las plantillas, liquidar beneficios o deslocalizar la producción. El 0'035% de la población, esto es, los grandes ejecutivos del sector financiero español, han logrado saquear en su beneficio entre cien mil y doscientos mil millones de euros del erario público en forma de rescate bancario. Los usuarios de fondos SICAV y cuentas numeradas en paraísos fiscales siguen estafando impunemente miles de millones de euros anuales al erario público. Los seiscientos altos ejecutivos del IBEX-35 cobran de media unos sesenta mil euros mensuales, mientras la mitad de la población asalariada no pasa de los mil. Esta crisis no es una catástrofe natural, sino un descarnado episodio de lucha

de clases, una violenta revolución de los de arriba contra los de abajo, en pos de la contrautopía neoliberal del máximo beneficio económico y la mínima justicia social.

Decía el filósofo grecofrancés Cornelius Castoriadis que lo político (esto es, el poder en general, incluido el poder económico, su ejercicio y sus instituciones) existe siempre, pero la política (el cuestionamiento racional de este poder) es «una creación histórico-social rara y frágil, que no existe siempre y en cualquier lugar» («La democracia como procedimiento y como régimen», *Leviatán*, nº 62, 1995). Hoy, esta creación se desvanece como niebla hecha jirones ante el rabioso vendaval de un nuevo capitalismo transnacional abiertamente descomprometido con la democracia y el bienestar colectivo. La decadencia del sindicalismo tradicional es solo una de las facetas dentro de un proceso más amplio de secuestro de la soberanía popular en favor de una omnímoda dictadura de los mercados mediante el socavamiento de las más elementales precondiciones materiales de la libertad política. Unas pretensiones totalitarias perfectamente identificables en el retorno al esclavismo sin paliativos que desinhibidamente promueven la patronal CEOE y los políticos e ideólogos a su servicio.

Harán falta mucho más que huecas y tímidas expresiones de buenos deseos, como la realizada por CCOO y UGT el pasado día 12 en Madrid, para devolver su voz a las fuerzas del trabajo y rescatar la democracia política y económica de las garras de sus secuestradores. Casi todo está por hacer en la construcción de movimientos sociales, partidos políticos y sindicatos de clase a la medida de este enorme desafío ético y político. Hasta que estas nuevas herramientas de resistencia no encuentren concreción histórica, individuos y comunidades humanas seguiremos maniatados e inermes, como mera carnaza entregada, en ritual sacrificio antropófago, a la insaciable voracidad liberticida del capitalismo.

Sobre crisis económica, medios de comunicación y psicología social (enero de 2010)

Bajo hipnosis

Hace algunas semanas, seis millones y medio de españoles se congregaron ante el televisor para contemplar el efecto de la cirugía estética sobre el rostro de Belén Esteban. Se trata del, por ahora, último pico de audiencia obtenido por este singular personaje, cuya grotesca combinación de patetismo, incultura y grosería, estratégicamente amplificadas por los programadores de su cadena televisiva, viene gozando en los últimos años de una cada vez más asfixiante omnipresencia pública.

Sería imprudente despachar el auge de este tipo de fenómenos sociales y de los formatos televisivos que le sirven de plataforma con un simple gesto desdeñoso, como si se tratasen de una excentricidad pasajera o una patología menor sobre el mapa del cambio social. Muy al contrario, su análisis puede decirnos mucho acerca de la sociedad en que vivimos y el momento histórico que atravesamos. El economista crítico italiano Stefano Lucarelli ha escrito que el capitalismo contemporáneo se caracteriza por sustentarse en «dispositivos de dominio solo comprensibles si se los coloca en la zona híbrida en la que la economía política se encuentra con la psicología social» («La financiarización como forma de biopoder», en VV.AA., *La gran crisis de la economía global*, Traficantes de Sueños, 2009). Esta epidemia de la televisión basura es uno de estos dispositivos, y posiblemente uno de los más eficientes. Cuando un 20% de la población española habita por debajo del umbral de la pobreza, cientos de miles de empleos desaparecen para siempre y la casta corporativa consume con la coartada de la crisis uno de los más espeluznantes latrocinios de los que guardemos memoria, sus víctimas directas, la clase trabajadora y la sociedad civil, permanecen mudas e inmóviles, sin protagonizar ninguna de esas formas enérgicas y masivas de protesta que hubieran parecido oportunas y previsibles ante tamaña hecatombe económica y social. Pero no es la protesta ciudadana sino el consumo

televisivo lo que se dispara, y millones de ciudadanos permanecen hipnotizados durante horas ante la pequeña pantalla, absorbiendo con morbosa delectación las juergas, ligues, encamamientos, matrimonios, trifulcas, querellas, separaciones y demás andanzas cotidianas de Belén Esteban, Coto Matamoros, Pipi Estrada, Carmen Martínez-Bordiú, Tita Cervera y el resto del reparto de una vasta telecomedia interactiva, perfectamente sincronizada y dosificada por las corporaciones televisivas y publicitarias.

Esta coincidencia de fenómenos aparentemente heterogéneos tiene poco de azarosa o inocente. «El capitalismo no se reproduce solo a partir de la explotación del trabajo», escribe Santiago Alba Rico, «también lo hace a partir de la explotación de la mirada» («Consumo y barbarie visual», *Rebelión*, 28/01/2009). La mirada seducida por la pequeña pantalla es una mirada aprisionada dentro de los límites lógicos y morales del capitalismo que diseña sus contenidos. Poco a poco, el lenguaje frívolo, sensacionalista y maleducado del espectáculo televisual va empapando el conjunto de la esfera y el lenguaje público, se infiltra en las relaciones sociales y en la intimidad de los individuos. Espectáculos como *Crónicas marcianas*, *Aquí hay tomate*, *La noria* o *Sálvame* no dejan de vomitar modelos de conducta y patrones de pensamiento —por lo general, ejemplos hiperbólicos de cinismo, hipocresía, desvergüenza y codicia— sobre una sociedad que, agobiada por la explotación laboral y desconcertada por la degradación de los vínculos sociales tradicionales, se aferra a cualquier clavo ardiendo con tal de apartar durante unas horas la vista del desastre. El resultado es una mente social empobrecida y fragilizada que, prolongadamente sobreexpuesta a la gramática limitada y deficiente que promueve la industria del entretenimiento, acaba por tornarse necesariamente ingenua y dócil ante los designios de unos omnipotentes mercados cuyos mecanismos el espectáculo difumina y cuyas intenciones el espectáculo encubre.

En esta realidad televisual paralela, la visibilidad extrema de un puñado de personajes irrelevantes y sus igualmente irrelevantes relaciones sirven como pantalla de distracción

que protege a los verdaderos amos del negocio, por ejemplo a esos dieciséis grandes ejecutivos bancarios (Goirigolzarri, Sáenz, Inciarte, etc.) cuyos fondos de pensiones suman los cuatrocientos dieciséis millones de euros, o a esas diez grandes fortunas (Botín, Koplowitz, Ortega, etc.) cuyos beneficios han crecido de media un 27% a pesar de (o más bien, gracias a) la crisis económica, personajes todos ellos a los que jamás veremos sentados en uno de esos platós televisivos de su propiedad para ver sometidos sus privilegios al público escrutinio. En esta realidad televisual paralela, la participación democrática y la soberanía popular se reducen a enviar, pagando, un mensaje de móvil para insultar o jalearse a algún icono mediático, dentro de un muestrario de estereotipos perfectamente formateados por psicólogos y publicistas para excitar (y satisfacer, y luego volver a excitar, en un bucle infinito) las ansiedades, frustraciones y anhelos del consumidor. Al cabo del proceso, la ciudadanía se convierte en audiencia y la democracia se subordina a las normas del espectáculo, abriendo el tiempo de ese nuevo régimen político, inequívocamente totalitario, que algunos analistas han dado en denominar «videocracia» y que tiene hoy en la Italia de Berlusconi su más exagerado exponente. Un régimen en el que el centro de mando sistémico se ha desplazado y ya no son los políticos los que mienten a través de la televisión, sino la televisión la que miente a través de los políticos.

Durante siglos, la izquierda ha sido, a la vez que un movimiento político, un movimiento educativo. Decenas de millones de seres humanos quebraron las cadenas de la superstición y la ignorancia en el seno de grandes organizaciones sociales, políticas y sindicales, que fueron incansablemente prolíficas en la creación de imprentas, librerías, bibliotecas, periódicos, radios, ateneos, escuelas... Que solo una sociedad intelectual, ética y estéticamente consciente y cultivada es capaz de avanzar en su proceso democrático ha sido una convicción común a todas las tradiciones progresistas desde la Revolución Francesa, y que ahora las izquierdas (y muy en especial, sus grandes organizaciones políticas y sindicales) parecen haber olvidado, cesando en cualquier oposición a (si no

participando activamente de) la espectacularización del discurso, las instituciones y las relaciones sociales. En un tiempo de crisis sistémica de profundas raíces y decisivas repercusiones en el ámbito de la cultura, la izquierda carece casi por completo de un programa y un aparato cultural propios que oponer a la apisonadora multimedia al servicio del capitalismo. Un fatal descuido, si convenimos que reconstruir la cultura y los valores devastados por el espectáculo televisual y revertir la mutación de la ciudadanía soberana en mera agregación de audiencias pasivas serán en el futuro el punto de arranque y cimiento irremplazable de cualquier proyecto político democrático de emancipación.

Sobre democracia y mercados en tiempos de crisis (febrero de 2010)

Hipoteca Tierra

Fue el pensador y activista germano Günther Anders quien acuñó la expresión «desnivel prometeico» para describir la relación que habría de establecerse entre la especie humana y la energía nuclear después del bombardeo de Hiroshima y Nagasaki: ¿podría la humanidad controlar esas fuerzas tan ominosas, tan desmedidas, que ella misma había convocado pero que ahora hipotecarían para siempre su destino e incluso su nuda supervivencia?

Sin que aquel dilema planteado por Anders esté todavía resuelto (más bien al contrario, debido a la proliferación nuclear), esta noción de desnivel prometeico puede hacerse extensiva a la relación que, en esta era de capitalismo globalizado bajo dirección neoliberal, se ha establecido entre las fuerzas del mercado y las comunidades humanas. La tendencia hacia una progresiva integración económica del planeta es tan antigua como la misma civilización, pero ha sido en las últimas décadas cuando este proceso ha rebasado definitivamente todos sus límites y ha transformado la economía mundial en, empleando palabras de Manuel Castells, «una unidad en tiempo real a escala planetaria» (*La era de la información*, Alianza, 1997). Las comunidades humanas y sus instituciones siguen viéndose cotidianamente condicionadas por los límites entre idiomas, culturas, naciones, continentes o husos horarios, mientras el dinero, las mercancías o los empleos fluyen con plena libertad, sin descanso y a una velocidad de vértigo por todo el planeta. Cada mañana, el periódico recoge las huellas de ese tránsito inquieto: la quiebra del mercado hipotecario norteamericano deja sin pensión a miles de trabajadores argentinos, una operación especulativa en un mercado de materias primas en Londres lleva a la ruina a un país africano, el arqueo de un contable en Japón deja en la calle a mil trabajadores de una fábrica española... Un tránsito que en las últimas décadas nadie ha conseguido

(posiblemente, porque tampoco nadie ha pretendido seriamente) someter al imperio de la ley y la voluntad democrática. Al contrario, los mercados globalizados han creado o recreado a su capricho poderosos instrumentos financieros y mercantiles (fondos de capital-riesgo, paraísos fiscales, mercados de futuros, etc.) e instituciones de enorme influencia política (el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio, el Banco Central Europeo, etc.) a los que los Estados han cedido importantes porciones de soberanía e iniciativa política. Ante por ejemplo las sucesivas y radicalmente ineficaces cumbres del G-20 celebradas en estos últimos meses para dar respuesta a la crisis económica, bien cabría preguntarse: ¿pero quién manda aquí? La respuesta es a la vez evidente y aterradora: la globalización económica, las corporaciones transnacionales, los mercados financieros... solo se obedecen a sí mismos. Y donde impera en solitario la ley del dinero, no resta lugar alguno para la democracia.

La plena globalización del capitalismo representa una extraordinaria mutación histórica que solo ha sido posible gracias a una gravosa hipoteca económica, pero también ecológica, política o cultural sobre el conjunto del planeta, las instituciones y la misma humanidad, que han quedado reducidos a casino, empleados y fichas del gran juego capitalista global. El planeta entero y la entera experiencia humana han sido hipotecadas para inyectar más y más liquidez sobre el tapete de esta timba titánica y demente. Si ya en el pasado, cuando los mercados estaban mucho más embridados por las barreras geográficas y políticas, era necesario un empeño revolucionario y muchas veces trágico para someter las fuerzas económicas al imperio de la ley y la voluntad popular, ¿qué valen ahora el raciocinio y la soberanía democráticas frente a estos dispositivos fantasmáticos, monstruosos, inconmensurables que nos gobiernan? Este abismal desnivel prometeico entre globalización y democracia comienza ya desde la misma definición y discusión pública del problema: como ha quedado sobradamente en evidencia a lo largo de la presente crisis económica, el sofisticado desorden de los mercados financieros globales puede condicionar de un modo catastrófico el destino del conjunto de la

humanidad, pero... ¿cuántos son en realidad los ciudadanos (incluyendo a buena parte de nuestros representantes políticos) que disponen del suficiente conocimiento acerca de estos dispositivos económicos globalizados y su funcionamiento como para ponerlos en cuestión y explorar sus alternativas? ¿De qué legitimidad y eficacia pueden gozar la representación democrática y las instituciones políticas cuando un factor tan decisivo para nuestra existencia en común como la economía se ha vuelto tan opaco, ajeno e intangible para las más amplias mayorías? ¿Cómo puede razonarse, debatirse o votarse lo que no se conoce, lo que no se comprende, lo que tantas veces ni siquiera puede nombrarse?

Ante semejante desafío, no hay margen para recetas ni consuelos sencillos. Aturullados por la bobería mediática y política imperante (que deja para el anecdotario majaderías antológicas como la de los dichosos y mendaces «brotes verdes»), nos preguntamos si el año que viene habremos dejado atrás esta crisis, cuando la pregunta correcta es si bastará con una generación para superar sus efectos. Pero existen respuestas de emergencia que sí pueden ayudar a las comunidades humanas a recuperar parte de su soberanía y tomar posiciones ante el problema, trazando barreras defensivas ante esta hipoteca integral de su existencia: obstaculizar la penetración de las grandes corporaciones transnacionales (como los monopolistas de la distribución alimentaria) en las economías locales; impedir su contaminación con inversiones puramente especulativas (como las de los fondos de capital-riesgo); defender sus empresas y servicios públicos (como la educación o la salud) y sus bienes comunes (como el suelo, el agua o las fuentes de energía) frente a los proyectos para su privatización; democratizar y racionalizar la vida económica mediante instrumentos (como el reparto del trabajo, la renta básica de ciudadanía, los presupuestos participativos o la soberanía alimentaria) antagónicos del totalitarismo de mercado.

Las comunidades humanas que sean capaces de movilizarse decisivamente en torno a estas líneas de defensa no solo verán a corto plazo mejor protegidos sus empleos, sus

empresas, sus instituciones democráticas o su medio ambiente frente a los embates del desorden global, sino que se convertirán en contribuyentes netas en la lucha a largo plazo por, en aquellas palabras sabias e inspiradas de Manuel Sacristán, «una humanidad más justa en un planeta habitable». Lucha que fue un día signo de identidad del legendario Prometeo ante la ciega voluntad de dioses terribles y hoy lo es de todos y cada uno de nosotros y de nuestras comunidades, invariablemente amenazadas, a lo largo y ancho de la entera geografía planetaria, por esta hipoteca arbitraria, injusta y odiosa para nuestra dignidad y nuestra supervivencia que hemos convenido en denominar globalización capitalista.

Sobre España, Venezuela y la instrumentalización política del terrorismo (marzo 2010)

La mentira como oficio e ideología

A lo largo de los últimos seis años hemos sido testigos en España de sucesivos episodios de manipulación política y mediática del fenómeno terrorista, promovidos por el Partido Popular y sus satélites propagandísticos. Una estrategia de alto riesgo que, con el evidéntísimo fin de socavar el prestigio y la operatividad del gobierno socialista, no ha tenido reparos en poner en cuestión las instituciones del Estado y la convivencia cívica entre los españoles.

El primero de estos episodios fue la demencial e ignominiosa campaña de intoxicación informativa en torno a los atentados del 11 de marzo de 2004. Una campaña orquestada al alimón por comunicadores sensacionalistas y ultraderechistas (como Federico Jiménez Losantos, César Vidal, Gabriel Albiac o Pedro J. Ramírez) y políticos del ala más radical del PP (entre ellos los exministros Ángel Acebes o Eduardo Zaplana, sin olvidar al propio expresidente José María Aznar y su fundación FAES). A lo largo de estos seis años, y a despecho de las nítidas conclusiones de la comisión de investigación parlamentaria y de la sentencia de la Audiencia Nacional, los llamados «agujeros negros» del 11-M se han convertido en una industria tan macabra como rentable. Un repaso por el kiosco de prensa o el dial radiofónico nos permite comprobar, a medio camino entre la incredulidad y el espanto, que todavía hoy siguen estos conspiranoicos erre que erre con sus malsanos desvaríos, desmintiendo la autoría de Al Qaeda y cualquier relación de los atentados con nuestra participación en la guerra de Iraq y señalando en cambio, de forma más o menos explícita, hacia ETA, hacia las fuerzas de seguridad del Estado, hacia el Partido Socialista, hacia los servicios secretos marroquíes o hacia todos ellos a la vez.

Un segundo ejemplo de esta manipulación interesada del terrorismo se produjo durante

la última tregua de ETA. La oposición neoconservadora y sus satélites cívicos y mediáticos falsearon concienzudamente la naturaleza y la agenda de las conversaciones mantenidas entre el gobierno y la banda (celebradas con la autorización expresa del parlamento, y con la más que loable finalidad de obtener una definitiva entrega de las armas por parte de ETA), presentándolas como la rendición del Estado ante el terrorismo. Durante meses, el PP mantuvo su actitud mendaz e incendiaria en las instituciones y movilizó a sus bases más radicalizadas en sucesivas manifestaciones callejeras, en las que se menoscabó gravísimamente la verdad de los hechos y el honor de nuestras instituciones democráticas: se habló, entre otras infamias de gran calado, de un gobierno «encamado con la ETA» (sic), que «traiciona a los muertos» (sic).

No es muy distinta la metodología que el PP y su entorno mediático están empleando en la actualidad al respecto de las supuestas vinculaciones entre ETA y el gobierno de la República Bolivariana de Venezuela. No es ninguna novedad esta satanización del presidente Hugo Chávez, que la derecha española practica con insistente entusiasmo desde hace años, y que la izquierda, por desgracia tantas veces atrapada en la lógica perversa que impone la arrolladora hegemonía mediática de la derecha, solo es capaz de desmentir con la boca pequeña y miedosa. Pero no es tiempo de medias tintas ni de disculpas en voz baja, sino de aferrarse a la verdad con uñas y dientes y defenderla de quienes han hecho de la mentira un oficio y una ideología. Los atentados del 11-M fueron cometidos por una célula de Al Qaeda en represalia por nuestra participación en la guerra de Iraq. Las conversaciones entre el gobierno y ETA desafortunadamente fracasaron en sus ambiciosas expectativas, pero no por eso dejaron de ser perfectamente legales, legítimas y oportunas. Y las acusaciones de connivencia entre el gobierno venezolano y ETA son una inmundicia sin el menor fundamento material, que no hace sino reiterar la misma pauta inquisitorial de los ejemplos anteriores: terrorista, cómplice del terrorismo o amigo de los terroristas es todo aquel que no me aplaude y no se me somete. Un cedazo tramposo que, a capricho del pequeño aspirante a Metternich que

desde la presidencia de la FAES aspira a presidir el universo, se abre de par en par para dejar pasar un genocidio en Iraq, un golpe de Estado en Honduras o una mafiosidad en Italia, pero se cierra como una soga corrediza sobre el pescuezo erguido de la Venezuela bolivariana.

No soportemos ni una mentira más y a cambio tendamos la verdad al sol, a la vista de todo el vecindario. Hugo Chávez no es ningún terrorista, ni un cómplice del terrorismo, ni un amigo de los terroristas, sino un gobernante con toda la legitimidad democrática emanada de unas urnas limpias, cuyos únicos delitos son el haber roto con una larga y dolorosa tradición de sumisión de los gobiernos de su país a los Estados Unidos, el haberse enfrentado con valentía a las oligarquías locales y globales que expoliaban a su pueblo y el haber puesto la soberanía nacional y la justicia social en primer plano de su acción de gobierno. Motivos más que suficientes para que, hoy más que nunca, con orgullo y con gallardía, aun nadando contra corriente de los ríos de mierda que nuestra montaraz derecha escupe un día tras otro sobre ellos, la izquierda española reafirme sin vacilaciones su abrazo fraterno con el pueblo de Venezuela, con el movimiento popular bolivariano que encarna su ejemplar empeño de progreso y emancipación y con el gobierno y el presidente que con tan envidiable lealtad, dignidad y firmeza de espíritu les representa.

Sobre la ofensiva neocón en Estados Unidos y España (abril de 2010)

Una revolución de derechas

«Estados Unidos está preparado para una nueva revolución». Lo decía hace unos días Sarah Palin, derrotada candidata republicana a la vicepresidencia en las últimas elecciones norteamericanas y hoy musa del movimiento ultraderechista Tea Party y sus aledaños, que califican a Barack Obama de «comunista» y «amigo de los terroristas» y convocan multitudinarias movilizaciones contra la extensión de la sanidad pública, contra el desmantelamiento de Guantánamo, contra el matrimonio homosexual... ¿Le resulta todo esto familiar al lector o lectora? Comparemos las pancartas de «Obama ama a Osama» y «devolvamos a Obama a África» de los acólitos del Tea Party con las pancartas de «zETAp» y «Zapatero vete con tu abuelo» de las manifestaciones de la Asociación de Víctimas del Terrorismo; las soflamas incendiarias y las teorías conspiranoicas de Glenn Beck y la cadena Fox News con las de Federico Jiménez Losantos y la cadena Intereconomía; las elucubraciones sobre los valores occidentales y el choque de civilizaciones de la Heritage Foundation en Washington con las de sus colegas de FAES en Madrid; la cada vez más desinhibida reivindicación de la Confederación esclavista y la denigración del movimiento por los derechos civiles de parte de la derecha norteamericana con el revisionismo profranquista y la denigración de la Segunda República de parte de la derecha española... Las coincidencias en música y letra son reveladoras. Hace ya tiempo que el Partido Republicano y el Partido Popular, secuestrados por sus sectores más radicales e infectados del virus totalitario del neoconservadurismo, actúan bajo una lógica compartida: la lógica de una revolución desde la derecha y contra la democracia, tal y como hoy, con todas sus virtudes y todos sus defectos, la conocemos.

Conforme se acerca el ciclo electoral 2011-2012, va quedando progresivamente en

evidencia el firme compromiso de la derecha española con esta estrategia revolucionaria: la numantina defensa del Partido Popular ante los cincuenta mil folios de inmundicia del sumario del caso Gürtel; el procedimiento de la ultraderecha judicial contra el magistrado Baltasar Garzón por su investigación de los crímenes del franquismo; la sádica violencia policial desatada contra los manifestantes valencianos en defensa del barrio del Cabanyal; el permanente sabotaje de la gran patronal representada por la CEOE contra las políticas económicas públicas y el diálogo social; la campaña inquisitorial de la Conferencia Episcopal contra la reforma de la ley del aborto...

Y aún mayor que el terror que provoca esta derecha echada al monte es el desconsuelo que provoca una izquierda incapaz de plantarle cara. Ante la ofensiva de sus respectivos Tea Party, tanto Obama como Zapatero solo han sabido hacer una cosa: ceder terreno, descafeinar sus propuestas más reformistas en materia de medio ambiente, derechos sociales, derechos civiles u otras en favor de políticas abiertamente neoliberales y decepcionar e irritar con ello a sus electorados. El combustible de la locomotora neocón es el fracaso de la izquierda a la hora de encontrar una salida progresista a la profunda crisis económica, política y cultural que atravesamos. Mientras la izquierda no se recomponga en torno a unos valores, objetivos y prácticas compartidas, la contrarrevolución conservadora avanzará exultante e impávida en su larga marcha contra la libertad. A quienes ahora les toca mover ficha para posibilitar esta recomposición de la izquierda es a Obama, a Zapatero y a sus respectivos partidos, que son los que han optado por el pactismo y la pasividad frente a las dentelladas salvajes de las nuevas falanges del neoconservadurismo, no a la izquierda social que, de momento, es la única que está respondiendo adecuadamente a la hora de poner la voz y el cuerpo a pie de plaza —como ahora mismo está sucediendo en España con los movimientos de base por la recuperación de la memoria histórica, contra la corrupción o en defensa de la sanidad, la enseñanza y otros servicios públicos— para poner freno a la contrarrevolución neoconservadora.

Sobre crisis, especulación y democracia (mayo de 2010)

La rendición

El pasado 12 de mayo el presidente Rodríguez Zapatero presentó ante el Congreso una batería de durísimas medidas económicas de estricta obediencia neoliberal: recortes en el salario de los funcionarios, en las prestaciones sociales y la atención a la dependencia, en los fondos para la cooperación al desarrollo... Aunque fueron presentadas como medidas de respuesta ante la crisis, ninguna de ellas tendrá el menor efecto positivo sobre la economía española, retrasando la recuperación de la actividad, el consumo y el empleo, y exacerbará las tensiones sociales que están provocando el desempleo de masas y el endurecimiento de las condiciones de vida.

¿Para qué se han adoptado, entonces, estas medidas? El paquete de austeridad presupuestaria de Rodríguez Zapatero es la bandera blanca agitada por el Estado español para comunicar su rendición incondicional frente al devastador ataque de los mercados financieros internacionales contra la zona euro de las últimas semanas. Aunque este ataque ha estado tácticamente focalizado sobre los eslabones más débiles de la moneda única europea (Grecia, Irlanda, Portugal y España), responde a una estrategia de conjunto y persigue un objetivo que desborda con mucho el mero enriquecimiento especulativo inmediato: se trata de forzar un profundo giro neoliberal en la vida económica de la Unión Europea y de los Estados que la componen, exprimiendo hasta los posos la rentabilidad de una crisis que esos mismos mercados y sus paladines políticos han originado con su compulsión por la desregulación laboral, la especulación financiera, el descuajamiento de los servicios públicos...

En su discurso del 12 de mayo, tanto Rodríguez Zapatero como el portavoz socialista José Antonio Alonso hicieron mención a la patológica inestabilidad de los mercados

financieros internacionales y los ataques especulativos contra la zona euro. Pero, ¿con qué expediente de resistencia frente a sus embates puede presentarse Rodríguez Zapatero ante la ciudadanía española? En sus intervenciones ante los grandes foros económicos internacionales el presidente ha insistido en sus críticas a la especulación, pero en la práctica no ha movido un dedo para clausurar los paraísos fiscales o imponer tasas a la circulación de los capitales especulativos. Tampoco ha empleado su condición de presidente de turno de la UE para impulsar cambios en el Tratado de Lisboa (que somete la vida económica europea al arbitrio de los mercados), ni para retomar el control político del Banco Central Europeo (que sin ninguna legitimidad democrática y con total desprecio al bienestar público gobierna de forma autónoma la política monetaria de la UE en favor de las grandes corporaciones). Ha tolerado el fabuloso enriquecimiento de la banca española y los gigantes corporativos del IBEX-35 (cuyos seiscientos grandes ejecutivos han cobrado de media un millón de euros este pasado año) y no ha dejado de ceder posiciones ante las exigencias insaciables de la gran patronal representada por la CEOE de Díaz Ferrán. No ha tocado más que marginalmente la fiscalidad privilegiada de las cuentas SICAV (un testimonial 1%) en las que se atrincheran las grandes fortunas, pero sí ha subido el IVA que afecta por igual a todos ciudadanos indiferentemente de su nivel de renta. ¿A beneficio de quién se está gobernando este país, y por extensión el conjunto de la Unión Europea?

En realidad, la bandera blanca no ha dejado de agitarse casi desde el mismo arranque de esta crisis. Pero los mercados quieren más. Lo quieren todo. Bajo las cifras confusas y torrenciales de la última hora económica subyace una profunda crisis política, en la que el poder de los mercados está corroyendo hasta los cimientos las instituciones de la soberanía popular. La lucha es entre capitalismo y democracia, y es el capitalismo el que ha optado por una batalla sin treguas ni prisioneros. En la penosa y humillante rendición de Rodríguez Zapatero podemos comprobar su violenta manera de cobrarse victorias. La definitiva extinción de la soberanía popular y su suplantación por una dictadura de los

mercados ya no es una previsión del futuro, sino una evidencia del presente. La rendición se ha consumado. ¿Qué más da la política económica que presenten este o cualquier otro gobierno en su programa electoral, cuando al final la economía española se planifica en las oficinas de Standard & Poors y la redacción del *Financial Times*, y se impone mediante la extorsión financiera? ¿Qué significa votar cuando los políticos a los que votamos apenas pueden decidir nada por sí mismos y son al cabo utilizados como marionetas por los poderes económicos contra nosotros? ¿Cómo puede seriamente llamársele a esto democracia?

Sobre el ataque a la Flotilla de la Libertad (junio 2010)

Crímenes e impunidad de Israel

En la madrugada del pasado 31 de mayo, comandos del Ejército israelí asaltaron las embarcaciones que componían la llamada Flotilla de la Libertad, una misión humanitaria respaldada por numerosas organizaciones solidarias y personalidades políticas y culturales de diferentes nacionalidades que transportaba miles de toneladas de ayuda humanitaria hacia la Franja de Gaza, donde millón y medio de ciudadanos y ciudadanas palestinas sobreviven, hacinados, hambrientos y dolientes, al inflexible bloqueo y la reiterada violencia militar israelí. En el transcurso de esta acción de piratería naval contra buques civiles desarmados en aguas internacionales, la soldadesca israelí asesinó a nueve de los pasajeros e hirió a varias decenas. Las casi seiscientas personas que secundaban la Flotilla fueron después secuestradas por el Ejército de Israel, siendo muchas de ellas sometidas a vejaciones y malos tratos.

El resultado de las autopsias de los asesinados, el testimonio de los supervivientes y las pruebas audiovisuales que estos han logrado preservar del ataque y presentar a la opinión pública internacional no dejan ni el menor resquicio para la duda: el gobierno y el Ejército de Israel decidieron, planificaron y ejecutaron la matanza de forma perfectamente deliberada, conforme a un muy meditado cálculo político de costes y beneficios. Tras la operación Plomo Fundido contra Gaza entre diciembre de 2009 y enero de 2010 (mil quinientos muertos, decenas de miles de heridos, bombardeo de escuelas, hospitales, infraestructuras civiles, edificios de la ONU...), y apenas una semana antes de la toma de posesión presidencial de Barack Obama en EEUU, Israel no ha hecho sino incrementar incesantemente la tensión para cortocircuitar hasta hacer imposible cualquier reencauzamiento, por vías políticas y diplomáticas, de la explosiva situación en Oriente Medio y Próximo. ¿Por qué? Porque la israelí es una sociedad profundamente

enferma, que vive por, para y de la guerra, desde un punto de vista ideológico y cultural, pero también material: «Israel», ha escrito la investigadora canadiense Naomi Klein (*La doctrina del shock*, Paidós, 2007), «ha creado una economía que se expande como reacción directa a la escalada de la violencia», basada en la exportación de armamento y tecnología bélica, servicios de seguridad, entrenamiento militar, etc.

Exprimiendo hasta los posos una insoportable injusticia de medio siglo, Israel somete al millón y medio de habitantes de Gaza a un genocidio a cámara lenta, gemelo en forma y fondo al padecido a manos de los nazis por los judíos del gueto de Varsovia durante la Segunda Guerra Mundial. Israel desmiembra la tierra palestina con un monstruoso muro de hormigón de cientos de kilómetros que divide pueblos y campos a su antojo. Israel prosigue su política de colonización mediante asentamientos ilegales en territorio palestino. Israel lanza constantemente ataques armados contra objetivos de todo tipo, provocando un interminable goteo de bajas civiles. Israel atesora decenas o centenares de cabezas nucleares, con las que amenaza a sus países vecinos y de las que se niega a dar cuenta a las instituciones internacionales. Y ahora además Israel tirotea a quemarropa y remata en el suelo a voluntarios civiles internacionales que transportan alimentos, medicinas, juguetes y ropa. Israel es un Estado terrorista y la comunidad internacional, con muy contadas excepciones (entre las que, por desgracia, no podemos incluir a España), mira para otro lado o pone paños calientes, pero nunca soluciones valientes y justas, sobre la mesa.

El Estado de Israel representa hoy la más clara y presente amenaza contra la paz mundial. La impunidad de sus crímenes es una vergüenza para el conjunto de la humanidad. Una amenaza y una vergüenza que no deberían prolongarse ni un segundo más. No solo la supervivencia del pueblo palestino, sino la dignidad de la entera tribu humana, están en juego con ello.

Sobre las consecuencias políticas de la crisis económica (julio de 2010)

Después de la democracia

Con la pomposa retórica que le caracteriza, el presidente francés Nicolas Sarkozy propuso, en el arranque de la presente catástrofe económica mundial, una «refundación» moral y material del capitalismo. Tres años después de aquellas palabras tan melodiosas como vacías, la crisis se ha revelado como un eficaz ariete del gran capitalismo para impulsar una refundación, visiblemente a la baja en términos de legitimidad y derechos, de la práctica totalidad de las democracias occidentales.

Hace ya casi cuarenta años, a partir de la gran crisis petrolera de 1973, que el neoliberalismo viene promoviendo formas radicales de competición y enriquecimiento económico, prácticas empresariales y financieras cada vez más agresivas contra los derechos sociales de las clases trabajadoras y contra el sustento democrático de las instituciones políticas. La historia del neoliberalismo es la historia de una larga revolución del gran dinero contra la democracia. Y esta crisis amenaza con convertirse en su toma de la Bastilla, siniestra alborada de un nuevo régimen político posdemocrático, en el que, bajo los fuegos de artificio mediáticos y mercadotécnicos de una «democracia de superficie» (en expresión del pensador francés Alan Badiou), se reencarna, globalizado e hiperbólico, el arquetipo clásico de la plutocracia: el irrestricto gobierno del gran dinero.

Reclamaba Jean-Jacques Rousseau en su *Sobre el contrato social* (1762) que, para un correcto desenvolvimiento de la democracia, «ningún ciudadano sea tan opulento que pueda comprar a otro, y ninguno tan pobre que se vea forzado a venderse». ¿Cómo podría juzgarse, a la luz de este prudentísimo precepto, una (pos)democracia como la española? El sueldo medio de un alto directivo de una gran empresa en nuestro país es de

trescientos noventa mil euros, y el de un consejero ejecutivo de un millón doscientos mil. En la cúspide de nuestra «clase corporativa», los quinientos dos altos directivos de las empresas del IBEX-35 ganaron una media de setecientos mil euros, y los consejeros ejecutivos una media de dos millones setecientos mil. En el sector financiero (bancos y aseguradoras) esta cifra promedio se eleva a los cuatro millones trescientos mil, tras un aumento medio del 53% en 2008. También en 2008, Alfredo Sáenz, consejero delegado del BSCH, recibió nueve millones trescientos mil euros de sueldo y otros doce millones para su fondo de pensiones. Francisco González, presidente del BBVA, ganó cinco millones setecientos mil de sueldo, once millones doscientos mil para su pensión y tres millones trescientos mil en acciones (su fondo de pensiones acumulado ronda los ochenta millones). Ignacio Sánchez Galán, de Iberdrola, ganó dieciséis millones setecientos mil. Antonio Brufau, presidente de Repsol-YPF, seis millones setecientos mil. En el capítulo de retiros y pensiones, Manuel Pizarro recibió catorce millones al dejar la presidencia de Endesa; los presidentes cesantes de Enagás y Acerinox recibieron respectivamente cuatro millones setecientos mil y cinco millones novecientos mil; José Ignacio Goirigolzarri, exconsejero delegado de BBVA, tres millones anuales con carácter vitalicio; el fondo de pensiones acumulado por Alfredo Sáenz, consejero delegado del BSCH, ronda los ochenta y cinco millones.

Mientras tanto, el paro afecta a más de cuatro millones de personas (la mitad de ellos, desempleados de larga duración); casi un 60% de la masa laboral española (más de diez millones de trabajadores y trabajadoras) cobra menos de mil euros al mes y la pensión media en España no llega a novecientos euros (menos de setecientos en comunidades como Extremadura o Galicia). Y es sobre ellos que recae el peso de medidas como el abaratamiento del despido, la subida del IVA o la privatización y encarecimiento de los servicios públicos. Con su trabajo, cada vez más precario y peor pagado, nutren las cuentas millonarias de ejecutivos y consejeros, y con sus impuestos rellenan los agujeros de las sucesivas aventuras especulativas del gran capitalismo. ¿Tiene algún sentido, en

estas condiciones, hablar de democracia política, de soberanía popular, de instituciones representativas, de igualdad de oportunidades, de igualdad ante la ley?

Perfectamente inadvertida bajo el oportuno estruendo de las vuvuzelas sudafricanas, la revolución neoliberal del gran dinero prosigue su larga y victoriosa marcha contra la democracia. Arrasada por la implacable codicia plutocrática, del ágora democrática no quedarán, al cabo de esta crisis, ni unas tristes ruinas que contemplar con añoranza.

Sobre la huelga general del 29-S (agosto de 2010)

La huelga

Han sido necesarios dos años y medio de decisiones económicas cada vez más agresivamente neoliberales del gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero (ayudas a la banca, subida del IVA, abaratamiento del despido, etc.) para que los dos grandes sindicatos españoles se hayan decidido a convocar, para el próximo día 29 de septiembre, una jornada de huelga general. Una movilización largamente reclamada desde el sindicalismo alternativo, los partidos a la izquierda del PSOE y los movimientos sociales, pero que los dirigentes de UGT y CCOO han retrasado tenazmente durante meses hasta que la presión de sus bases no les ha dejado otra salida que convocarla o afrontar graves crisis internas en sus propias organizaciones, además de un cada vez más profundo y generalizado descrédito social.

Es evidentemente falso que, como vociferan con su habitual retórica demente y grotesca la derecha española y sus satélites mediáticos, las políticas económicas de los gobiernos de Rodríguez Zapatero hayan provocado esta crisis. Dicho esto, sí es por desgracia cierto que los sucesivos gabinetes socialistas desde 2004 no hicieron absolutamente nada para prevenir una crisis perfectamente previsible (y de hecho prevista desde hace años por muchos y prestigiosos economistas ajenos al dogma neoliberal), que durante meses negaron tercamente su implosión y sus devastadores efectos sobre la economía española (sin más motivo que el más burdo electoralismo) y que, una vez reconocidas su existencia y su magnitud, han reaccionado traicionando su ideario y su programa electoral socialdemócratas, apegándose como una sombra al recetario neoliberal más burdo y nefasto (adelgazamiento del Estado de Bienestar, desregulación del mercado laboral, mitigación de la progresividad fiscal, etc.) y mostrando una humillante bandera blanca ante la acción concertada de la banca, los fondos especulativos, las agencias de

calificación, la prensa financiera y el resto de carroñeros del gran capitalismo globalizado (que son quienes, en la práctica, llevan meses dictando la política económica de este país con la autoridad propia de un potencia militar ocupante).

La única excusa que, entre avergonzados y vergonzantes, repiten los dirigentes socialistas con Rodríguez Zapatero a la cabeza es que no hay otra alternativa (que tan tristemente recuerda a aquel «there is no alternative» que hiciera popular la ultraconservadora y ultraneoliberal británica Margaret Thatcher). Pero esa excusa es falsa. En España, como en Grecia y Portugal —los tres países europeos más duramente golpeados por la crisis y la especulación—, los gobiernos socialdemócratas podrían haber buscado y forjado un gran pacto con las fuerzas políticas a su izquierda, los sindicatos y los movimientos sociales en defensa de los derechos adquiridos de sus clases trabajadoras, de su justicia fiscal, de su Estado del Bienestar y de su soberanía económica. No lo han hecho, prefiriendo gobernar de la mano de los mercados financieros y la clase corporativa y de espaldas a sus ciudadanos y votantes.

Por todos estos motivos, la huelga general del 29 de septiembre está más que justificada. Su éxito es una necesidad imperiosa para confrontar la especulación y la rapiña neoliberal que destrozan el empleo, el bienestar y la solidaridad, y para reivindicar el valor de nuestro voto, de la soberanía popular y la dignidad e integridad de sus instituciones frente al despotismo arrogante de los mercados. Será una jornada de ejercicio militante de la ciudadanía y de exuberante celebración de la democracia, en la que, además del paro laboral, tendrán lugar asambleas ciudadanas, huelgas de consumo, acciones de desobediencia civil, piquetes, manifestaciones y otras muchas formas de movilización colectiva. Con ellas recuperará por fin su voz esta sociedad que tanto tiempo ha permanecido ya silenciosamente sometida a la dictadura sombría de los números.

«Somos personas, no mercancías», reivindicaban hace ya más de una década los

manifestantes contra la Organización Mundial del Comercio en Seattle. Es hora de poner otra vez de actualidad este mensaje, estampándolo mediante una enérgica y dolorosa bofetada en las opulentas y bastardas mejillas del dios Mercado. Ya basta de CEOE y de precariedad laboral. Ya basta de IBEX-35 y de paraísos fiscales. Ya basta de Standard & Poor y de especulación financiera. Ya basta de Banco Central Europeo y de indefensión de la democracia ante los mercados. Ya basta de *Financial Times* y de monopolio neoliberal de la información. Ya hemos tenido demasiado de todo eso. Es tiempo de arrancar la mala hierba y sembrar otra cosa. La cita es el 29 de septiembre. Conciudadanos, conciudadanas: nos vemos en las calles, nos vemos en la huelga.

Sobre poder financiero y soberanía democrática (septiembre de 2010)

Ceremonia de vasallaje

Pocas imágenes tan expresivas del sombrío pasaje histórico que atravesamos como las publicadas hace pocos días para dejar constancia del encuentro mantenido en Nueva York por el presidente José Luis Rodríguez Zapatero con una selecta representación del poder financiero global. Entre los invitados a la reunión, celebrada en la residencia del embajador español ante la ONU, directivos del más alto rango de Citigroup, Morgan Stanley, Goldman Sachs, Soros y otras grandes firmas de Wall Street, hasta la malhadada cifra de trece.

Durante la pasada primavera, la economía española fue objeto de un ataque concertado por algunos de los actores más poderosos del mercado financiero global, en el marco de una ofensiva más amplia contra la moneda europea que afectó sucesivamente a Grecia, España, Portugal e Irlanda (operación minuciosamente planificada, cuyos términos fueron establecidos en una reunión de la que el *Wall Street Journal* precisó incluso fecha y escenario: el 8 de febrero de 2010, en el número 767 de la Tercera Avenida neoyorquina, sede de una filial de Goldman Sachs). La estrategia de cerco de los especuladores y sus aliados contra España fue implacable. Las agencias de calificación de riesgos (un sector monopolizado por tres grandes firmas, Standard & Poor, Fitch y Moody's, que evalúan, de modo supuestamente independiente, objetivo y veraz, la situación económica) comenzaron a rebajar su valoración de la fiabilidad y rentabilidad de nuestra economía en general y nuestra deuda pública en particular. Grandes medios de comunicación económica (como el *Financial Times* o el *Wall Street Journal*, que guían el comportamiento de millones de pequeños y grandes inversores de todo el mundo) publicaron análisis y reportajes estremecedoramente sombríos sobre la situación económica española y las políticas económicas del gobierno socialista, mensajes que se repitieron luego en los

informes de grandes instituciones económicas internacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Central Europeo. Una vez escuchado el trompetín de cacería, los grandes fondos especulativos se lanzaron a apostar a la baja por la deuda pública española. En menos de un mes, el coste para España de financiar su deuda pública pasaba del 0'9% al 1'6%: en un momento de fuerte bajamar de las arcas públicas y asfixiado por el coste de las medidas anticrisis, el Estado español vio severamente afectada su capacidad para financiar sus inversiones y gastos captando crédito en el mercado internacional. Como efecto colateral, los principales valores de la Bolsa española sufrieron una dura depreciación.

En aquel momento, Rodríguez Zapatero lanzó duras críticas contra los tiburones del mercado financiero y anunció su disposición a impulsar regulaciones internacionales más severas frente a las actividades especulativas. El ministro de Fomento, José Blanco, declaró que «nada de lo que está ocurriendo, incluidos los editoriales de periódicos extranjeros, es casual o inocente». Incluso se anunció que el Centro Nacional de Inteligencia (al igual que los servicios secretos griegos) había iniciado una investigación para esclarecer los ángulos más oscuros de la operación. Apenas medio año después, de tal investigación nada más se supo, todas aquellas hipotéticas regulaciones han quedado en buenas intenciones y papel mojado y Rodríguez Zapatero comparte apaciblemente mesa y mantel con los mismos tiburones que atraparón a España entre sus fauces. ¿Qué ha sucedido entre una escena y la otra? Recorte salarial de los trabajadores de la función pública. Reforma laboral de una dureza sin precedentes en nuestra historia democrática. Congelación de los fondos destinados a la ley de dependencia y la ayuda internacional al desarrollo. Anuncio de una inminente reforma del sistema de pensiones. En conjunto, y siguiendo el guion ya ensayado con éxito contra Grecia, la rendición incondicional del gobierno español ante los especuladores, el secuestro de nuestra soberanía económica y la imposición a nuestro gobierno electo y nuestras instituciones democráticas de un programa económico neoliberal directamente dictado desde la esfera financiera

internacional.

Mientras Rodríguez Zapatero se sometía en Nueva York a esta humillante ceremonia de vasallaje ante los nuevos amos del mundo, una jornada de huelga general se fraguaba en España, convocada por los sindicatos mayoritarios CCOO y UGT y apoyada, de modo más o menos crítico, por el conjunto de la izquierda sindical (CGT, CNT, etc.), política (Izquierda Unida, Izquierda Anticapitalista, etc.) y social (Ecologistas en Acción, ATTAC, etc.) del país. Pero en Nueva York, el presidente aseguró a los depredadores financieros que, fuera cual fuera el seguimiento de la huelga, los planes de ajuste estructural seguirían adelante. La voz de millones de trabajadores y trabajadoras, ciudadanos y ciudadanas de este país, quedaba así depreciada por debajo de los susurros amenazantes de un puñado de hienas de cuello blanco. «El predominio otorgado a los mercados financieros es una amenaza para el futuro de las democracias y el Estado de Bienestar en los países de la eurozona», ha escrito Juan Hernández Viguera. Una amenaza ya consumada, de la que esta penosa fotografía de Rodríguez Zapatero en Nueva York es un sangrante recordatorio, además de una urgente llamada a la acción.

Sobre la iniciativa Rumbo a Gaza (octubre de 2010)

Viento en las velas

«Veintitrés españoles han muerto en las carreteras en el último fin de semana». Con esta aterradora sangre fría minimizaba Rafael Schutz, embajador de Israel en España, el asalto a la Flotilla de la Libertad ocurrido el pasado 31 de mayo en aguas internacionales, con el balance de nueve ciudadanos turcos asesinados y casi setecientos ciudadanos de treinta y dos nacionalidades diferentes secuestrados y vejados durante días por el Estado de Israel. Las autopsias de Cengiz Akyüz, İbrahim Bilgen, Ali Haydar Bengi, Furkan Doğan, Cevdet Kiliçlar, Cengiz Songür, Çetin Topçuoğlu, Fahri Yaldiz y Necdet Yildirim demostraron, corroborando el testimonio de sus compañeros supervivientes a la matanza, que sus muertes tuvieron muy poco de accidental: víctimas de una treintena de disparos con armamento de guerra de grueso calibre, efectuados desde arriba o por la espalda, y rematados con tiros a quemarropa en la cabeza y el rostro. Nueve ejecuciones sumarias, en resumen.

No hubiera sido fácil hacer pasar por trágico error un acto de piratería naval de tales dimensiones, culminado con semejante orgía de sangre. Israel apenas lo intentó, prefiriendo justificar su acción injuriando a quienes había asesinado, acusándoles de portar y emplear armas blancas y de fuego, de mantener vínculos con grupos terroristas, etc. Había en el vientre de los buques de la Flotilla medicinas, ortopedias, material escolar o herramientas agrarias y de construcción, destinadas a la población civil del gigantesco campo de concentración y exterminio que es hoy la Franja de Gaza, pero no armas para repeler el asalto de los comandos israelíes. Tampoco aportó Israel ni una sola evidencia de que entre los centenares de voluntarios de la Flotilla hubiese un solo activista de alguna organización que emplee medios violentos. Aunque todavía hoy Israel sigue llamando «amigos de los terroristas» a sus víctimas, la verdad es otra y terrible: Israel

asesinó a sangre fría a nueve cooperantes desarmados. Lo que para el Ejército israelí solo supone una novedad cuantitativa, tras haber asesinado con no menor ensañamiento a otros voluntarios pacifistas como la norteamericana Rachel Corrie o el británico Tom Hurndall.

Hasta para un mundo ya tristemente acostumbrado a las periódicas barbaries de las escuadras israelíes, esta criminal desfachatez resultó desconcertante. ¿Qué pretendía Israel encarándose con semejante altivez al mundo entero? ¿Atemorizar al activo movimiento global solidario con la causa palestina por el atrevimiento de intentar romper con esta flotilla humanitaria el criminal asedio de la Franja de Gaza? ¿Castigar a Turquía por haber protagonizado junto a Brasil un nuevo esfuerzo de acercamiento diplomático a Irán, cuando lo que la extrema derecha israelí quiere es una nueva guerra cuanto antes? ¿Advertir a Barack Obama que Israel no está dispuesto a ceder ni un gramo de la absoluta impunidad de que disfrutó mientras George W. Bush ocupaba la Casa Blanca? ¿Todo ello a la vez? La periodista Olga Rodríguez explicaba que «Israel ha valorado esta actuación y quizás ha visto en ella mas pros que contras», lo que dibuja un tenebroso retrato de cómo piensan y actúan quienes hoy gobiernan el Estado de Israel y también de cómo es la comunidad internacional que, después de un poco de inofensivo ruido diplomático, se lo permite.

El asalto a la Flotilla de la Libertad no fue un crimen pequeño, pero su llamarada de brutalidad palidece sobre el telón de fondo del genocidio a cámara lenta que padece el pueblo palestino. La Franja de Gaza sigue sitiada con millón y medio de seres humanos dentro, sin apenas agua potable, luz eléctrica, gasolina, medicinas o alimentos, y periódicamente masacrados por incursiones israelíes. Los asentamientos israelíes en tierra palestina ocupada siguen expandiéndose. Los palestinos siguen viendo demolidas sus casas y arrasados sus campos. El monstruoso Muro de la Vergüenza sigue en pie. Israel sigue cometiendo asesinatos selectivos en Palestina como en cualquier otro lugar del

mundo en que se le antoje. El arsenal nuclear israelí sigue fuera de toda supervisión internacional. Las declaraciones de condena se amontonan y las reuniones de alto nivel se suceden, sin la menor eficacia y despertando cada vez más frustración y desesperanza.

Con la Flotilla de la Libertad, la sociedad civil global, hastiada de tanta hipocresía y tanta parsimonia, tomó de nuevo la palabra ante la tragedia palestina. Y no parece que las balas israelíes hayan conseguido enmudecerla. Desde el sangriento asalto al *Mavi Marmara*, se suceden los planes para nuevas flotillas, tripuladas por ciudadanos europeos y árabes, norteamericanos e israelíes, que buscan abrir brecha en el asedio de Gaza transportando ayuda humanitaria y movilizándolo a la sociedad civil global. Durante este mes de octubre se celebrarán en todo el Estado español actividades de presentación de Rumbo a Gaza, una campaña que pretende llevar dos buques, doscientos voluntarios y dos mil toneladas de ayuda humanitaria desde España hasta Gaza la próxima primavera. Cientos de ciudadanos y ciudadanas y decenas de organizaciones sociales, sindicales y políticas ya han expresado su adhesión a esta ejemplar iniciativa de solidaridad internacionalista. Este respaldo decidido y masivo de la ciudadanía será el mejor blindaje para proteger sus cuerpos y sus buques de las balas israelíes, y el mejor viento para empujar sus velas hacia los puertos de la Franja de Gaza.

Sobre crisis y democracia en Europa (diciembre 2010)

2011, ¿una intifada europea contra la dominación neoliberal?

En 2008, el mercado hipotecario estadounidense implosionó bajo el lastre de gigantescas deudas impagables, desencadenando una fulminante quiebra del sistema financiero internacional. En 2009, la onda expansiva de la crisis rebasó los límites del sistema financiero para contagiarse al conjunto del sistema económico, provocando ingentes destrozos en términos de consumo, productividad y empleo de una punta a la otra del planeta. Y 2010 ha sido el año de la crisis política. El año del estrepitoso fracaso de la acción política multilateral para contener la propagación de la catástrofe y del completo doblegamiento de los Estados ante el envite de unos mercados financieros que han pasado de ser amenazados con la implementación de una fuerte regulación sobre sus actividades especulativas a imponer a los poderes públicos unas políticas económicas renovadamente agresivas en su propio provecho, forzando el desmantelamiento de servicios públicos para abrir nuevos yacimientos de negocio a costa de derechos sociales de cobertura universal garantizada (pensiones, educación, sanidad, etc.) y la redefinición de las relaciones entre capital y trabajo en dirección a un salvaje incremento en las tasas de explotación laboral.

Esta crisis ha venido a poner patas arriba el mapa de mundo. Muchos países de América Latina, víctimas tradicionales del intervencionismo económico y el chantaje de la deuda, consiguen ahora mantener tasas altas de crecimiento, generar empleo, enfrentar las desigualdades sociales y asentar la estabilidad institucional gracias a sus gobiernos diversa pero decididamente progresistas (Lula da Silva en Brasil, Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia o Néstor Kirchner y Cristina Fernández en Argentina, entre otros) y sobre todo gracias a sus sociedades civiles activas y concienciadas, capaces de mantener una presión firme y continuada sobre sus representantes y plantar cara en las urnas y en

las calles a las oligarquías neoliberales. Al mismo tiempo, los gobiernos europeos se arrodillan suplicantes ante los mercados capitalistas, aplicando salvajes medidas de austeridad contra los más débiles (estudiantes, trabajadores, pensionistas o inmigrantes), legislando al férreo e impasible dictado de los gánsteres de cuello blanco del Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo y las patronales empresariales y bancarias, y abriendo generosamente a sus manos ansiosas la caja del dinero público, en un proceso de degradación económica y política que el economista Bernard Conte ha descrito como la «tercermundialización» de Europa («la tendencia hacia una estructura social con algunos muy ricos y muchos pobres, sin clase media») y el jurista José A. Estévez Araújo como la «latinoamericanización» de Europa («un conjunto de países abrumados por sus deudas, sometidos a los dictados del Fondo Monetario Internacional y obligados a seguir las directrices neoliberales, que se estarían plasmando en los planes de ajuste que se han implantado o están implantando en países como Grecia, España, Portugal, Irlanda o Letonia y que se ciernen sobre Francia o Italia»).

En el capítulo de responsabilidades ante esta situación catastrófica queda muy poco que añadir a lo ya dicho sobre la depravada codicia de los mercados capitalistas y la clase corporativa que los dirige y sobre la vergonzosa relación de cómplice servidumbre que les ofrenda el grueso de los partidos políticos y medios de comunicación de masas. No se trata de ninguna novedad histórica que hayamos descubierto en el otoño de 2008, habida cuenta de la historia criminal del neoliberalismo en su larga marcha de treinta años a la conquista del poder absoluto, jalonada de cruentas victorias a golpe de fusil y talonario desde el Santiago de Chile de septiembre de 1973 al Bagdad de marzo de 2003: la única novedad significativa es que la severa doctrina de choque neoliberal, como tan acertadamente la definiese la investigadora Naomi Klein, consuetudinariamente aplicada sobre los habitantes empobrecidos de la periferia, se cierne ahora sobre los acomodados habitantes del centro, privilegiados beneficiarios del gran pacto social posterior a la Segunda Guerra Mundial que mediante importantes concesiones de las élites del capital a

las fuerzas del trabajo en materia de libertades civiles, derechos laborales o servicios públicos consolidó una asentada paz social de treinta años en el corazón del sistema-mundo capitalista.

Pero sí cabe preguntarse, cada día con más apremio y estupor, ¿qué hay de las víctimas de este gigantesco latrocinio? ¿Cómo explicar la prolongada, mayoritaria y aparentemente inmovible apatía de amplias capas de la población europea ante la devastación de sus condiciones materiales de vida y el descrédito de sus instituciones políticas democráticas? En España, quizás el caso más extremo en Europa de esta aplastante apatía, cientos de miles de ciudadanos perdieron abruptamente su último ingreso y quedaron expuestos a la plena exclusión social con la supresión del subsidio extraordinario para desempleados de larga duración, decisión gubernamental anunciada a principios de este mes de diciembre sin que se alterase ni por un instante el centelleante espejismo de normalidad que componen el consumo de masas, las tertulias televisivas de crónica rosa, los eventos futbolísticos y las celebraciones religiosas. La izquierda europea se interroga pasmada ante este mórbido estancamiento de la iniciativa ciudadana ante su propia depauperización económica y sojuzgamiento político: «Ingenuos, pensamos que la crisis sería el abreojos, la oportunidad para acabar con el encantamiento», escribe el pensador, activista y paisano nuestro Manuel Cañada, «y sin embargo se adensó la ceguera y el miedo. Los que mandan han comprobado que enfrente apenas hay nada». Y la izquierda europea debería contestarse asumiendo y enfrentando que a la crisis del capitalismo ella responde con su propia y no menos profunda crisis, y que es no tanto el empuje de sus adversarios como su propia debilidad, fragilidad y dispersión lo que está haciendo posible que de esta crisis esté emergiendo no una alternativa progresista frente al neoliberalismo, sino una reforzada y endurecida hegemonía neoliberal. La abismal apatía española no sirve, afortunadamente, para retratar al conjunto de la sociedad civil y la clase trabajadora europea, pero tampoco en Grecia, Francia, Italia o el Reino Unido, donde la respuesta en la calle ha alcanzado picos de notable intensidad, la izquierda ha conseguido embridar la

deriva de políticas de austeridad y recortes sociales, ni mucho menos imponer un rumbo alternativo hacia un proyecto social y económico propio. ¿Por qué?

La mayor parte de las principales organizaciones de la izquierda europea permanece anclada en posiciones que, si alguna vez fueron válidas en tiempos mejores de abundancia material y estabilidad institucional, ya no lo son, y difícilmente volverán a serlo en un futuro cercano. La clase dominante y beneficiaria de la nueva normalidad que inaugura esta crisis mantiene una falta de compromiso con la democracia equiparable a aquella de la que hicieron gala Augusto Pinochet y sus comilitones derrocando al gobierno chileno de unidad popular y base trabajadora de Salvador Allende en 1973, y si no ha expresado todavía esa falta de compromiso en forma tan desmedida e indiscriminadamente violenta como aquella es porque la correlación de fuerzas sobre el territorio europeo aún no se lo ha hecho imprescindible. Solo así, gracias a un gravoso tributo de espaldas anchas y rodillas hincadas en tierra, las masas trabajadoras europeas se libran, al menos de momento, de la mano dura que las élites reservan para molestas e indefensas minorías como los gitanos rumanos deportados masiva e ilegalmente por Sarkozy o Berlusconi (un luminoso ejemplo de cómo políticas medular e inequívocamente fascistas se infiltran en esta nueva normalidad posdemocrática). ¿Puede la izquierda seguir pensando en mantener un diálogo racional e institucionalizado con una clase capitalista dominante que considera que ya no tiene nada que dialogar con las fuerzas del trabajo y que ha desertado de toda institucionalidad de base democrática para elevar sus propias instituciones de carácter no democrático (el Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo, etc.) a la cúspide del sistema político por encima de gobiernos, parlamentos y constituciones? ¿«Basta la democracia para oponerse a la violencia del capital», como se pregunta Franco Berardi, cuando nuestras democracias ya agonizan y cuando ignorar su agonía no equivale a defenderlas, sino a resignarse a dejarse matar, postrados e inermes al lado de su cadáver? El completo fracaso de los líderes del ala más sensata y pactista del neoliberalismo (Barack Obama en

EEUU, José Luis Rodríguez Zapatero en España o José Sócrates en Portugal) pone en evidencia hasta para sus más sinceros y bienintencionados defensores la inutilidad de las estrategias de conciliación, y la traición de la socialdemocracia ya no es un reproche de la izquierda revolucionaria sino la amarga autocrítica de quienes, como Paolo Flores D'Arcais, han sido durante decenios pilares morales e intelectuales del centroizquierda europeo.

Sin embargo, todavía buena parte de la izquierda, empezando por las grandes organizaciones agrupadas en la Confederación Europea de Sindicatos —la mayor entidad de la izquierda europea por afiliación e implantación territorial, y a día de hoy todavía un agente indispensable para poner en pie cualquier movilización significativa de alcance continental—, entre ellas UGT y CCOO, sigue sin reconocer esa avanzada agonía democrática, convocando pálidas manifestaciones y disciplinados paros laborales absolutamente inofensivos para forzar rondas negociadoras absolutamente ineficaces frente a gobiernos que casi nada pueden ya negociar porque casi nada pueden ya decidir. Sin duda hay que aplaudir la acción radical y ejemplar de los estudiantes italianos y británicos, de los petroquímicos franceses o de los conductores de metro madrileños. Pero solo el salto de las grandes mayorías sociales y de sus organizaciones representativas a una dinámica abierta y decididamente insurreccional puede forzar un nuevo reparto de cartas en el titánico conflicto de clases que se pretende encubrir bajo el espeso manto de cifras de esta crisis. No solo existe una perentoria necesidad estratégica sino también una plena legitimidad moral e incluso jurídica de caminar hacia una movilización de carácter destituyente: muchas de las políticas de ajuste y recortes de prestaciones sociales que se están aplicando en Europa son abiertamente contrarias a los Derechos Humanos legalmente reconocidos en constituciones y tratados internacionales de obligado cumplimiento: la desobediencia y la sedición no son delitos sino obligaciones cívicas ante instituciones y gobiernos que contravienen sus propios principios fundacionales en beneficio de una minoría privilegiada que ha desertado de todo compromiso con la

democracia y con sus conciudadanos, convirtiéndose de facto en instituciones ilegítimas y gobiernos de ocupación del propio territorio. No se trata, pues, de lanzar una insurrección, sino de defenderse con los medios proporcionales a una opresión tiránica.

En 1987, el pueblo palestino lanzó su Primera Intifada contra el ocupante israelí en defensa de su soberanía y su misma supervivencia. La intervención de los mercados financieros internacionales en Europa no es, por ahora, tan sanguinaria como la intervención israelí en Palestina, pero no resulta por ello más legítima ni aceptable. Y 2011 será el año decisivo en el que la sociedad civil y la clase trabajadora europeas deberán lanzar su Primera Intifada contra la dominación neoliberal, o bien aceptar uncirse como bueyes mansos al yugo de una completa y omnímoda dictadura de los mercados. ¿Cómo habrá de discurrir este movimiento, mediante qué estrategias de organización y acción colectiva? ¿Bastará con revitalizar nuestros partidos, sindicatos y movimientos tradicionales, o habrá que inventar otros completamente nuevos? ¿Qué papel jugarán la huelga, la acción directa, la representación institucional u otras formas de intervención política aún por diseñar y practicar? Éstas son preguntas abiertas a las que millones de europeos deberán responder en el día a día de una lucha que bien podría ocupar los empeños de toda una generación. No será como en la Inglaterra de 1642, ni como en la Francia de 1789, ni como en la Rusia de 1917, porque la historia nunca se repite de forma idéntica a sí misma por muchas analogías parciales que podamos encontrar entre aquéllas y las presentes circunstancias históricas. En 2011, Europa deberá encontrar su propio y distinto camino para preservar sus libertades o resignarse a perderlas. Este y no otro es el enorme desafío que se presenta ante nosotros, y ojalá que los europeos y europeas comprometidos con la democracia encontremos a tiempo el valor, el tesón y la inteligencia para darle respuesta adecuada.

Sobre medios de comunicación y democracia (enero de 2011)

Fantasmas en el aire

«En el mundo realmente invertido lo verdadero es un momento de lo falso», reza uno de los aforismos más conocidos de *La sociedad del espectáculo*, libro visionario publicado por Guy Debord en 1967 que pone en primer plano el efecto aplanador de la comunicación de masas sobre las mentalidades individuales y colectivas en el mundo capitalista y que fue ampliamente leído y debatido entre los jóvenes rebeldes de la primavera de 1968. Escritor excelentemente dotado, Debord se expresa de un modo a la vez sencillo y críptico, contenido y demoledor: «El espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizada por imágenes. El espectáculo es el capital en un grado tal de acumulación que se transforma en imagen».

Debord fue duramente criticado por su pesimismo, pero hoy hasta sus peores predicciones parecen superadas por los acontecimientos. La llamada prensa del corazón, prensa rosa o de crónica social aporta, junto con las retransmisiones deportivas, el grueso de las audiencias y los beneficios del sistema televisual español. Se trata de una gigantesca industria que no solo transmite chismorreos sobre personajes de mayor o menor notoriedad pública y ofrece con ello una vía de escape rápida e inocente respecto de una realidad agobiante. También nutre de temáticas, valores y patrones de conducta a sus espectadores, dando formato a una cultura colectiva de plena irresponsabilidad cívica, en la que las consideraciones políticas o sociales están completamente ausentes o son tratadas con la más malsana frivolidad (en un país como España, recordémoslo una vez más, con un 20% de la población por debajo del umbral de la pobreza, cuatro millones y medio de desempleados, cientos de miles de personas acudiendo a los bancos de alimentos y miles de familias desahuciadas de sus viviendas, esto es, en un país en plena crisis social y a un paso de la nuda emergencia humanitaria).

Por poner solo un ejemplo entre los muchos posibles, la revista *Vanitatis*, un conocido digital rosa, dedica últimamente su atención a asuntos tales como «El Cairo, espejismo fascinante», «Las cenas de Nochevieja más exclusivas» o «*Lifting* de hilos mágicos, lo último». ¿Para quién El Cairo, las cenas exclusivas y los hilos mágicos? ¿Para los desempleados de larga duración que han perdido incluso la última ayuda pública de cuatrocientos veinte euros durante seis meses? ¿Para los jubilados perceptores de miserables pensiones no contributivas que hacen de la tercera edad española una de las más empobrecidas de la zona euro? ¿Para los estudiantes endeudados para costearse carísimos másteres y postgrados imprescindibles para acceder al mercado laboral? Y sin embargo el truco funciona, y muchos millones de espectadores (no pocos, víctimas ellos mismos en primera persona de la precariedad, el desempleo y la exclusión) permanecen diariamente hipnotizados durante horas ante la pantalla, donde una extensa recua de personajes de vida ociosa (en realidad, roles ficticios diseñados por hábiles guionistas, publicistas y psicólogos de las cadenas y productoras, encarnados por ambiciosos y dúctiles aspirantes a vividores) se echan en cara turbios asuntos privados y hacen ostentación de lujos y relaciones sociales en tertulias de una abrumadora pobreza conceptual y expresiva, saturadas de histrionismo y chabacanería y plagadas de tópicos sexistas, clasistas y racistas.

¿Mera inercia comercial de ofertas y demandas («la televisión programa lo que el público demanda») o calculada estrategia de distracción, contención y convencimiento, orquestada desde las mismas élites empresariales que gestionan con una mano el capital financiero y con la otra la parrilla televisiva, como ha documentado exhaustivamente la investigadora Nuria Almirón en sus estudios sobre la estructura de propiedad de los principales grupos de comunicación españoles, europeos y latinoamericanos? No hay lugar a estas alturas del serial para interpretaciones ingenuas: los medios son un negocio cuya importancia va mucho más allá de su beneficio contable. Los grupos de comunicación son para las grandes corporaciones «atalayas de poder», como las define

Almirón, desde las que vigilar y adoctrinar a la ciudadanía. En primer lugar, soslayando sistemáticamente sus propias responsabilidades en esta crisis que atravesamos y enterrando sus verdades incómodas bajo una gigantesca y hedionda escombrera de banalidades. Mostrando obsesivamente unos pocos rostros seleccionados (el «famoseo») para ocultar los muchos millones de rostros de las víctimas del desempleo y la exclusión y también los pocos centenares de rostros de los timoneles y beneficiarios de tamaño descalabro económico y político. Ni siquiera un medio tan moderado en forma y fondo como CNN+ se salva de la quema, en prueba del afán obsesivo de los dueños del mercado televisual por evitar cualquier referencia a la realidad que pudiera interferir en el encantamiento continuo de la distracción rosa.

Del estrato más repulsivo y zafio de este mercado emergen personajes alucinantes como la «princesa del pueblo» Belén Esteban. Armada de una retórica encendida de madre y esposa ultrajada, postulando abiertamente la incultura como forma exitosa y respetable de vida, dice Josep Ramoneda sobre su omnipresencia mediática: «no se trata de dar la voz a las clases populares, sino de enardecerlas para que sigan calladas, para que cedan su palabra al agitador que promete representarlas» («La construcción cultural del fascismo», *El País*, 17/11/2010). Llenando el espacio vacío de representación que deja una esfera política completamente desacreditada, valores tóxicos y personalidades banales del mundo rosa a la vez desaguan y taponan a un ritmo controlado los profundos y potencialmente subversivos malestares sociales propios de un tiempo de crisis.

«A medida que la necesidad es soñada socialmente», dice Debord, «el sueño se hace necesario. El espectáculo es el guardián de este sueño». Un guardián que ya no toma la forma del torvo matón de la agencia Pinkerton que reprime al obrero a la puerta de la fábrica con revolver y puño americano, sino del simpático y adulator parlanchín que acaricia las mentes de sus espectadores, cansadas y doloridas por el estrés de una convivencia social agriada por la explotación, la precariedad y la desigualdad, con una

animada y consoladora reinterpretación del mundo basada en los valores del hiperconsumismo y la trivialidad militantes. Ninguna noticia es suficientemente seria, ninguna matanza suficientemente sangrienta, ninguna crisis suficientemente profunda, como para interrumpir la verborrea polifónica de los incontables avatares de este mismo personaje, puestos en circulación por la industria para mantener el *show* en marcha y generosamente remunerados por sus útiles servicios: Jorge Javier Vázquez cobra millón y medio de euros anuales; Jesús Vázquez, tres millones; Ana Rosa Quintana, cuatro millones. Mercenarios de lujo, contratados no para aporrear a un puñado de obreros a la puerta de una fábrica sino para adormecer a millones en sus propias casas, poniendo rostro al impresionante poderío económico y tecnológico de los medios comerciales. Como advirtió Debord: puro capital transfigurado en imágenes.

La disidencia informativa frente a este espectáculo teledirigido será en los tiempos por venir prerequisite indispensable de cualquier modelo inteligente de insurrección democrática. Otra comunicación social, libre de ataduras corporativas, es ya una realidad en construcción, y así lo demuestran medios digitales como *Rebelión*, *Kaosenlared* o *Periodismo Humano*, publicaciones híbridas *on-line*/papel como *Diagonal* o *Transversales*, editoriales independientes como *Traficantes de Sueños*, televisiones digitales como *Tele K...* Difundir estas alternativas para la información y el debate, nutrirse de ellas y promover otras nuevas, a la vez que boicotear activamente los medios de comunicación de matriz y obediencia corporativa, tiene que ser un objetivo tan prioritario para las izquierdas como convocar manifestaciones, levantar huelgas o ganar elecciones.

Todos podemos participar de esta toma de la Bastilla informativa: en manos de un puñado de buenos ciudadanos justamente indignados, un *blog* o red social, una cámara de vídeo y una fotocopidora pueden convertirse en la peor pesadilla de un gobierno autoritario o una empresa explotadora: todo déspota grande o pequeño necesita y merece su Wikileaks. La dictadura de los mercados se cimenta sobre la gigantesca fantasmagoría

mediática de mentiras y medias verdades. Conjurar esos fantasmas en el aire, y rescatar las realidades que enmascaran, socava los fundamentos del poder despótico y abre espacios decisivos para un ejercicio más veraz de nuestro derecho a saber, discutir y decidir sobre lo que nos concierne: aquel nobilísimo ejercicio de libertad en común que fuera una vez denominado democracia.

Sobre la crisis capitalista como trama criminal (febrero de 2011)

El método Freamon

Es tras la gran crisis económica de 1929 que la tradicional novela de enigma y misterio se metamorfosea en la moderna novela negra, escenario como antes para personajes y tramas apasionantes, pero ahora también vehículo para la práctica de la más afilada crítica social. En la obra de pioneros como Dashiell Hammett la génesis del crimen no queda ya circunscrita a la perversidad enfermiza del delincuente individual (enfrentado al ingenio del héroe detectivesco, como sucede con Moriarty y Holmes en las narraciones de Arthur Conan Doyle), sino que se extiende hacia una criminalidad más difusa, extensa y colectiva, llena de matices de gris entre la villanía y la honradez, que tiene como escenario, y en muchas ocasiones como auténtica protagonista, a una sociedad en la que bullen, bajo el ligero y frágil barniz de las normas morales y jurídicas, la más monstruosa codicia y una no menos monstruosa panoplia de herramientas legales e ilegales para satisfacerla. Los modernos héroes detectivescos son sobre todo cronistas de los pliegues más siniestros de las grandes transformaciones económicas, sociales y políticas de su tiempo: ese es el servicio que han desempeñado para sus seguidores el atormentado excombatiente Easy Rawlins de Walter Mosley en los Estados Unidos racistas y paranoicos de la posguerra mundial, el taciturno policía Kurt Wallander de Henning Mankell en la Escandinavia del ocaso del Estado de Bienestar o el descreído detective Pepe Carvalho de Manuel Vázquez Montalbán en los convulsos inicios de la democracia española, por mencionar solo tres ejemplos recientes y bien conocidos por muchos millones de lectores.

La última incorporación a esta estirpe de excelsos fisgones es el policía Lester Freamon, el más extraordinario y memorable de los numerosos personajes del serial televisivo *The Wire*, creado por el experiodista de sucesos David Simon y posiblemente la mejor

narración jamás filmada para la pequeña pantalla. Metódico estratega de la escucha policial que da título a la serie, el elegante, irónico y entrañable detective Freamon (soberbiamente interpretado por Clarke Peters) va trazando un completo mapa del crimen organizado en la ciudad de Baltimore, desde las esquinas de los barrios deprimidos en las que se menudea con heroína hasta los despachos de abogados, constructores y políticos en que se toman las grandes decisiones sobre el futuro de la ciudad. Lester Freamon no se contenta con llevar ante los tribunales al delincuente individual, sino que señala directamente hacia un sistema que fomenta el crimen y se alimenta de él: «Sigue las drogas», explica, «y encontrarás adictos y traficantes; sigue el dinero de las drogas, y no tienes ni idea de hasta dónde te llevará el caso». El dinero de las drogas lleva a Lester Freamon a las promociones inmobiliarias, a los patrocinios deportivos, a las campañas electorales... La investigación acaba tomando la forma de una causa general contra un sistema corrupto y corruptor, que Freamon y su equipo componen con precisión de relojero y sensibilidad de antropólogo, encajando las grabaciones de su escucha, las declaraciones de detenidos y confidentes, las investigaciones financieras y patrimoniales y otras tantas fuentes, rastreando en todas ellas las huellas de un sendero de codicias que apunta cada vez más alto en la pirámide social de la ciudad. «Estamos construyendo algo», dice Freamon, «y lo construimos con raspaduras. Todas las piezas importan».

Ante el desafío, vasto y urgente, de elaborar una narración razonada y movilizadora de la profunda crisis económica, social y política que atravesamos, sus causas y consecuencias, el método propuesto por el detective Lester Freamon es probablemente el más adecuado: construir con raspaduras siguiendo el rastro del dinero, dar valor y poner en relación todas las piezas sobre el escenario, desde la base hasta la cúspide de la estructura social.

Mientras decenas de millones de trabajadores y trabajadoras de todo el mundo ven desplomarse su nivel de vida, pierden sus empleos y sus casas y engrosan las crecientes

legiones de la pobreza y la exclusión social, «las empresas de artículos de lujo se disparan en Bolsa por la demanda emergente» (*El País*, 13/02/2011). Sectores como la automoción de gama alta, la moda, la joyería y los complementos, la construcción de yates y aviones privados y otros tantos bienes de lujo han vivido, según el banco Credit Suisse, un año 2010 «excepcional», en un informe que describe estos mercados del lujo como de «perfil menos expuesto al ciclo económico», un frío tecnicismo para describir como la violenta marejada de la crisis se amansa ante la puerta de la casa de los ricos. Según detalla el último informe anual del Observatorio de Responsabilidad Social Corporativa (expresión esta de «responsabilidad corporativa» que con toda justicia parece a estas alturas un eufemismo complaciente, cuando no una broma macabra), veintiocho de las treinta y cinco grandes corporaciones del IBEX-35 (Repsol, Santander, BBVA, Ferrovial, Gas Natural, ACS, Inditex, Telefónica, Endesa, Iberdrola, Mapfre, Telecinco, etc.) operan mediante doscientas setenta y dos firmas de conveniencia en veintisiete paraísos fiscales distintos. ¿Con qué consecuencias? Como explica el Observatorio, «la recaudación por el impuesto de sociedades se desplomó un 55% entre 2007 y 2009, pese a que los beneficios empresariales de las grandes empresas en ese mismo período descendieron solo un 14%», y en 2010 estas empresas, que en no pocos casos están acometiendo fuertes recortes de personal y están recibiendo importantes ayudas públicas, «subieron el sueldo en un 15'5% a los consejeros» (un sueldo que en 2009 ya era de novecientos quince mil euros de media). Los altos directivos y consejeros de las grandes corporaciones españolas han protagonizado en 2010 una orgía de salarios, primas y fondos de pensiones, siguiendo la línea de años anteriores, con espectaculares incrementos patrimoniales en las principales fortunas del país. Así, mientras las arcas del Estado percibieron varios miles de millones de euros menos para escuelas y hospitales públicos, ayudas a la dependencia, subsidios de desempleo, formación laboral o fomento de la cultura, unos pocos centenares de individuos recibieron algunos miles de millones de euros más para gastar en bienes de lujo. Es evidente que el dinero no se está

evaporando víctima de un fenómeno natural e inevitable, como pretenden hacer creer los propagandistas neoliberales, sino que está cambiando de manos, de forma perfectamente planificada, desde abajo hacia arriba y a gran velocidad. El profesor Manuel Villoria lo describe así: «Los españoles hemos sufrido un atraco brutal durante quince años que se llevará un tercio de nuestra riqueza durante los próximos quince hacia los bancos, los dueños del suelo, los especuladores, los promotores y los corruptos» (*El País*, 27/10/2006). Una forma clara, concisa y contundente de describir aquello que hemos convenido (o nos han impuesto) denominar «crisis».

Empleando el método del detective Freamon, siguiendo el rastro del dinero y acumulando y encajando raspaduras, la presunta crisis va desvelando la hilatura de su enrevesada urdimbre: el expolio generalizado del bienestar colectivo a beneficio de una selecta, poderosa e impune clase corporativa. Una clase transversal que reúne a príncipes del crimen, empresarios, comunicadores, políticos y otros profesionales del poder en torno a una serie de palpables intereses compartidos, sobre ese escenario tortuoso de mentiras, cieno, humo y espejos que es la Baltimore de Avon Barksdale, Russell «Stringer» Bell, Marlo Stanfield, Maurice Levy, Clay Davis... o la España de Francisco Camps, Carlos Fabra, Jaume Matas, Francisco Hernández «El Pocero», Francisco Correa, Gerardo Díaz Ferrán, Luis Bárcenas, José María del Nido, Félix Millet, Bartomeu Muñoz, Lluís Prenafeta, Maria Antònia Munar... La España que una ardilla podría recorrer de punta a punta saltando de un sumario de corrupción al siguiente: Gürtel, Mercasevilla, Palau, Malaya, Astapa, Poniente, Avispa, Palma Arena, Ballena Blanca, Delfín, Andratx, Arcos, Orquesta, Brugal, Bonsai, Segovia 21, Estepona, El Ejido, Voltor y un etcétera interminable, mayoritariamente relacionados con la especulación urbanística y con un multitudinario reparto —tan al estilo narrativo coral de *The Wire*— de imputados. Sin la prosa doliente de Roberto Saviano y su *Gomorra* napolitana ni los inteligentes diálogos de David Simon para *The Wire*, el Informe Auken (o más formalmente, «Informe sobre el impacto de la urbanización extensiva en España en los derechos individuales de los

ciudadanos europeos, el medio ambiente y la aplicación del Derecho comunitario») es también un excelente ejemplo de auténtica novela negra (por otra parte, lecciones vendo que para mí no tengo de la Europa de los casos Clairstream, Siemens, UBS, Parmalat, Morais, Bettencourt...). Las potentes mafias italianas o rusas echan raíces cada vez más extensas y fuertes en territorio español. Roberto Saviano lanza una seria advertencia: «Mientras los políticos se pelean y se disparan las alarmas sobre el terrorismo, los clanes italianos, rusos y nigerianos están conquistando la economía a través de los agujeros abiertos por la crisis. Hasta ahora solo han hecho negocios e inversiones. Pronto empezarán a disparar».

¿Un submundo estanco de tristes excepciones a un orden civil preparado para resistirlas —las consabidas manzanas podridas en un recipiente sano del discurso oficial— o un estrato cada vez más normalizado e influyente en la nueva normalidad neoliberal, cuyos beneficios afloran hacia los estratos superiores y más aseados del edificio del poder del mismo modo que los billetes del narcotráfico salen de las Viviendas Baratas de Baltimore camino del fondo de reptiles de una campaña electoral, en billetes pequeños y grandes bolsas de basura? «Mi gente me necesita y sabe dónde encontrarme», declara impávido el corruptísimo senador Clay Davis de Baltimore ante un jurado popular. También las corporaciones españolas han sabido encontrar a los suyos en los salones enmoquetados del poder político. De un modo impecablemente legal aunque absolutamente inmoral, la alta clase política española transita alegremente por las puertas giratorias que la conducen hacia retiros dorados en los que ejercen un tráfico de influencias legalizado en favor de grandes corporaciones, que les gratifican con abrumadoras generosidades de seis o siete cifras (Felipe González en Gas Natural —además de sus conocidos vínculos con el multimillonario mexicano Carlos Slim—, Eduardo Zaplana y Javier de Paz en Telefónica, José María Aznar en la News Corp de Murdoch, Endesa y varios fondos de inversión, David Taguas en SEOPAN, Rodrigo Rato en Caja Madrid, Isabel Tocino en el BSCH, Josu Jon Imaz en Petronor, Narcís Serra en Caixa Catalunya, Josep Piqué en Vueling, etc.). ¿Es

de extrañar que la clase política sea tan condescendiente, cuando está en ejercicio de responsabilidades públicas, con quienes serán luego sus empleadores corporativos cuando las abandonen (provistos de una privilegiada agenda de contactos y habiendo tenido acceso a cuantiosa información confidencial), dejándose aconsejar por sus hordas de cobistas profesionales, liberándola de inoportunas cargas fiscales, aflojando sobre ella la presión de la inspección tributaria o facilitándole nuevas vías de evasión legalizada?

«¡Gente, son casi las dos, necesito líneas por si alguien está amenazando con cometer un acto de periodismo!», vocifera el redactor jefe del *Baltimore Sun* a su plantilla mientras trata de mantener a salvo la independencia y el rigor informativo del periódico frente a las presiones de sus gerentes corporativos. En España, el gran capital financiero es el gerente colectivo de la porción mayoritaria del mercado de la comunicación, y es un gerente muy celoso de sus intimidades. En los primeros veinticinco años de actividad del diario *El País*, explica la investigadora Nuria Almirón en su análisis de las relaciones entre los medios y el poder financiero, los paraísos fiscales fueron vinculados a la actividad de los bancos españoles en solo siete ocasiones («La convergencia de intereses entre banca y grupos de comunicación: el caso de SCH y PRISA», *Zer*, nº 22, 2007). Sin duda hay excelentes periodistas en el diario que fuera una vez denominado «la referencia dominante» y en el que bruñeron sus mejores armas gentes de la gigantesca talla intelectual y moral de Eduardo Haro Tecglen, Manuel Vázquez Montalbán o José Vidal-Beneyto. Pero también hay cinco consejeros ejecutivos del grupo empresarial PRISA propietario del diario (Ignacio y Manuel Polanco, Juan Luis Cebrián, Alfonso López Casas y Emiliano Martínez) que se repartieron en 2010 once millones seiscientos mil euros, las mejores retribuciones directivas del sector de la comunicación, que engulleron el 23% de los beneficios del grupo, a la vez que la empresa planteaba recortes salariales a la plantilla y preparaba la venta del canal generalista Cuatro y el cierre de CNN+ (el único canal televisivo digital de información veinticuatro horas en España no abiertamente derechista o ultraderechista), pasos previos al cierre de una operación

financiera de gran calado con el fondo de capital-riesgo Liberty, cuya consecución viene acompañada por el anuncio de cientos e incluso miles de despidos en el grupo, pero que será un excelente negocio para alguno de sus directivos. Con nueve millones de euros de Liberty como prima de jubilación en el alero, ¿alguien puede esperar que Juan Luis Cebrián cometa o aliente un verdadero acto de periodismo contra la opacidad e impunidad del sistema financiero nacional e internacional y sus malsanos influjos sobre la esfera política? Con las peculiaridades materiales e ideológicas de cada medio o grupo de comunicación, no solo PRISA y *El País* (caso este, eso sí, singularmente doloroso para la izquierda española, por motivos históricos e ideológicos de sobra conocidos) sino la práctica totalidad de los medios de gran audiencia (y, por añadidura, de las industrias de creación y promoción de contenidos culturales) del país se hallan inmersos en este truculento juego de connivencias (empezando por *El Mundo*, directo competidor de *El País* en los quioscos, cuya política de expansión regional ha estado salpicada de extrañas amistades con todo tipo de caciques territoriales, en algún caso directamente relacionados con las grandes tramas de corrupción de alcance estatal) que finalmente subordina cualquier escrúpulo ético e ideológico al más omnívoro y desinhibido afán de lucro, como, en un grado tan extremo como ejemplarizante, demuestra el acuerdo comercial entre la gestora publicitaria Publiseis (parte, como el diario *Público* y la cadena televisiva La Sexta, del conglomerado mediático dizque progresista Mediapro) y la cadena ultraderechista Intereconomía.

Negocios. Política. Prensa. Dinero. Delito. Poder. Todo está en el juego, se dice en las calles de Baltimore. Todas las piezas importan, dice Lester Freamon. Estamos siendo colectivamente víctimas (y, con nuestro muy mayoritario silencio y pasividad, también cómplices) de una gigantesca trama criminal que no es solo cosa de consumidores y traficantes: es el producto inevitable de un orden económico, político y social neoliberal que subvierte la democracia, envilece la cultura y empequeñece a los seres humanos (nosotros no deberíamos reproducir el gesto de asombro del detective McNulty al

descubrir un ejemplar de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith en la lujosa vivienda del gánster y economista Russell «Stringer» Bell: nosotros deberíamos saber que ese libro, y en la peor de sus ediciones, está ahí desde hace mucho tiempo). Las raspaduras que nos permiten cartografiar su trama y poner caras y nombres a sus responsables y beneficiarios están fácilmente al alcance de nuestra vista, en las páginas de la prensa diaria, en la red y en nuestro mismo entorno social, personal y laboral. Pero para recomponerlas, darles sentido y actuar en consecuencia, nuestra ciudadanía debe, en primer lugar, dejar de mirarse y pensarse a sí misma con la mirada vacuna de Belén Esteban, los prisioneros del *Gran Hermano*, los postulantes de *Operación Triunfo* y otras tristes reses del matadero televisual que hoy colonizan buena parte de nuestro imaginario social, para adoptar como modelo la más inquisitiva y comprometida mirada del detective Lester Freamon, de la Unidad de Crímenes Especiales de la policía de Baltimore (una mirada que ya comparten y promueven, por cierto, *Rebelión*, *Kaosenlared*, *Diagonal*, *L'Informatiu*, *Periodismo Humano*, *Atlántica XXII*, *Le Monde Diplomatique*, *Sinpermiso*, *Traficantes de Sueños* o *Tele K*, entre otras importantes referencias de la moderna novela negra en castellano, de lectura inexcusable para todos los amantes del género).

Sobre la intervención militar en Libia (marzo de 2011)

La batalla del Mediterráneo

«Es muy fácil hablar de Derechos Humanos desde el Café de Flore o el Teatro Zenith» (ambos lugares, referentes históricos de la actividad creativa y solidaria de la izquierda francesa), espetaba Nicolas Sarkozy entre altivo y malhumorado a quienes en diciembre de 2007 le afeaban la cálida acogida dispensada en París al dictador libio Muammar el-Gadafi. «Gadafi ha cambiado y quiere participar de la actividad de la comunidad internacional», aseguraba la ministra gala de Exteriores, Michele Alliot-Marie, que explicaba cómo el encuentro allanaba el camino hacia una «amplia cooperación» en temas como la lucha contra el terrorismo o el control de la inmigración ilegal.

Como casi siempre en materia de relaciones internacionales, la nuda contabilidad aclara lo que la retórica florida y el liberal agasajo enturbian: Gadafi firmaba en su visita a París contratos por diez mil millones de euros con grandes corporaciones francesas (Vinci, Areva, Gas de Francia, Veolia, MBDA, etc.), incluyendo la adquisición de ingentes arsenales (aviones de combate, baterías de misiles, sistemas de teledirección, etc.), y encauzaba las negociaciones para la instalación en Libia de una central nuclear de fabricación francesa. A cambio de una paternal e imprecisa solicitud de «progresos en el camino de los Derechos Humanos», Francia se convertía en proveedor armamentístico y socio comercial privilegiado de Libia.

Sarkozy no fue el único líder europeo en enterrar las objeciones humanitarias bajo la pesada alfombra de la conveniencia comercial. Tras el levantamiento de las sanciones contra Libia en 2003 después de un largo periodo de ostracismo de la comunidad internacional, los productores europeos se han repartido sin remordimientos la jugosa tarta del rearme del régimen de Gadafi: entre 2005 y 2009, los Estados de la UE

exportaron a Libia ochocientos treinta y cinco millones de euros en armas (Italia, doscientos ochenta millones; Francia, doscientos diez millones; Reino Unido, ciento veinte millones; Alemania, ochenta y tres millones; España, once millones, etc.). De Nicolas Sarkozy a José Luis Rodríguez Zapatero pasando por Silvio Berlusconi, no le han faltado al déspota libio anfitriones y huéspedes ilustres que estrechasen calurosamente su mano a la sombra de su jaima y que bendijesen el abastecimiento bélico —y en algunos casos, el adiestramiento a las fuerzas militares y policiales del régimen— como complemento, de evidente significado político, a las multimillonarias inversiones en energía e infraestructuras.

Tan solo tres años y tres meses después de recibir a Gadafi en París, un Nicolas Sarkozy enardecido en bélicos furores encabeza la coalición internacional que lleva dos semanas asediando y bombardeando Libia en nombre de los Derechos Humanos, al amparo de la confusísima resolución 1.973 del Consejo de Seguridad de la ONU pero bajo mandato militar de la OTAN. ¿Qué ha sucedido entretanto para justificar tamaña mudanza de afectos y pareceres?

El 17 de diciembre de 2010, el vendedor callejero de veintiséis años Mohammed Bouazizi se inmolaba ante el ayuntamiento de la pequeña localidad tunecina de Sidi Bouzid. Un gesto trágico que, a medio camino entre la catástrofe y el milagro, desencadenó una reacción en cadena de protestas populares que han ido estallando una tras otra en Túnez, Argelia, Yemen, Marruecos, Egipto, Siria, Iraq o Bahrein, en un proceso de vertiginosa propagación que está conmocionando, todavía en un sentido absolutamente incierto, los pilares del tablero político y económico mediterráneo y planetario.

En el caso de Libia, el desencadenante inmediato de las protestas fue la detención del abogado Fathi Terbil, representante de las familias de muchos de los más de mil doscientos presos asesinados por las fuerzas de seguridad libias en el presidio de Abu

Salim en 1996 (caso reiteradamente denunciado por organizaciones de Derechos Humanos como Amnistía Internacional, pero cuyo esclarecimiento no ha exigido ninguna de las potencias occidentales que han comerciado con el coronel Gadafi). El 15 de febrero, comenzaron a chisporrotear las muestras de descontento con el régimen, que fueron violentamente reprimidas por Gadafi.

Pero la violencia de Gadafi, aún excepcional en su intensidad, no era en absoluto una novedad: los muertos se cuentan por centenares en muchos de los países árabes que han vivido o están viviendo estas protestas. Aunque en esos otros casos la respuesta de quienes hoy se erigen en paladines de la libertad en Libia haya sido muy distinta: como botón de muestra, baste recordar cómo la misma ministra francesa Alliot-Marie visitaba Túnez, ya con las protestas en la calle, para atender sus negocios privados en el país (volando en el avión privado de un multimillonario afín al clan del dictador Ben Alí), y secretamente ofrecía al déspota tunecino un envío urgente de material antidisturbios para reprimirlas.

Son interminables las cábalas sobre este abrupto viraje en la respuesta francesa a los sucesos del mundo árabe. ¿Históricos afanes colonialistas franceses sobre el continente africano? ¿Apuesta de París para equilibrar por la vía de las armas la hegemonía económica alemana en el seno de la UE? ¿Hazañas bélicas para elevar la talla de estadista de Sarkozy ante perspectivas electorales adversas y bajo la sombra de sonados casos de corrupción y abuso de poder? Seguramente, todos estos y algunos otros motivos a la vez, ninguno siquiera colindante con el humanitarismo, la filantropía o el amor por la libertad.

¿Y ahora, qué puede suceder? Si nadie acertó a prever los alzamientos árabes, nadie debería ser tan atrevido como para pronosticar sus resultados. De momento, Túnez y Egipto afrontan transiciones políticas largas y complejas, de resultado incierto pero al menos por ahora afortunadamente pacíficas, tras haber pagado con cientos de muertos

sus victorias en el primer tiempo de su lucha contra sus regímenes autoritarios; Bahrein, Siria o Yemen siguen con las calles ensangrentadas, acumulando tensión y escorándose hacia desenlaces tendencialmente cada vez más extremos; Libia se halla en medio de una guerra abierta cuya evolución es en estos momentos absolutamente imprevisible.

Que la intervención militar extranjera ha impedido una matanza atroz en los territorios rebeldes es un hecho difícilmente discutible, ateniéndonos a los hechos consumados y las declaraciones de intención del propio Gadafi. Que dentro de cinco años las fosas comunes de la intervención extranjera pueden dejar pequeñas a las que hubiera causado la represión del tirano no resulta, a la vista de los antecedentes pretéritos e inmediatos, una hipótesis improbable. Si los intereses y las estrategias (esto es, la vileza y la ineptitud) de Occidente en Libia siguen la estela de lo acaecido en el África negra y Oriente Medio —y ninguna evidencia sólida nos hace a día de hoy pensar lo contrario—, el país puede encontrarse a las puertas de un matadero interminable y al cabo de la completa desintegración y devastación. Con la significativa novedad de que una «somalización» de Libia (un Estado fallido, fraccionado, gobernado por señores de la guerra y azotado por la violencia sectaria), frente a frente con la Europa mediterránea, introduciría una variable decisiva en el proceso en curso de confrontación entre las democracias europeas y la emergente dictadura de los mercados. En plena crisis económica y bajo la amenaza del desmantelamiento de las conquistas sociales y políticas de los últimos doscientos años, un conflicto cuasifronterizo prolongado sería una bendición para el gran capitalismo europeo: las naciones en guerra son en general menos exigentes con sus gobernantes en términos de derechos políticos y sociales.

Lo que George W. Bush hizo con Iraq en 2003 puede estar haciéndolo ahora Nicolas Sarkozy en Libia (en comandita con un Barack Obama que parece más bien arrastrado que voluntarioso en esta nueva empresa bélica —aunque obviamente no por ello menos responsable de sus consecuencias—, y con el miserable concurso de la práctica totalidad

de la clase política europea, David Cameron y José Luis Rodríguez Zapatero en primera línea de palanganeros): emprender una guerra colonial contra un antiguo aliado despótico para, además de saquear recursos naturales y animar el mercado de armamentos, apartar la mirada ciudadana de un proceso de destrucción desde dentro de las instituciones democráticas en la metrópoli. La voluntad de construir una Libia democrática y soberana es cosa de los libios que están protestando y combatiendo en las calles y las arenas de Libia (y probablemente, tampoco de todos ellos en idéntica medida), no de quienes la bombardean desde el aire. Ni las aspiraciones de libertad, dignidad y justicia de las sociedades árabes ni las de las sociedades europeas están en la agenda del Consejo de Administración de la Europa neoliberal.

El debate sobre si es oportuna o no la intervención militar es inevitable pero inútil por tardío: las bombas de la OTAN ya estallan sobre Libia. La cuestión que realmente debemos enfrentar ahora los europeos es cómo y por qué hemos tolerado y seguimos tolerando a esta casta política y empresarial avariciosa e hipócrita que, con las manos empapadas de sangre, primero arma y enriquece a tiranías depravadas y luego no encuentra mejor modo de desalojar a sus protegidos y borrar sus huellas del lugar del crimen que bombardear sus países y masacrar a sus súbditos. Ninguna decisión de los europeos resultaría tan verdadera y eficazmente humanitaria, para con nosotros mismos y para con nuestros vecinos, como pasar por la quilla cuanto antes a la despreciable horda de matarifes, forajidos y pusilánimes que nos malgobiernan, y poner otras voces, otros discursos y otros principios al timón de nuestras instituciones democráticas.

Sobre las elecciones autonómicas y municipales del 22-M, I (abril de 2011)

Votar contra el mercado

Los estudios de sociología electoral explican que, en tiempos de bonanza económica y estabilidad política, los electores acuden a las convocatorias locales y autonómicas más atentos a las personas que concurren a los cargos públicos que a los partidos políticos en que estas militan, y más pendientes de la calidad del pavimento de las calles, la puntualidad en la recogida de basuras o la disponibilidad de aparcamientos que de los grandes principios ideológicos que separan a derechas e izquierdas en el mapa político. Pero las elecciones autonómicas y municipales del próximo 22 de mayo se celebrarán en un escenario que no es ni económicamente boyante ni políticamente estable, y posiblemente muchos electores dejarán a un lado aceras, contenedores y aparcamientos para pronunciarse, a modo de referendo o elecciones de medio mandato, acerca de la catastrófica situación económica y política nacional.

Tras la declaración de quiebra del gobierno portugués y el anuncio de rescate económico europeo, al coste de salvajes recortes en servicios públicos, salarios, pensiones y otros instrumentos de solidaridad y bienestar social, los españoles acudiremos a las urnas bajo la inquietante previsión de que somos la próxima pieza de caza en la mira de los mercados financieros. Lejos de contentarse con tres años de continuas concesiones (rescate de la banca con dinero público, abaratamiento del despido, reforma de las pensiones, etc.), banqueros y grandes empresarios han constatado que la sumisión del gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero, sumada a la debilidad de los grandes sindicatos y la mayoritaria pasividad de la sociedad civil, les otorga carta blanca para someter a España a una irrestricta dictadura corporativa. Con un 20% de la población bajo el umbral de la pobreza, casi cinco millones de desempleados, servicios públicos entre los peor financiados de Europa y derechos sociales y laborales en constante

retroceso, el creciente malestar ciudadano sigue siendo apenas un rumor de fondo, casi siempre desorientado y amorfo, huérfano de toda expresión política y cultural organizada que pudiese poner en cuestión los intereses y las estrategias de la gran aristocracia corporativa. Lo que los tanques del capitán general Milans del Bosch no consiguieron en 1981 lo han conseguido treinta años más tarde los dineros del IBEX-35: extinguir aquella exigencia de libertad política y justicia social de la sociedad española que animó cuarenta años de sufrida resistencia antifranquista y una ardua transición a la democracia, y hoy permanece enmudecida, o hablando con una voz tan baja, o con un lenguaje tan poco comprensible que apenas afecta o interesa a las grandes mayorías sociológicas. Mayorías a las que por ahora solo parecen movilizar las emociones primarias del espectáculo futbolístico y la prensa del corazón, y que en no pocos casos, decepcionados por actuaciones erráticas y entreguistas como la de Rodríguez Zapatero, se echan por millares en brazos del abstencionismo electoral y cívico, o aún peor, se dejan engatusar por el discurso tóxico de personalidades autoritarias como Nicolas Sarkozy (o Esperanza Aguirre) o delincuenciales como Silvio Berlusconi (o Francisco Camps), devolviendo toda su actualidad al conocido aforismo del histórico activista sudafricano Stephen Biko: «el arma mas poderosa en manos del opresor es la mente del oprimido».

Acierta el venerable Stéphane Hessel cuando compara «el poder del dinero, que nunca había sido tan grande, insolente y egoísta» con la opresión fascista que él combatió desde las filas de la Resistencia guerrillera francesa durante Segunda Guerra Mundial (*¡Indignaos!*, Destino, 2011). El nuevo fascismo financiero ha sustituido la camisa parda de los mamporreros del Partido Nazi por el impecable terno de raya diplomática del directivo de Standard and Poor, el periodista del *Financial Times* o el funcionario del Banco Central Europeo, pero unos y otros tienen en común un idéntico desprecio por la soberanía de las naciones y los derechos democráticos de los ciudadanos. Harán falta mucho más que votos para hacerles frente. Si Europa quiere rescatar su alma democrática

del abrazo venenoso de los mercados tiene por delante años o décadas de manifestaciones, huelgas, boicots y sabotajes, de indignación y desobediencia en las calles, las aulas y los tajos. Un camino de reflexión, organización y acción política radical que no será para los europeos ni más fácil ni menos costoso de lo que está siendo para tunecinos, egipcios, libios o sirios deshacerse de sus respectivos déspotas. Votar será un paso más entre otros muchos en ese largo camino de resistencias, y votar bien será votar contra el mercado, apoyando aquellos proyectos políticos progresistas más beligerantes contra las fuerzas corporativas y más comprometidos con las luchas que lenta y laboriosamente van emergiendo desde el tejido social.

José Luis Rodríguez Zapatero se presentó en 2004 como una alternativa viable y suficiente a la deriva autoritaria del aznarismo, y durante su primer mandato dio pasos apreciables en aspectos como la extensión de derechos civiles, la reivindicación de la memoria histórica democrática o la defensa del medio ambiente. Pero cuando la batalla se desplazó al escenario de la economía su perfil socialdemócrata se deshizo como una acuarela bajo la lluvia y apenas tardó en arrodillarse y rendir pleitesía ante los enemigos corporativos de la democracia. Izquierda Unida tuvo la responsabilidad de dar respaldo a las mejores iniciativas de la primera legislatura de Rodríguez Zapatero y ha tenido la valentía de desmarcarse de los disparates y las cobardías de la segunda. Así, IU apoyó activamente la huelga general del 29-S, ha defendido a las familias afectadas por desahucios y abusos hipotecarios, se ha opuesto a la privatización de las cajas de ahorros, ha propuesto la nacionalización de las empresas y sectores estratégicos de nuestra economía y mantiene su compromiso con la completa desnuclearización de nuestro país. Son muestras más que suficientes de coherencia y beligerancia como para confiar a sus candidatos un voto de izquierdas con vocación de resistencia democrática frente al asalto implacable de la dictadura de los mercados.

Sobre las elecciones autonómicas y municipales del 22-M, II (mayo de 2011)

Urnas de mayo

Los resultados de las elecciones autonómicas y municipales del pasado 22 de mayo se han saldado, como primera e incontrovertible lectura, con una arrolladora victoria del Partido Popular, que arrebató al Partido Socialista la práctica totalidad de su poder territorial —incluyendo los feudos clave de Castilla-La Mancha y Extremadura— y que, con diez puntos porcentuales y casi dos millones de votos de ventaja, se coloca como claro favorito con vistas a las próximas elecciones generales a celebrar en marzo de 2012 (o antes si la presión del PP logra forzar, como es su expreso deseo, un adelanto electoral). Pero será una segunda lectura, más atenta a los detalles, la que añade matices y claroscuros imprescindibles para comprender el cómo y porqué de esta aplastante victoria de la derecha.

Llama la atención en primer lugar que el PP apenas haya incrementado su número neto de votantes —apenas un 2% respecto a citas anteriores— y que su victoria se haya edificado sobre la masiva desbandada del ala izquierda del electorado socialista, que decepcionada e irritada por el traumático giro a la derecha de esta segunda legislatura de José Luis Rodríguez Zapatero ha preferido votar a otras formaciones políticas de izquierda —especialmente a Izquierda Unida— o, muy sobre todo, abstenerse o emitir votos de protesta en forma de sufragios nulos o en blanco.

Esta derrota socialista es, básicamente, el resultado de la trágica asimetría que se establece entre un PP que mantiene cohesionada, motivada y dinámica su ala más exacerbadamente ultraderechista (*Libertad Digital*, *Intereconomía*, *El Mundo*, *EsRadio*, *AVT*, *Hazte Oír*, *Peones Negros*, *Conferencia Episcopal*, etc.) y un PSOE enrocado en el centroderecha que, a base de sumar recortes laborales y sociales, privatizar servicios y

bienes públicos, rescatar bancos con dinero público y otras medidas agresivamente neoliberales, ha roto todos los puentes con aquella izquierda social, sindical y política cuyo apoyo directo o indirecto le permitió acceder al poder en 2004, incluyendo a IU (a la que ha ninguneado sistemáticamente en el parlamento, optando por pactar con el PP y las derechas nacionalistas vasca y catalana), a los grandes sindicatos UGT y CCOO (que se vieron obligados a convocar una huelga en septiembre de 2010 por la reforma laboral, y que luego han firmado un restrictivo acuerdo de pensiones que ha creado un profundo descontento entre sus propias bases), al movimiento ecologista (decepcionado por el incumplimiento del calendario de cierre de centrales nucleares o por nuevos proyectos como la refinería petrolera en Extremadura) o al movimiento de Derechos Humanos y solidaridad internacional (irritado por las reiteradas tibiezas de Rodríguez Zapatero con el golpismo caciquil en Honduras, el terrorismo israelí en Palestina o las aventuras coloniales de la OTAN en Afganistán o Libia).

¿Victoria del PP o suicidio del PSOE, entonces? Más bien lo segundo. ¿Y por qué? La explicación es tan sencilla como desazonante: aún con una potencial mayoría social progresista en las calles y las instituciones al alcance de su mano, los poderosos intereses empresariales que comparten el gran capitalismo corporativo y las élites jerárquicas del PSOE impiden al gobierno plantear una respuesta antineoliberal a la crisis del neoliberalismo. ¿Cabría esperar otra cosa de personajes como Miguel Sebastián, Miguel Boyer, Pedro Solbes, Joaquín Almunia, Cristina Garmendia o Elena Salgado, empapados hasta el tuétano de ideología neoliberal y con sus agendas repletas de lucrativos contactos entre la gran empresa y la banca, cuando no ellos mismos banqueros o grandes empresarios? Evidentemente no. ¿Prefieren estas oligarquías, cobijadas bajo una falsaria bandera socialdemócrata, ganar elecciones por la izquierda o proteger los intereses que comparten con el gran capitalismo? La respuesta ha quedado diáfana a la vista en estas urnas del 22-M, y va sonando la hora de que las bases progresistas del PSOE y de la UGT decidan si sus lealtades y esperanzas están con el nobilísimo legado de Pablo

Iglesias, Leon Blum, Olof Palme o Salvador Allende o con las interminables marrullerías de unas jerarquías absolutamente desideologizadas, malacostumbradas a los privilegios de la política profesional y serviles ante las rebosantes billeteras del BSCH, Endesa, Telefónica y el resto de grandes tiburones corporativos de este país.

Respecto al movimiento Democracia Real Ya que ha llenado las calles y plazas españolas en un tan masivo como inteligente ejercicio de desobediencia civil noviolenta, es aún pronto para hacer valoraciones más allá de la sorpresa y el aplauso ante un inesperado movimiento cívico, inequívocamente progresista, con cuyas demandas de justicia social y profundización democrática resulta difícil no simpatizar. Cabe acaso apuntar, contrastando lo sucedido en las plazas y en las urnas, el muy escaso impacto que el movimiento ha tenido en los resultados de las formaciones a la izquierda del PSOE y muy especialmente de Izquierda Unida, en lo que supone un severo toque de atención a la única formación política con presencia parlamentaria que presenta un programa político abiertamente antineoliberal, pero cuyas estructuras y procesos organizativos siguen estando muy lejos del vivir y del sentir de esa calle roja, verde y violeta (esto es, anticapitalista, ecologista y feminista) de la que pretende ser referente electoral —un toque de atención que puede hacerse extensivo en el plano sindical a UGT y CCOO, cuya huelga general de septiembre de 2010, tan necesaria como insuficiente, careció por completo de la vivacidad activista y la riqueza expresiva de las manifestaciones y acampadas de Democracia Real Ya.

Mención aparte merece el excelente resultado de las candidaturas de Bildu, tras su legalización por el Tribunal Constitucional a la vista de unos estatutos jurídicamente impecables y plenamente comprometidos con el fin de la violencia política en Euskadi. Una gratisísima noticia que confirma el paso firme y seguro con que avanzan la apuesta por las vías exclusivamente democráticas de la izquierda independentista vasca y, en consecuencia, el proceso de pacificación y reconciliación. Junto con la inesperada

primavera cívica de las manifestaciones, asambleas y acampadas de Democracia Real Ya, el único resto inequívocamente positivo que dejan a su paso estas urnas de mayo, convertidas en evidencia resonante de la grave crisis que, a remolque de la catástrofe económica y social, atraviesa nuestro sistema político. Una crisis que se cierra sobre sí misma en un bucle autodestructivo con el crecimiento sostenido de una derecha formalmente democrática pero atravesada por virulentas pulsiones corruptas, integristas y autoritarias, y con la incapacidad de la izquierda transformadora para convertirse en una alternativa electoral atractiva y viable frente al completo desfundamiento ético y político de la socialdemocracia española.

Sobre servicio público y lucro privado (junio de 2011)

La mano que les enriquece

Pedro Solbes nació en Pinoso (Valencia) en 1942. Tras licenciarse en Ciencias Políticas y Derecho, ingresó en la administración como Técnico Comercial del Estado en 1968 (año, por cierto, en el que arranca una brutal escalada represiva del régimen franquista contra el movimiento universitario, que alcanzaría en forma de encarcelamiento, exilio, tortura o asesinato a miles de jóvenes españoles de su misma edad y posiblemente mayor compromiso político democrático). Desde 1973 forma parte de los equipos negociadores para la entrada de España en la Unión Europea (entonces todavía Comunidad Económica Europea), ocupa luego importantes cargos técnicos en los gobiernos de Calvo Sotelo y Felipe González y en 1985 se convierte en secretario de Estado para las relaciones europeas. Ha sido desde entonces ministro en cuatro gobiernos del PSOE (dos de Felipe González, dos de José Luis Rodríguez Zapatero), diputado en Cortes y comisario europeo de Asuntos Económicos, sumando más de treinta años ininterrumpidos de actividad en primera línea de la vida política española y europea.

Inflexible timonel de la adaptación de la economía española al Tratado de Maastricht y la moneda europea, el pensamiento económico de Pedro Solbes ha sido siempre fiel a los principios elementales de la ortodoxia neoliberal: privatización de bienes y servicios públicos, desregulación de la actividad económica y el mercado de trabajo, austeridad en el gasto público, etc. Como ministro de Economía con Rodríguez Zapatero entre 2004 y 2009, ha promovido la orientación neoliberal con que el gobierno socialista español encaró desde primera hora la respuesta a esta crisis: rescate de entidades financieras con cargo al erario público, privatización de bienes y servicios de titularidad estatal, flexibilización del despido o recortes en protección social, etc., medidas que se confirman como actual doctrina económica oficial de la UE con el llamado Pacto del Euro,

duramente criticado por economistas críticos y movimientos sociales y contra el que cientos de miles de indignados ciudadanos y ciudadanas se manifestaron por todo el país el pasado 19 de julio, tras mes y medio de ininterrumpidas y multitudinarias protestas —marchas, acampadas, asambleas, etc.— convocadas por el llamado movimiento 15-M que han sacudido la vida pública española.

Pedro Solbes abandonó en 2009 el gobierno socialista. Durante los dos años sin actividad empresarial privada que prescribe la ley de incompatibilidades se ha desempeñado como asesor de la Comisión Europea y del Fondo Monetario Internacional, en el mismo momento en que ambos organismos lanzaban reiteradas advertencias a España para que abaratase el despido, bajase los salarios, recortase los servicios públicos y socorriese a la banca privada. En abril de 2011, ficha como consejero del gigante energético italiano Enel, el mismo que, durante su mandato como ministro de Economía, fue autorizado a adquirir el 92% de la española Endesa. Un mes después se convierte también en consejero de Barclays Bank, una de las mayores entidades financieras del mundo. Cobrará trecientos mil euros anuales, justo mientras Barclays España prepara el despido del 20% de su plantilla, setecientos trabajadores. Su función será asesorar al gigante financiero británico en la adquisición de cajas de ahorro españolas, las mismas cuya privatización él mismo ha impulsado desde los gobiernos de que ha formado parte. En 2009, el Partido Liberal presentó ante la prensa evidencias de que Barclays había evadido el pago de unos mil cien millones de euros al fisco del Reino Unido mediante el uso de ingeniería financiera en paraísos fiscales, sobre los que durante los mandatos de Solbes el gobierno socialista español ha lanzado algunas diatribas, pero contra los que al final no ha emprendido acción efectiva alguna. Además, Barclays es la segunda entidad bancaria que más deuda pública española atesora, unos cinco mil millones de euros, a la vez uno de los principales clientes de esas agencias internacionales de calificación de riesgo (Moody's, Standard and Poor y Fitch) que durante los últimos años han atacado sin descanso a la economía española mediante sucesivas valoraciones a la baja de su deuda pública (y son

por ello en este momento objeto de diligencias previas en la Audiencia Nacional por prácticas fraudulentas y manejo de información privilegiada, tras la querrela presentada en ese sentido por ATTAC, IU y otras organizaciones).

Es rigurosamente cierto que Pedro Solbes no ha cometido en todo este extenso trayecto ni un solo ilícito penal, como tampoco lo han hecho José María Aznar (PP, Endesa), Felipe González (PSOE, Gas Natural), Eduardo Zaplana (PP, Telefónica), Javier de Paz (PSOE, Telefónica), Narcís Serra (PSOE, Caixa Catalunya), Rodrigo Rato (PP, Bankia), Jon Josu Imaz (PNV, Petronor), Josep Piqué (PP, Vueling) o Jordi Sevilla (PSOE, PwC). Un 10% de los consejeros de empresas del IBEX-35, con una media salarial cercana al millón de euros anuales, han desempeñado cargos políticos relevantes. Y precisamente es la plena legalidad de esta íntima relación entre servicio público y enriquecimiento privado la que demuestra hasta qué punto nuestro sistema político está profundamente corrompido por el poder, nunca democrático ni solidario, del gran dinero y las corporaciones y élites que lo manejan. Y explica porqué, a pesar de la profunda gravedad de la crisis y el comportamiento avaricioso, irresponsable e insolente de los actores corporativos, jamás se toman medidas como la intervención pública de empresas estratégicas, un mayor control de las actividades especulativas o más impuestos para las rentas del capital: ¿cómo podría la clase política gobernar contra la mano que tan generosamente está dispuesta a enriquecerles cuando salen de las instituciones?

Esta malsana promiscuidad entre gran política y gran dinero es algo más que una extendida inmoralidad personal. Introduce una distorsión estructural e intolerable en nuestras democracias representativas, al convertirse en garantía de continuidad —digan lo que digan las calles o las urnas— en esas mismas políticas neoliberales que han provocado la crisis económica, la ruina social y el desfundamiento ético de nuestras sociedades. No son solo misteriosos especuladores financieros desde Nueva York, Londres o Zurich: también nuestros propios representantes políticos están apuntalando la

dictadura de los mercados que padecemos. A la vista de currículos como los de Pedro Solbes se hace patente que un endurecimiento radical del régimen de incompatibilidades entre política y negocios debería incorporarse de inmediato a los cuadernos de quejas que en estos momentos compilan los indignados españoles y europeos (un endurecimiento que, por cierto, el propio Pedro Solbes se comprometió a estudiar durante su mandato ministerial, pero que evidentemente jamás emprendió. Ahora sabemos por qué).

Sobre la democracia en tiempos de crisis (julio de 2011)

Puerto de sombras

Incluso si fuera cierto, que no lo es, que las aguas de la economía globalizada comienzan a remansar, sería erróneo e ingenuo esperar que de esa calma de las grandes cifras fuera a derivarse algún efecto positivo en el plano social. Salir de la crisis, desde la perspectiva neoliberal hegemónica entre la clase económica y política dominante, equivale a rearmar el sistema financiero y reanimar las tasas del beneficio de las empresas, no a recuperar ni los empleos destruidos ni los derechos sociales sacrificados. Cuando el gran capitalismo haya cosido del todo el agujero de sus bolsillos, las sociedades seguirán soportando un desempleo estructural más elevado que antes de la crisis, el sueldo de los trabajadores será menor, su despido más fácil y su jubilación más tardía. Tampoco se recuperará la credibilidad destrozada de las instituciones democráticas y la soberanía popular. Con nuestros gobiernos, parlamentos y tribunales reducidos a mayordomos de las organizaciones no democráticas que componen la gran trama de la dictadura de los mercados y dictan con la rudeza de una potencia colonial el rumbo de las políticas públicas (el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Central Europeo, las patronales bancarias y empresariales, los grandes grupos de comunicación, etc.), ¿significan algo los textos constitucionales, valen algo los votos, representan a alguien las instituciones?

Existe la percepción errónea de que esta crisis tiene su origen en un mal funcionamiento de los mercados. Muy al contrario, los mercados han funcionado de forma sumamente eficiente, lucrándose primero de una pingüe recogida de beneficios del ciclo especulativo anterior, conteniendo después los daños en su propia estructura tras el brusco colapso de ese ciclo (y manteniendo tasas muy altas de beneficio empresarial aún en los peores momentos) y finalmente abriendo un nuevo ciclo especulativo basado en los alimentos, la

energía o la deuda pública. El mercado ha funcionado, pues, estupendamente. Lo que ha fallado ha sido la política. Primero, desregulando la vida económica, permitiendo una monstruosa concentración de riqueza y poder en manos de una clase corporativa desmesuradamente ávida de lucro y desquiciadamente adicta al juego de alto riesgo. Y después, una vez consumada la catástrofe, pagando obedientemente su cuantiosa factura, recortando derechos, endeudando al Estado y empobreciendo a sus ciudadanos, sin haber exigido cuentas a la casta responsable ni haber reformado significativamente el sistema que ha hecho posibles sus desmanes.

El impacto agregado del endurecimiento de las condiciones de vida y de la pérdida de credibilidad de las instituciones puede resultar demoledor en el plano cultural y moral. Puede, y esta es la conclusión hacia la que apunta una observación de nuestro entorno político, empujar a amplios estratos de población hacia la más absoluta desafección democrática, bien abandonándose al abstencionismo electoral y la desmovilización cívica, bien abrazando activamente valores expresamente antidemocráticos, que pueden ir abriendo brecha en la esfera institucional y asentándose en las legislaciones.

En Gran Bretaña, el nuevo ejecutivo liberal-conservador de David Cameron acomete una oleada de recortes sociales sin precedentes y no tocará una coma de las abusivas medidas antiterroristas de la era Blair. En Francia, Nicolas Sarkozy, envuelto en un gigantesco chanchullo que implica a algunas de las mayores fortunas de Francia, descarga una brutal operación de limpieza étnica contra los ciudadanos de etnia gitana. Algo que ya hizo en Italia el antiguo animador de cruceros Silvio Berlusconi para aumentar su popularidad y mantenerse bailando en el poder, con la mafia cogida de una mano y la extrema derecha neofascista de la otra (algo que ya ensayan entre nosotros Esperanza Aguirre en Madrid y Francisco Camps en Valencia). En España, José Luis Rodríguez Zapatero (como José Sócrates en Portugal y George Papandreu en Grecia) gobierna al dictado de la prensa financiera, las agencias de calificación y el Fondo Monetario Internacional. En EEUU, el

impulso renovador de Barack Obama se deshace entre sus propias contradicciones y el empuje arrollador de la derecha racista y militarista del Tea Party. Este es el reverso político de la crisis económica: la degeneración de la democracia en un sistema en el que las exigencias del mercado lo son todo, la soberanía popular no vale nada y los valores cínicos y totalitarios más repulsivos empapan la vida social y la psique de los individuos.

Desde las grandes revoluciones de los siglos XVIII y XIX, el capitalismo ha mantenido una compleja dialéctica con la democracia política, cuyas potencialidades más positivas fueron cristalizando, gracias al empeño de las clases populares (y en alguna ocasión, a la sensatez de las clases dominantes), en conquistas como el derecho al sufragio y la sindicación, la reducción del tiempo de trabajo o los sistemas públicos educativo, sanitario y de pensiones. El neoliberalismo resuelve esta dialéctica rescindiendo todo compromiso del capitalismo con la democracia, suplantándola por una oligarquía corporativa apenas parapetada tras una vaga pantomima de legitimidad electoral y visiblemente proclive a respuestas populistas y autoritarias ante situaciones de crisis como la actual.

Sería injusto afirmar que no existe una respuesta desde la izquierda cultural, social, sindical y política frente a esta deprimente deriva histórica. Restallidos de resistencia antineoliberal centellean sobre el mapamundi, de Nueva Delhi a Reykiavik, de Atenas a Fort-de-France, de Madrid a Johannesburgo... Pero no nos engañemos: todavía ninguna con la consistencia, la fuerza y la firmeza suficientes para voltear la correlación de fuerzas entre capitalismo y democracia, y corregir el rumbo del navío de la historia antes de que se adentre en un puerto de sombras en el que la democracia será nada más que un recuerdo nostálgico o un anhelo insatisfecho.

Sin el poder corrector de una democracia fuerte, el capitalismo no es más que un pasaporte directo hacia el infierno. Y el capitalismo decidió hace ya tiempo desembarazarse totalmente de la democracia. Ahora resta saber si sociedades e individuos

están preparados para desembarazarse del capitalismo o sí, por el contrario, se aprestan a internarse, en casi total mansedumbre, en los humeantes hornos crematorios de un holocausto neoliberal. En los años treinta del siglo XX, una monstruosa crisis económica de matriz financiera y unas democracias débiles y desprestigiadas abrieron las puertas al fascismo y el nazismo y terminaron desencadenando una devastadora conflagración mundial. No sucederá igual que entonces, ni sucederá pasado mañana. Pero ese es, en términos generales, el horizonte hacia el que a día de hoy y con toda obstinación nos encaminamos.

Sobre los disturbios en Gran Bretaña (agosto de 2011)

Los alegres muchachos de Tottenham

La noche del jueves 4 de agosto de 2011, Mark Duggan fue abatido a tiros por la policía en el barrio londinense de Tottenham en el transcurso de un incidente aún no totalmente esclarecido en el que, por lo sabido más tarde (y contra la versión policial inicialmente difundida), el joven afrobritánico nunca disparó contra los agentes que le mataron. Horas después, la concentración de repulsa que reunió a unos cientos de personas ante la comisaría de Tottenham inició una reacción en cadena de protestas callejeras que han derivado en disturbios muy graves, primero en distintos barrios de Londres y luego en otra media docena de ciudades británicas, con violentos choques con la policía, episodios de vandalismo y pillaje y la muerte de cinco personas (tres atropelladas, una tiroteada y otra apaleada), además de numerosos heridos, unas tres mil detenciones y daños materiales cercanos a los ciento cincuenta millones de euros. Solo la llegada a Londres de dieciséis mil policías, autorizados a emplear cañones de agua y balas de goma contra los tumultos, ha conseguido sofocar esta repentina oleada de violencia contagiosa.

No cabe sino condenar el derramamiento absurdo y cruel de sangre humana que en el transcurso de estos hechos se ha producido. Dicho lo cual, se hace necesario precisar que esta para nada debe asimilarse ni compadecerse con aquella otra condena, mendaz y miserable hasta el vómito, de quienes como el primer ministro británico David Cameron, su gobierno y sus fuerzas de seguridad (así como la práctica totalidad de la clase política británica, la clase corporativa de la City financiera londinense y aquella parte de la prensa británica que informa a su dictado) no pueden oponer a los vándalos de Tottenham más autoridad moral que la de constituir una trama criminal de rango muy superior, más organizada y mejor armada, acostumbrada a saquear países enteros en lugar de tiendas de ropa y electrodomésticos, y que recuenta sus muertos no de uno en uno ni de cinco en

cinco sino por muchos cientos o miles en las muescas de sus teléfonos Blackberry.

Informaba recientemente el diario *The Guardian* de cómo un soldado británico destacado en Iraq elaboraba y se adornaba con collares hechos con dedos de los iraquíes que su unidad abatía. Es solo la penúltima noticia de la carnicería infinita iniciada por George W. Bush y lealmente respaldada por Tony Blair (con el apoyo incondicional del entonces opositor y hoy gobernante Partido Conservador) bajo la excusa de la guerra contra el terror, de cuyas incontables y documentadas barbaries (matanzas, torturas, secuestros, desapariciones...) el ejército de Su Majestad —otra vez soportando aquella «pesada carga del hombre blanco» de la que hablase el apologeta del colonialismo Rudyard Kipling— es plenamente cómplice, tanto en los campos de batalla de Afganistán, Iraq y Libia como en su oscura retaguardia de vuelos secretos y prisiones clandestinas. Una guerra global, permanente e irrestricta contra el terrorismo (y de paso, contra la democracia) jaleada entusiásticamente desde los medios de Rupert Murdoch, el magnate de la comunicación que hace pocas semanas comparecía ante el parlamento británico para tratar de explicar porqué sus empleados pinchaban teléfonos de víctimas de crímenes violentos para conseguir exclusivas de impacto, en un sonoro escándalo que además implicaba, e hizo dimitir, a la cúpula de la policía británica. Un parlamento decenas de cuyos miembros han sido investigados y sancionados por haber desviado millones de libras del presupuesto de sus oficinas a amueblar sus domicilios particulares o pagar el salario del servicio doméstico, al mismo tiempo que el ejecutivo Cameron lanzaba un salvaje recorte de derechos y servicios sociales básicos sin precedentes en la historia moderna de Gran Bretaña. Una policía que en julio de 2005 ya mató a balazos a otro transeúnte desarmado, el brasileño Jean Charles de Menezes (casualmente o no, tampoco esta vez un anglosajón blanco de clase media), en una supuesta operación antiterrorista que tardó años en esclarecerse y de la que no se derivaron responsabilidades penales para ningún agente o mando policial. Unos servicios secretos británicos que bajo una legislación antiterrorista de inspiración neoconservadora han violentado sistemáticamente los

derechos civiles de las minorías raciales y los movimientos sociales (con numerosos casos documentados de espionaje ilegal, amenazas y chantajes) en su guerra contra el terrorismo.

Y si este es el aspecto moral de la clase política y el aparato del Estado británico, la mirada dedicada al campo corporativo resultará aún más desoladora. En la lujosa City de Londres, capital financiera de Europa y de todo el planeta, operan los ejecutivos de los fondos de inversión que especulan con el precio de los alimentos y causan hambrunas espantosas a capricho en cualquier confín del mundo. También los directivos de las corporaciones de seguridad privada que ya comandan a decenas o cientos de miles de mercenarios («contratistas», en su argot profesional) en Iraq, Libia, Afganistán y otros lugares del planeta, como guardia pretoriana de las empresas transnacionales y escuadrones de la muerte contra la población local. Están los despachos de abogados que negocian y se lucran con los rescates de buques apresados por piratas en aguas del Índico o el Pacífico. Están por supuesto los analistas de las tres agencias de calificación que (con manejo de información privilegiada, evaluaciones fraudulentas y posición de cártel monopolista) están ejecutando un masivo ataque financiero contra las economías de la zona euro, lucrando escandalosamente a los grandes fondos de inversión tenedores de deuda pública europea y forzando una serie de recortes sociales sin precedentes que ya están provocando sufrimientos sociales y económicos enormes en países como España, Grecia y Portugal, así como el más completo descrédito moral de las clases políticas, sindicales y mediáticas de todo el continente. Si existe algo remotamente parecido a un centro en la estructura difusa de la globalizada dictadura de los mercados, ese centro está en Londres. Bajo las fascinantes formas arquitectónicas de sus magníficas sedes corporativas, el distrito financiero de la City constituye el más vasto y terrorífico crematorio de carne humana de nuestro tiempo.

«Una parte de la sociedad británica está profundamente enferma», ha dicho David

Cameron en una de sus airadas intervenciones públicas durante los disturbios, y resulta justo que sea él mismo quien lo reconozca porque esa parte es muy sobre todo la que él mismo representa. La misma clase que, además de todos los saqueos y masacres anteriormente descritos, ha promovido —en aras de esa austeridad que sirve de dogma teológico central para el poder neoliberal— el tajante recorte de recursos en servicios sociales básicos (sanidad, educación, cultura, etc.) en los barrios en que se han encendido las protestas, que ya soportan índices insoportables de desempleo, fracaso escolar o mortalidad infantil y que además han sido y son objeto reiterado de episodios de violencia policial brutal e indiscriminada. Es cierto que no podemos solidarizarnos con quien, para expresar su indignación (o con la indignación de otros como coartada), apalea, atropella o dispara a un transeúnte. Pero esta condena no nos convierte en amigos, socios ni aliados de la casta inmunda de oligarcas, bufones y mercenarios que habita la gran corte transversal de la dictadura de los mercados. Hay que lamentar el mucho dolor humano infligido inútilmente durante estas revueltas y condenar a los crueles descerebrados que lo han provocado. Y también cabe desear que (al margen de los uno, cien o mil indeseables que tristemente se les unieron) esos alegres muchachos y muchachas de Tottenham que noble y valientemente salieron a la calle a pecho descubierto para denunciar el asesinato a tiros de uno de sus convecinos por parte de una policía cruel, racista y corrupta sean ahora capaces de reflexionar con mayor acierto acerca de las verdaderas causas y alternativas a su sufrimiento, al de sus familias y al de sus comunidades, y puedan así la próxima vez orientar mejor el destino de su ira y de su fuego.

Episodios como los de Tottenham a buen seguro se reproducirán durante los próximos meses y años en la propia Gran Bretaña y en otros lugares de Europa, conforme los recortes de derechos sociales y la brutalidad represiva vayan alimentando la locomotora del descontento. El papel de las izquierdas ante estos motines no puede ser recomendar a las gentes que permanezcan en sus casas, aplaudir a los antidisturbios y respaldar al

poder constituido, sino alentar y acompañar el imprescindible proceso de politización del justísimo descontento de los excluidos del régimen neoliberal, para que la rabia ciega se convierta en sensata indignación y los inútiles estallidos de vandalismo indiscriminado devengan en insurrecciones eficaces contra esa monstruosa dictadura mercantil que, con un cada vez más fino y caricaturesco maquillaje democrático, padecemos hoy los hombres y mujeres de Europa.

Entrevista de Marcos Díaz Bastos (septiembre de 2011)

«Nuestra democracia ha sido secuestrada por los mercados»

El pasado agosto se cumplían cinco años de colaboración en *Ambroz Información* de nuestro paisano Jónatham F. Moriche, autor de una columna de análisis político de la que ahora se toma unos meses de descanso. Firma habitual en medios alternativos como *Rebelión* o *Kaosenlared*, activista de movimientos sociales como ATTAC o Rumbo a Gaza y militante de Izquierda Unida, hemos querido, con ocasión de este punto y aparte, conversar con él sobre algunos de los asuntos que ocuparán un lugar destacado en el debate nacional e internacional durante el curso político que ahora comienza.

—**Has dedicado muchos de tus artículos en *Ambroz Información* a la situación de crisis económica que atravesamos. ¿En qué punto estamos dentro de este proceso?**

—Conforme ha ido quedando en evidencia la incapacidad de las instituciones nacionales e internacionales para presentarle soluciones éticas y eficaces, la crisis económica se ha transformado en crisis política. Y los mercados han aprovechado esta debilidad de los poderes públicos para relanzar el proceso de globalización en clave de neoliberalismo radical y autoritario. Los Estados no solo no han puesto coto a los abusos del mercado, sino que se han convertido en paganos de sus desastres y rehenes de sus chantajes. Las políticas económicas públicas están completamente subordinadas a la voluntad de agentes económicos no democráticos. La reforma constitucional pactada por PSOE y PP en España, siguiendo órdenes del Banco Central Europeo, es el más reciente ejemplo de este violento secuestro de la política por parte de los mercados.

—**Tu colaboración en estas páginas comenzó con un texto sobre la ofensiva israelí**

contra Líbano en verano de 2006, con George W. Bush todavía en la Casa Blanca. En estos cinco años, ¿cuáles han sido los grandes cambios en el campo de las relaciones internacionales?

—La demente operación de cruzada emprendida por Bush, Blair y Aznar tras el 11-S destrozó completamente el ya de por sí injustísimo sistema de relaciones internacionales posterior a la Guerra Fría, y ha dejado un legado de violento desorden del que muy poco o nada ha sido reparado: las guerras de Afganistán e Iraq siguen dejando un escandaloso recuento diario de muertes; Guantánamo y otros tantos campos de concentración y exterminio siguen operando; no se ha avanzado un solo paso en la resolución del conflicto palestino... Y, por supuesto, ninguno de los tres genocidas de la cumbre de las Azores ha sido sometido a juicio por sus crímenes. Las tremendas decepciones que han supuesto Zapatero y Obama parecen descartar definitivamente la posibilidad de una reforma progresista desde dentro del sistema. Los cambios para bien que puedan llegar vendrán desde abajo y desde la izquierda, como estamos viendo en las heroicas revoluciones populares del mundo árabe frente a sus tiranos, o en la tenaz resistencia del pueblo griego a los ajustes salvajes que le han impuesto el BCE y el FMI. La única excepción es América Latina, donde se han consolidado gobiernos progresistas como los de Brasil, Argentina, Venezuela o Bolivia, con notable éxito en términos de extensión de derechos sociales y bienestar colectivo.

—Pero, en medio de esta crisis y bajo esas presiones tremendas del mercado, ¿hubiera sido posible hacer otra política, en España o en otros países europeos?

—¡Por supuesto! Constituyendo mayorías fuertes junto a otros partidos de izquierdas, sindicatos y movimientos sociales, los gobiernos socialistas de España, Portugal o Grecia hubieran podido plantar cara al ataque de los mercados y defender sus servicios públicos y derechos sociales. E incluso, actuando conjuntamente, hubieran podido promover una refundación en clave progresista de la Unión Europea. Pero es que ni siquiera lo han

intentado. En el Congreso, PP y PSOE se tiran los trastos a la cabeza, pero luego conviven muy civilizadamente en los consejos de administración de Endesa, Telefónica o Caja Madrid. En esos intereses bastardos radica ese sólido consenso de las fuerzas políticas mayoritarias. Las grandes organizaciones de la socialdemocracia española y europea están absolutamente entrampadas en el discurso ideológico y la trama de intereses del neoliberalismo.

—Y en este panorama, ¿qué futuro aguarda a la Unión Europea?

—Ninguno. En su formato y orientación actual, el proyecto europeo está muerto. La UE es solo un conjunto de instituciones inútiles y carísimas, sin la menor legitimidad democrática, que solo sirve como correa de transmisión de los mandatos del gran capital europeo. Cuando se presentó aquel engendro jurídico, engañosamente denominado Tratado Constitucional, fue rechazado por la ciudadanía en las urnas. Ahora, se aprovecha la crisis para saltarse las formalidades y aplicar de modo imperativo las mismas medidas neoliberales que aquel Tratado contenía. Resulta muy expresivo escuchar como, en la plaza Syntagma de Atenas, los manifestantes que defienden sus hospitales, escuelas y pensiones del chantaje de la deuda entonan las viejas canciones de la resistencia contra los nazis. Como alternativa a esta deriva mercantilista y autoritaria de la UE, la izquierda debe poner sobre la mesa un nuevo proyecto europeo, radicalmente democrático y antagónico de la dictadura de los mercados.

—Volviendo a nuestro país, ¿quién, y por qué, crees que ganará las elecciones generales del 20 de noviembre?

—El PP, probablemente con mayoría absoluta. Pero también con una abstención muy alta y con muchos votos nulos y blancos en las urnas. El electorado del PP crecerá relativamente poco, será el electorado de izquierdas el que se derrumbe, a causa de la enorme decepción y rabia que ha producido el drástico volantazo a la derecha de Zapatero durante esta legislatura. Pero buena parte de la sociedad española progresista,

aunque haya decidido no votar, sí va a querer hacerse escuchar en sus críticas hacia un sistema político cuya credibilidad está, y con toda razón, por los suelos. Lemas como «do llaman democracia y no lo es», «no nos representan» o «nuestros sueños no caben en vuestras urnas», que hemos escuchado en las movilizaciones del 15-M, son muy representativos de ese estado de ánimo.

—Sin embargo, no parece que Izquierda Unida u otros partidos a la izquierda del PSOE, mucho más críticos con el neoliberalismo, vayan a crecer mucho en estas elecciones.

—La crisis del capitalismo ha supuesto también una importante crisis para la izquierda tradicional, en España y en toda Europa. Hay mucha sensatez en los programas políticos de IU, Equo o Izquierda Anticapitalista, pero hay una absoluta insensatez en la vida orgánica de la izquierda política, empezando por esa interminable y absurda sopa de siglas que astilla al electorado progresista en cada llamada a las urnas. Que en una situación como la actual al menos esas tres formaciones de ámbito estatal no concurren en una única plataforma electoral el próximo 20-N es una irresponsabilidad y una inmoralidad de tal calibre que justifica sobradamente la cautela y la distancia con que el movimiento 15-M y buena parte de la izquierda sociológica observa a la izquierda política, por mucho que comparta lo esencial de sus programas electorales.

—Las movilizaciones de los indignados han supuesto una importante convulsión en el panorama político de nuestro país, ¿cuál es tu impresión de este movimiento?

—El movimiento 15-M es una formidable maquinaria de pedagogía política, que ha devuelto la conversación política al primer plano de la vida social, y ha demostrado una increíble energía e inteligencia en acciones como la ocupación de plazas públicas o la obstrucción de desahucios hipotecarios. Su gran novedad radica en que, a diferencia de movilizaciones anteriores, no existen plataformas de partidos, sindicatos y movimientos

que organicen las protestas, sino que estas se han autoorganizado desde la base y por sí mismas, tomando la delantera a esa izquierda tradicional que durante los últimos cuatro años ha fracasado en la tarea de constituir un sujeto político capaz de articular la indignación de la sociedad frente a la catástrofe neoliberal.

—Como militante de IU, defendiste activamente vuestra abstención en la investidura de José Antonio Monago como nuevo presidente extremeño tras las elecciones del 22-M. ¿Cómo valoras tres meses después aquella decisión?

—Fue la decisión correcta cuando se tomó, y ahora lo es todavía más, cuando haber apoyado al PSOE nos hubiera convertido en socios de hecho del «constitucionazo» neoliberal, que los diputados y senadores socialistas extremeños en Madrid han respaldado. El presunto giro a la izquierda que entonces nos proponía Fernández Vara era igual de inverosímil que el que ahora plantea Pérez Rubalcaba. Cayo Lara y la dirección federal de IU se equivocaron entonces al presionar y amonestar a la militancia y la dirección extremeña por su abstención, y se equivocan ahora cuando anticipan el apoyo de los diputados de IU a una hipotética investidura de Rubalcaba, una apuesta sobre una quiniela electoral muy arriesgada, y que además despierta escasa simpatía en el movimiento 15-M, que es hacia donde IU debería dirigir en este momento la mirada en busca de alianzas.

—¿Y qué papel juegan en este escenario los sindicatos?

—CCOO y UGT apenas han sido capaces de movilizarse, más allá de la chapucera huelga general de septiembre de 2010 y un puñado de actos simbólicos sin apenas repercusión, convocados más bien para salvar la cara ante sus propias bases que para confrontar al gobierno y los poderes económicos. Su modelo de sindicalismo de gestión naufraga porque el nuevo y más agresivo neoliberalismo surgido de esta crisis considera que ya no tiene nada que negociar con las fuerzas del trabajo. Méndez y Toxo se sentaron gustosos a cenar con Angela Merkel pero no han comparecido ante las asambleas de

indignados de las plazas españolas ni han satisfecho su demanda de movilizaciones más contundentes. Es una situación insostenible. Si no rompen abierta y radicalmente con el neoliberalismo los grandes sindicatos se verán defendiendo la trinchera opuesta a la que ocupan los mismos trabajadores a los que dicen representar.

—¿Y cómo encajarán todas estas piezas en la España posterior al 20-N?

—En materia de orden público y libertades civiles Rajoy será mucho más duro que Zapatero, pero en materia económica no habrá grandes diferencias porque el proceso de desmantelamiento del Estado de Bienestar ya está muy avanzado y porque, al fin y al cabo, los dueños de todo esto no están en Madrid sino en Bruselas o aún más lejos, y ni PP ni PSOE tienen un proyecto económico propio que oponer a la emergencia económica permanente del neoliberalismo. Mientras la izquierda política no se recomponga, la oposición a la dictadura de los mercados solo podrá expresarse en forma de acción directa y desobediencia civil en la calle. Parece inevitable, en España y en toda Europa, un choque de trenes entre la legitimidad descendente de unas urnas semivacías y la legitimidad ascendente de unas calles y plazas desbordadas. En el resultado de este choque se perfilará la futura forma de nuestra democracia, si es que al cabo de esta crisis arribamos a un futuro democrático, algo que a día de hoy no deberíamos dar por seguro.

Publicación original: *La Crónica del Ambroz y Ambroz Información*, 2006-2011

Recopilación y edición digital: El Cuaderno [www.elcuadernodigital.com], abril de 2026

...a esper...
turismo. Pero, y esta es
...po de régimen político
...res después del 21 de
...tivo común de derro-

...grupos...
...ma en su carrera presu
...nificativa que, en los F
...tes del mero desmo
...ducto, no de la ir